

Besar a un jeque

TERESA SOUTHWICK

Novias del Desierto

LDS

Debía ser sincera… y fea.

Crystal Rawlins estaba desesperada por conseguir un trabajo, por eso habría hecho cualquier cosa con tal de convertirse en la niñera de los hijos del jeque Fariq Hassan. Y no pensó que una mentirijilla sobre su apariencia tuviera la menor importancia… Pero entonces conoció a su jefe: un hombre alto, moreno e impresionante.

Fariq Hassan ya no se fiaba de las mujeres guapas. Afortunadamente, su nueva niñera era todo menos atractiva… y aun así, lo cautivó con su vivacidad y sus apasionados besos. Pero no entendía por qué se empeñaba en alejarse de él o qué escondía tras esas enormes gafas y esa extraña indumentaria.



Teresa Southwick

Besar a un jeque

Jazmín 1865

Novias del desierto - 2

ePub r1.0

LDS 16.03.16

Título original: *To catch a sheik*
Teresa Southwick, 2004

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

CRYSTAL Rawlins se colocó las grandes gafas asegurándose de que le cubrían la mayor parte posible de la cara. No estaba acostumbrada a llevarlas, pero eran necesarias para su disfraz. Había llegado el momento de actuar.

—Soy Crystal Rawlins —le dijo al príncipe Fariq Hassan en su despacho.

—Sí. La nueva niñera. Bienvenida a El Zafir, señorita Rawlins. Encantado de conocerla.

Él era un hombre alto y muy atractivo. Podría ser el príncipe de un cuento de hadas, pensó. Sonriendo, Fariq extendió la mano para saludar a Crystal.

«Estoy estrechando la mano al diablo», pensó Crystal. No sabía si él era el diablo, pero pronto descubrió que sus manos eran cálidas y fuertes y que, por algún motivo, no estaba preparada para tocarlo. El contacto con él la hizo estremecer.

Normalmente, cuando se presentaba el primer día de trabajo, iba maquillada y vestida de manera que se sintiera segura y profesional. Pero aquél no era un trabajo como los demás que había tenido y, aunque pareciera ilógico, el buen aspecto podía hacer que la despidieran. Y si eso sucedía, ¿quién pagaría las facturas y las medicinas de su madre? Los acreedores amenazaban con quitarle todo lo que poseía, incluso la casa donde Crystal se había criado, y ella no estaba dispuesta a permitirlo.

—Me alegro de conocerlo, Alteza. He leído cosas muy interesantes sobre su país. Estoy muy agradecida por tener la oportunidad de trabajar aquí.

—¿Aunque el contrato sea por tres años? Vacaciones aparte, es mucho tiempo para estar lejos de casa.

—Tener seguridad laboral es algo bueno.

—Sin duda. Igual que lo es que mis niños tengan estabilidad.

—Su tía me dijo que encontrar niñera les ha resultado difícil. Creo que han tenido cinco niñeras en un año, ¿verdad?

—Sí —dijo él, frunciendo el ceño.

—Le aseguro que tengo intención de cumplir mi contrato.

—Por supuesto. Ya veo por qué mi tía habló tan bien de usted después de entrevistarla en Nueva York.

—La princesa Farrah tiene un gusto excelente —se calló de golpe al darse cuenta de que su opinión sonaba demasiado personal —. Quiero decir, la princesa me pareció una mujer muy exigente y perceptiva, con un gusto excelente para la ropa.

—Y para las niñeras, espero.

—Y los sobrinos —murmuró.

—¿Perdón?

Ella miró a su alrededor para tomar aire y no ponerse nerviosa.

—He dicho: y aquí. Este sitio es precioso.

—Gracias.

Fariq era el padre de unos gemelos de cinco años y a ella la habían contratado para cuidarlos. Sabía que el primer día se pondría nerviosa, pero no esperaba algo como aquello. El era muy atractivo. Pero ella siempre había pensado que la belleza era algo interior. Aun así, habría dado cualquier cosa por estar maquillada, llevar zapatos de tacón y un traje a medida.

Crystal intentaba aparentar que era una mujer corriente, tal y como se especificaba en los requisitos para el puesto. Era todo un reto para alguien que había sido muy popular en Pullman, la ciudad del estado de Washington donde ella se había criado. En su otra vida, el éxito estaba basado en la apariencia. ¿Sería capaz el príncipe de ver más allá de las horribles gafas y de la falda recta y azul oscura que ella llevaba?

Si lo hacía, Crystal sería devuelta a su país sin el generoso salario que le habían prometido, uno de los principales motivos por los que había aceptado el trabajo, además de por la oportunidad de viajar y de disfrutar de una buena experiencia en su vida. A su madre también le parecía una buena oportunidad, lo que había servido para que Crystal pudiera convencerla de que aceptara la ayuda económica que necesitaba.

—Por favor, señorita Rawlins, siéntese —dijo el príncipe señalando una silla que había frente a su escritorio.

—Gracias —dijo ella, y tomó asiento.

—Bueno —dijo él, rodeando el escritorio y sentándose frente a ella—. ¿Qué tal el viaje desde Washington?

—El viaje desde Pullman ha sido muy largo, Alteza. He perdido la cuenta de las zonas horarias por las que he pasado.

—Ya.

Fariq Hassan era el hijo mediano del rey Gamil y, al parecer, no era un hombre de muchas palabras. Según la información que Crystal había recabado acerca de la familia real de aquel país de Oriente Medio, Rafiq, el más pequeño de los hermanos, era una especie de playboy. Kamal, el príncipe heredero, era considerado por la prensa el soltero real más cotizado. Y Fariq era un viudo codiciado por las mujeres más bellas de todo el mundo.

A Crystal no le extrañaba. En menos de diez segundos se había percatado de que era el príncipe más atractivo que había visto nunca. Claro que, aparte de en periódicos y revistas, no había visto un príncipe en su vida.

—¿Se ha recuperado del viaje? —preguntó él con atención.

—Estoy en ello. Ayer me encontraba fatal —admitió—. Y probablemente tenía muy mal aspecto —añadió.

—Estoy seguro de que no era así.

—Es usted muy amable. Y agradezco que me den la oportunidad de aclimatarme. Aprecio de verdad que me hayan dado tiempo para descansar y así poder causarle una impresión favorable a usted y a los niños.

—Cuénteme la experiencia que tiene con niños.

Él la observaba con detenimiento, pero su mirada no transmitía nada especial aparte de curiosidad. Su forma de reaccionar era señal de que el disfraz estaba funcionando. Entonces, ¿por qué se sentía decepcionada al ver que él no la encontraba atractiva?

—Me pagué la universidad con el dinero que ganaba cuidando niños —«y con el dinero que me dieron por quedar segunda en un concurso de belleza», pensó para sí—. Soy licenciada en Educación Infantil. Después de graduarme trabajé durante un año para una familia de Seattle. Probablemente tenga las cartas de recomendación en la documentación que tiene ante sí.

—Sus referencias son impecables. ¿Es licenciada en Educación? —le preguntó, mirándola a los ojos.

—Tarde o temprano, me gustaría enseñar —se puso derecha y lo miró fijamente.

—¿No le gustaría formar su propia familia?

—Algún día. Pero hay cosas que quiero hacer antes de enamorarme, casarme y tener hijos.

—¿En ese orden?

—¿En qué otro orden podría ser?

—Tener hijos y después casarse —dijo él, esbozando una sonrisa.

Ella se sonrojó al oír la sugerencia de mantener relaciones antes de casarse. No era algo por lo que se pudiera juzgar a nadie en aquellos tiempos, pero hablar de cosas tan íntimas con aquel hombre hacía que le ardieran las mejillas.

—Alteza, no soy tan ingenua como para pensar que no sucede tal cosa. Pero a mí no.

—Ya veo. ¿Pero no son los estadounidenses los que alardean de poder mantener una familia al mismo tiempo que un trabajo? ¿Qué sentido tiene esperar, señorita Rawlins?

—Porque no es la manera en que quiero hacerlo. Adoro a los niños, y por eso elegí esa carrera. Cuando tenga hijos, me quedaré en casa para criarlos. Y cuando llegue el momento, regresaré al trabajo. El horario de la escuela me permitirá pasar los festivos y las vacaciones con mis hijos.

—Muy organizada —dijo él frunciendo el ceño.

—¿No le parece bien?

—Al contrario. Me parece algo muy positivo.

Por la expresión de su rostro parecía que no la creyera. Crystal entrelazó los dedos y colocó las manos sobre su regazo.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—Perdóneme si parezco impertinente, pero como educadora he aprendido que es muy importante crear un ambiente en el que ninguna pregunta sea percibida como estúpida.

—Ya veo. Ahora que se ha explicado, por favor, haga su pregunta estúpida —dijo él, esbozando una sonrisa.

Crystal no estaba segura de si se estaba riendo de ella o no. Pero

decidió no amedrentarse. Era la niñera y, gracias a los hijos de él, tendrían que verse a menudo. Era importante que él supiera que era una mujer que decía lo que pensaba.

—No es una pregunta, sino más bien una aclaración estúpida. Esta conversación parece más una entrevista que un recibimiento.

—¿Perdón?

—Ya sabe… nos presentamos, y usted me da la bienvenida a su país. Algo que ha hecho muy amablemente. Pero tenía entendido que ya me habían contratado para el puesto.

—Mi tía Farrah quedó muy impresionada con usted, y yo respeto mucho su opinión. Pero son mis hijos, señorita Rawlins. La decisión final es mía.

—Entonces, si usted está en desacuerdo con la princesa Farrah…

—Usted regresará a Estados Unidos en el primer vuelo —contestó él.

—Eso me plantea otra pregunta.

—¿También de las estúpidas? —preguntó con una sonrisa.

—Espero que no —se aclaró la garganta—. ¿Por qué buscaba una niñera estadounidense? ¿Por qué no una mujer del país, familiarizada con las costumbres de El Zafir?

—Yo les enseñaré a mis hijos las costumbres del país. Igual que el resto de mi familia. Pero muchos de nuestros negocios están en Occidente y, como Hana y Nuri tendrán que servir a El Zafir, se relacionarán con personas representantes de Estados Unidos. Usted podrá prepararlos para tal cosa, algo que no podría hacer una mujer de mi país. Es un requisito que me parece muy importante.

—Sobre los requisitos del puesto, Alteza…

—¿No estaban lo suficientemente claros?

—Es interesante que lo pregunte de esa manera. ¿Puedo preguntar por qué buscan a una mujer «corriente»?

—Creo que buscábamos una mujer estadounidense, discreta, corriente, inteligente y que fuera buena con los niños.

Crystal se consideraba discreta e inteligente y adoraba a los niños, así que lo que le preocupaba era lo de mujer «corriente».

—Comprendo el significado de todo lo demás. Pero su tía no me explicó por qué ser corriente era importante.

—Porque las mujeres bellas son… —dudó un instante. Su mirada se volvió fría y ardiente al mismo tiempo.

—¿Son qué? —preguntó ella, estremeciéndose al ver la expresión de su rostro.

—Una distracción no bienvenida.

—Ya veo.

Crystal esperaba que fuera un hombre arrogante. Se había preparado para ello, pero el príncipe se había comportado de manera cálida y educada, algo que a ella le parecía encantador. Su repentina frialdad sugería que tenía una historia que contar, y a Crystal no le sorprendería que una mujer bella estuviera implicada. Sentía curiosidad por saber qué le había sucedido. Y quizá estuviera allí el tiempo suficiente como para averiguarlo… a no ser que él descubriera la mujer que había tras el disfraz y la mandara de regreso a su país.

Entonces, recordó sus palabras. ¿Había dicho que las mujeres bellas eran una distracción no bienvenida? ¿No sería culpa suya si se distraía con ellas? Crystal sintió cómo cada vez estaba más irritada. Le habían enseñado a responsabilizarse de sus acciones, pero quizá los jeques sí podían culpar a los demás de sus errores.

—Alteza, permítame que me asegure de que lo he comprendido. Si usted fuera incapaz de concentrarse en una tarea, como decimos en el campo de la educación, ¿sería culpa de la mujer por ser bella?

Una vez más, Crystal lo miró a los ojos y permitió que él la observara. Si su disfraz no era bueno, era mejor que lo descubriera cuanto antes. No se consideraba una mujer muy bella, pero en su ciudad, solía ser alguien que llamaba la atención. Consideraba que su capacidad para cuidar niños no debía basarse en su aspecto.

Se miraron durante un instante y ella deseó que él dijera algo. Lo mejor era que se enterara cuanto antes de su opinión. Sobre todo, por los niños.

—A ver si he comprendido la pregunta —dijo él, con brillo en la mirada—. ¿Me pregunta quién es el culpable si soy incapaz de concentrarme en presencia de una bella mujer?

—Más o menos.

—La culpable es ella, por supuesto.

Crystal no estaba segura de si estaba bromeando y decidió comportarse como si no fuera así.

—Entonces, hay algo que debe saber sobre mí antes de que lleguemos más lejos.

Fariq apoyó los codos sobre el escritorio y se echó hacia delante.

—¿El qué?

—El principio básico que tengo a la hora de trabajar con niños es que uno siempre tiene que responsabilizarse de sus acciones.

—También hay algo que debe saber sobre mí.

—¿El qué?

—Que no soy un niño. Y que nunca me equivoco.

—Siempre es bueno saber la opinión de un jefe —dijo ella—. Suponiendo que siga siendo mi jefe. O yo su empleada —añadió Crystal y contuvo la respiración.

—Creo que mi tía ha hecho una buena elección. Lo hará muy bien.

Crystal debería estar contenta por haber pasado la entrevista: estaba contratada. Sin embargo, una vez obtenido el trabajo, se sentía ligeramente desilusionada. Él creía que era una mujer corriente, tal y como Crystal fingía ser. No había sido capaz de ver más allá de las gafas y la ropa que ella llevaba. Sin embargo, debía respetarlo. A pesar de pertenecer a una familia que pagaba a otros para que criaran a sus hijos, amaba tanto a los niños que había insistido en conocerla. Era evidente que le parecía muy importante dar su aprobación a la persona que cuidaría de ellos.

—Estoy deseando conocer a los niños —dijo ella.

—Se los presentaré enseguida —dijo él con orgullo en la voz y ternura en la mirada.

Se puso de pie, rodeó el escritorio e hizo un gesto para que Crystal pasara delante. Ella se detuvo junto a la puerta. Ambos fueron a abrirla al mismo tiempo y sus manos se rozaron.

—Permítame —dijo él, y ella se estremeció.

—Gracias.

Al salir, miró a su alrededor. Sus zapatos de tacón se hundieron ligeramente sobre la gruesa moqueta. Las paredes estaban cubiertas de madera tallada sobre la que colgaban diferentes fotos de El Zafir.

Nunca había visto tanta elegancia como la que había en el palacio. Suelos de mármol, escaleras enormes, una fuente en el recibidor, grandes jardines… Había muebles caros, cuadros y tapices por todas partes.

En la zona de oficinas del palacio había cuatro despachos. El del rey, el del príncipe heredero y el de Fariq, que era donde se

encontraban. Al final del pasillo había otro más, y supuso que sería el de Rafiq, el más joven de los hermanos. Le pareció oír voces de niño y después unas carcajadas.

—Se han ido por allí.

—Ésa es una frase de las películas del oeste de su país.

—Conoce la expresión.

—Asistí a la universidad en Estados Unidos.

—Sí, es cierto. Lo sabía.

Entraron en el último despacho y vieron que en el sofá había dos niños sentados con un hombre que sólo podía ser el hermano de Fariq. En una de sus rodillas estaba sentada una niña que le peinaba el cabello. Al mismo tiempo, el príncipe Rafiq le hacía cosquillas al niño que estaba sentado sobre su otra rodilla. El pequeño se reía a carcajadas y le pedía que parara. Sin duda, aquéllos eran los gemelos de cinco años que ella tendría que cuidar.

—Y dicen que los hombres no son capaces de hacer dos cosas a la vez —comentó Crystal sin poder contenerse.

—Guarde bien el secreto —dijo Fariq, arqueando una ceja.

El brillo de sus ojos y la sonrisa de sus labios indicaban que estaba bromeando y que tenía sentido del humor.

—¡Papá! —dijeron los, niños al verlo.

Corrieron hacia él y se agarraron a sus piernas. Él se agachó y los abrazó.

—Hola, pequeña —dijo mientras acariciaba la nariz de su hija—. Y tú —acarició la cabeza del niño—. Hay alguien que quiere conoceros —los niños se volvieron para mirar a Crystal con curiosidad—. Ésta es la señorita Rawlins. ¿Qué se dice?

—Hola —dijo el niño mirando a su padre—. Quiero decir, ¿cómo está?

Fariq asintió con aprobación.

—¿Cómo está? —repitió la niña.

El príncipe sonrió a la pequeña y después miró al otro hombre.

—El que hacía de niñera es Rafiq, mi hermano pequeño.

—Alteza —dijo ella.

El príncipe se puso en pie y se pasó la mano sobre el cabello.

—Es un placer conocerla, señorita Rawlins —dijo él, y tendió la mano para saludarla.

—Lo mismo digo, Alteza.

—Llámame Rafiq. Insisto —dijo él, antes de que ella pudiera protestar.

—Gracias —Crystal miró a los niños—. Vosotros debéis de ser Nuri y Hana.

—¿Cómo sabes nuestros nombres? —preguntó la pequeña, impresionada.

—Me los dijo vuestra tía Farrah. Cuando la conocí en Nueva York, me enseñó fotos de los dos.

—Tus gafas son muy grandes —dijo Nuri—. Y muy feas.

—Eres muy observador —dijo ella.

—Tienes el pelo demasiado apretado —dijo Hana al observar que llevaba el cabello recogido hacia atrás.

—Eso es lo que parece —dijo Crystal.

—¿No te duele? —preguntó Hana.

—No —Crystal miró al padre de los niños—. ¿Puedo hacerle una pregunta, Alteza?

—Fariq —dijo él—. Mi hermano tiene razón. En privado no es necesaria tanta formalidad. Yo te llamaré Crystal.

—De acuerdo, Fariq —al pronunciar su nombre se percató de que le parecía exótico.

—¿Es una pregunta estúpida? —bromeó él.

—Vas a hacer que me arrepienta de mi comentario, ¿verdad? —dijo ella con una sonrisa—. No importa. Me arriesgaré. Sólo me preguntaba si a menudo traes a los niños al trabajo.

—Lo dices porque están aquí con mi hermano. La respuesta es no: mi hermano se ofreció a hacerlo. Se siente culpable de la marcha repentina y poco digna de la última niñera.

—No fue culpa mía —protestó el hermano.

—No digas mentiras, tío —dijo Nuri—. La niñera estaba en tu cama.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—La tía Farrah se lo dijo al abuelo —explicó el niño—. Después dijo que la nueva niñera debería ser como una ciruela pasa.

—¿Y eso cómo lo has oído? —preguntó Fariq con desaprobación.

—Nuri se ha vuelto a esconder tras el sofá de la tía Farrah —intervino Hana. Después miró a Crystal con timidez y dijo—: Me alegro de que no seas una vieja ciruela pasa.

—Yo también —dijo Crystal, agradecida porque alguien de la familia real pudiera ver el bosque entre los árboles.

—Pequeña, no debes chivarte de lo que hace tu hermano —el príncipe amonestó a su hija.

—¿Aunque sea la verdad y él sea un tonto?

—Aun así —explicó el padre—. La lealtad a la familia es un tesoro.

Fariq disfrutó al ver la expresión avergonzada de su hermano y trató de contenerse para no reír al recordar las palabras de su hijo. No tenía ni idea de que su hijo supiera los detalles sobre la última niñera, pero había acertado. Miró a Crystal y vio que observaba a su hermano. Se preguntó qué estaría pensando.

—Como todas las mujeres que Rafiq conoce, la última niñera se enamoró de él. Actuó de esa manera para llamar su atención, pero el resultado no fue lo que ella esperaba.

—Creo que sé cuál fue el resultado, puesto que yo estoy aquí y ella, no.

—Despido inmediato —confirmó Rafiq—. Convencí al rey para que no la decapitara.

—Estás mintiendo otra vez, tío —dijo Hana entre risas.

—Sí, pequeña. Tu tío es un mentiroso —convino Fariq—. Dice que rechazó sus insinuaciones.

—Es la verdad —protestó él—. Inocentemente, entré en mi habitación y me la encontré. Inmediatamente, me di la vuelta y salí de allí. Nuestro padre me creyó.

—El rey no estaba interesado en las explicaciones —le dijo Fariq a Crystal—. Le ordenó a mi hermano que cesara de coquetear con las empleadas, que se buscara una esposa y asentara la cabeza. Sus palabras exactas fueron que no quería justicia, sólo paz y tranquilidad.

—Puedo comprender por qué —contestó ella.

—Pero nos habíamos quedado sin niñera. Yo estaba en negociaciones para inaugurar un conocido centro comercial en El Zafir. El rey decidió que la tía Farrah acudiera a una agencia de renombre de Nueva York.

Fariq había estado de acuerdo con su padre, y la lista de requisitos le había parecido una buena idea. No deseaba tratar con una mujer que escondiera un corazón malvado tras un rostro de

ángel. Con una vez había tenido suficiente.

Fariq pensó que Crystal era exactamente lo que su padre tenía en mente cuando promulgó el decreto. Y que sus hijos tenían buen ojo para los detalles. Las gafas de Crystal eran enormes y feas, pero no podían ocultar sus bonitos ojos color avellana. Eran ojos de gato. Tenían brillo de inteligencia y humor. Fariq también se había fijado en la piel de su rostro, que parecía suave e impecable.

Tenía el cabello castaño, y el peinado parecía incómodo, pero no podía culparla por tener un mechón descolocado.

La falda azul oscura le llegaba hasta los tobillos y hacía juego con una chaqueta que él deseaba fuera más corta y entallada, de forma que pudiera hacerse una idea de su silueta. Los tobillos le daban una idea de cómo serían las piernas que se ocultaban tras la tela. Pero sentía curiosidad de vérselas. «La curiosidad mató al gato», pensó. Debía estar agradecido por el atuendo conservador que ella se había puesto. Necesitaba una niñera, y su tía le había asegurado que Crystal era perfecta.

Él estaba de acuerdo. Le gustaba que fuera tan franca y dijera lo que pensaba. Además, tenía sentido del humor y una mente ágil. Le gustaba, y sintió que debería tener cuidado. Trató de ignorar el sentimiento. Sólo significaba que su relación, a la hora de tratar a los niños, sería más eficiente. Si los encuentros resultaban ser algo más divertido, ignoraría cualquier sensación placentera.

Estaba de acuerdo con su tía. Crystal parecía perfecta. Excepto por una cosa: su sonrisa. La había visto sonreír a su hija hacía unos minutos y Fariq había experimentado una extraña sensación en el pecho. Trató de no pensar en ello mientras oía su melodiosa voz. Expresaba ternura y educación, algo importante para los niños. Lo demás, no importaba.

Crystal se agachó para hablar con los pequeños.

—Hana, estoy de acuerdo con tu padre sobre lo de chivarse. Pero también recuerdo lo bien que uno se siente al meterse con su hermano.

—¿Tienes un hermano, Crystal? —preguntó Rafiq.

—Cuatro —aclaró ella, enderezándose—. Soy la pequeña. Y he de admitir que también fui un poco chivata en su momento.

Fariq la miró.

—¿Y qué les parecía a tus hermanos?

—No muy bien. Pero no podían hacer mucho porque mi padre les ordenó que no me pusieran la mano encima. Siempre decía: «No se pega a las chicas».

—El hombre que pega a una mujer es un cerdo —convino Rafiq.

—Según decía mi padre, es peor que lo que se saca de limpiar las cochiqueras de los cerdos —dijo ella.

—Sin duda, tu padre era un hombre honorable —dijo Fariq—. En mi país no se tolera que los hombres peguen a las mujeres. Es un delito que se castiga con severidad.

—Igual que la mentira y la traición —intervino Rafiq.

Fariq miró a Crystal y pensó que se había puesto pálida. Miró a su hermano y le preguntó:

—¿De qué estás hablando?

—Tus mentiras han manchado mi nombre. Soy un hombre respetable que sólo dice la verdad. No sé por qué nuestro padre me hace responsable del comportamiento de aquella mujer. No es culpa mía.

—¿Qué fue lo que dijo Shakespeare sobre protestar demasiado? —preguntó Fariq.

Pero quizá su hermano no podía evitar que las mujeres lo encontraran encantador. Rafiq miró a Crystal y le preguntó:

—¿Crees que soy un hombre deshonesto?

—Apenas te conozco —contestó ella. Después pestañeó y abriendo bien los ojos añadió—: Lo que quiero decir es que…

—No importa —interrumpió Fariq—. No es necesario que lo arregles. Tu primera respuesta ha sido acertada.

—Entonces, conóceme —dijo Rafiq—. Esta noche, en la cena. Asistirá toda la familia. Decide por ti misma.

«Ya estamos otra vez», pensó Fariq. Pero por algún motivo, las atenciones que su hermano tenía hacia Crystal lo molestaban. ¿Sería por el comentario que hizo ella acerca del orden de enamorarse, casarse y tener hijos? Maldita sea. Era demasiado inocente para enfrentarse al coqueteo de Rafiq.

—Sí, por favor —dijo Hana, mirando a Crystal.

Fariq conocía a su hija. La pequeña, que no solía confiar en los demás con facilidad, había aceptado a aquella mujer sin dudarlo.

—Mi hermano tiene razón. Debes conocer a la familia. La cena es a las siete.

—Muy bien. Gracias.

Respondió con facilidad. Pero Fariq se preguntaba por qué parecía que la nueva empleada hubiera sido condenada a que la decapitaran en la plaza de la medina. Estaba dispuesto a averiguarlo.

Capítulo 2

CUATRO horas antes Crystal había palidecido tras recibir la invitación para que fuera a cenar con toda la familia real. En aquellos momentos, estaba sentada a la mesa preguntándose si había recuperado el color de su rostro. Aunque estaba segura de que sería una niñera estupenda, no deseaba que la pusieran a prueba delante de toda la familia.

—Me temo que la nueva niñera es un fraude —dijo la princesa Farrah, mirándola. Crystal se quedó helada. Con el corazón acelerado, sintió que palidecía de nuevo. Haciendo un gran esfuerzo, miró a la princesa:

—¿Perdón?

—Estás muy callada. No pareces la chica vivaz que conocí en Nueva York

—Según mi madre, siempre es mejor no decir nada y arriesgarse a que la gente piense que se es una persona sencilla, que decir algo y demostrarlo.

—Su madre es una mujer sabia —comentó el rey Gamil.

—Así es.

Crystal miró hacia el extremo izquierdo de la mesa, desde donde el rey Gamil la observaba. Pensó que debía de tener cincuenta y tantos años y que aun así seguía siendo atractivo. Su madre habría dicho que era su estilo de hombre.

A Vicky Rawlins le habría encantado cenar con la familia real de El Zafir. Se había casado muy joven y se arrepentía de no haber tenido otra vida que la de la ciudad de Pullman. Cuando Crystal terminó la universidad, sus padres se divorciaron. Después vino el terrible accidente de coche y la lenta y costosa recuperación de su madre.

A pesar de todo, ella animó a su única hija para que hiciera todo lo que deseara antes de casarse y formar una familia. Cuando se enteró de que Crys había conseguido aquel trabajo, se puso muy contenta. Eso, además del generoso salario que le ofrecían, era lo que hacía que Crystal estuviera decidida a tener éxito en su trabajo. El fracaso no era una opción; preferiría que la decapitaran.

—El hecho de que esté tan callada, ¿significa no está disfrutando de la velada? —le preguntó el rey.

—Al contrario, Majestad. Nunca había cenado tan bien.

—Me alegro de que haya disfrutado de la comida —el rey dejó su tenedor de oro sobre la mesa.

—Y la compañía también es algo ejemplar.

Miró alrededor de la mesa y se fijó en que los príncipes habían heredado los rasgos de su padre. Antes de la cena, había conocido al príncipe Kamal, el mayor, de los tres hermanos. También era alto, moreno y muy atractivo. Aunque para ella, Fariq era el más atractivo

La princesa Farrah era la hermana del rey. Su edad era imposible de adivinar. Podía tener entre cuarenta o sesenta años, aunque Crystal se inclinaba por la cifra menor. Tenía el cabello oscuro y los ojos negros y grandes.

La princesa Johara era la única hija del rey. Tenía diecisiete años y era muy guapa. Estaba sentada en el mismo lado de la mesa que Crystal. Hana estaba entre ellas y Nuri al otro lado de la princesa.

—Me da la sensación de que hay algún otro motivo para que estés callada —comentó Fariq—. Algo aparte de la prudencia.

—¿De veras? —dijo ella. Aquel hombre era demasiado perceptivo.

—¿Es posible que te sientas intimidada por lo que te rodea?

—¿Yo? ¿Intimidada?

Era una chica que se había criado en una pequeña ciudad de Washington. Aquella noche, estaba cenando con toda la familia real de un país petrolífero. Se encontraban en una habitación amueblada con las piezas más caras que había visto nunca. Grandes candelabros iluminaban la habitación y la fragancia de las flores invadía el ambiente. Posiblemente, el mantel que cubría la mesa costaba más de lo que ella podía ganar en un mes.

Crystal trató de contener la risa histérica que se apoderaba de ella. Miró a su alrededor y decidió que el lugar era para sentirse intimidada.

—Ahora que lo dices —dijo ella, mirando a Fariq—. Me siento insignificante y asombrada por lo que me rodea.

—Por favor, no te sientas así —dijo la princesa Farrah—. Somos gente normal.

—Defina «normal» —Crystal se rió—. Alteza, mi familia nunca ha tomado el aperitivo antes de la cena y nuestra ropa formal consiste en camiseta, vaqueros y zapatillas.

Miró el vestido marrón que llevaba y suspiró. No le quedaba especialmente bien y tampoco resaltaba su figura. Aunque sabía que para el trabajo necesitaría vestidos elegantes, no habría podido ponerse nada que la favoreciera. A su lado, Hana se metió debajo de la mesa para recoger la servilleta que se le había caído.

El rey frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—Quizá seamos un poco más formales que las familias normales. Pero estoy de acuerdo con Farrah en que debes relajarte y ser tú misma. He de decir que mi hermana hizo un gran trabajo al contratarte. Creo que serás una niñera estupenda para Nuri. Y quizá para Hana, si sale de debajo de la mesa —dijo con desaprobación.

La niña se cubrió la boca con la mano para contener la risa y miró a Crystal. Ella deseaba haberse incorporado al trabajo, ya que así habría podido levantarse para ir a acostar a los pequeños, que ya estaban cansados. Pero no empezaba a trabajar hasta el día siguiente. Al menos, los niños seguían de buen humor. Pero si eso cambiaba, se vería obligada a decir algo. Le guiñó un ojo a la niña y señaló la silla para que se sentara de nuevo.

—Gracias, Majestad. Agradezco su cumplido —le dijo con una sonrisa. Empezaba a estar más tranquila. Hasta entonces, nadie había visto nada más allá de sus horrendas gafas y atuendo sencillo. Debería estar agradecida y sentirse feliz. Pero no era así. Y eso hacía que se sintiera confusa.

—¿Puedo preguntarte dónde fuiste a la universidad? —preguntó Kamal. Era el más serio de los hermanos. Rafiq era amistoso y encantador. Fariq era tranquilo, aunque tras su apariencia reservada, se escondía un buen sentido del humor.

—Estudié en la Universidad de Washington.

—¿Y qué estudiaste?

—Me licencié en Educación Infantil.

—¿Qué otros aspectos te cualifican para cuidar de mis sobrinos?

Ella miró a Fariq y percibió cierta sorna en su mirada. «Ya estamos otra vez», pensó. Se sentía como si estuvieran entrevistándola de nuevo.

—Me pagué los estudios cuidando niños de familias adineradas durante los meses de verano y las vacaciones de invierno. Adjunté las referencias al currículo que le entregué a la princesa Farrah.

—Las miraré —dijo KamaL

Crystal se preguntaba si los miembros de esa familia se comunicaban entre sí o si todos hacían lo mismo porque consideraban que tenían que mantenerlo todo bajo control. No pudo evitar hacer una pregunta:

—¿Hay alguien más que quiera entrevistarme para asegurarse de que soy apta para el puesto? —dijo con dulzura.

La princesa Farrah contestó:

—No permitas que te asusten los hombres de la familia Hassan, cariño. El trabajo es tuyo desde que te contraté en Nueva York. Mis sobrinos tienen mucha tendencia a parecer importantes.

Fariq dejó el vaso de agua sobre la mesa.

—No se trata de aparentar cuando hablamos de mis hijos.

—Estoy de acuerdo. Yo también quiero mucho a los niños —dijo Farrah—. La agencia de Nueva York tiene fama de ser la mejor. Con su ayuda, me encargué de buscar a la niñera perfecta. Hana y Nuri estarán en buenas manos. Crystal es una joven admirable.

—El tiempo lo dirá —dijo él.

Crystal pensó que las palabras de Fariq contenían un reto oculto. Antes de decidir si debía preocuparse o no, Nuri sé metió debajo de la mesa para buscar su servilleta.

Johara no se dio cuenta. Miró a su padre.

—Quiero ir a Nueva York.

—Sólo es una ciudad —comentó el padre, restándole importancia a su comentario—. Estás mucho mejor aquí. Ésta es tu casa, y el lugar al que perteneces.

—No quiero estar a salvo. No quiero pertenecer a ningún sitio. Me gustaría vivir experiencias nuevas. Ojalá pudiera vivir mi vida sin que nadie me dijera lo que tengo que hacer.

—Tonterías, Johara. Ya es hora de que te dejes de sueños estúpidos.

—No son sueños estúpidos…

—Ya basta. No quiero escuchar más tus fantasías de niña —la joven lo miró enojada, pero obedeció. Crystal la comprendía. Sabía que el rey era un hombre que se caracterizaba por escuchar las necesidades del pueblo. Pero si no escuchaba a su propia familia, acabaría mal. Crystal compartía las mismas inquietudes y necesidades que todos los jóvenes. Una de ellas era que los tomaran en serio, además de conseguir la felicidad y buscar su independencia—. Cuéntame, Crystal, ¿tienes alguna afiliación política en tu país? —preguntó el rey, cambiando de tema.

Aunque Crystal deseaba decirle que le preguntara a su hija qué era lo que deseaba hacer en Nueva York, se contuvo.

—Sí, Majestad. Soy republícrata.

Se hizo un silencio en la mesa y Crystal se percató de que todos la miraban. Todos menos los niños, que estaban jugando con las servilletas y escondiéndose bajo la mesa.

—¿Republícrata? —Fariq frunció el ceño—. Estudié la política de tu país, pero nunca oí hablar de ese partido.

—Nadie lo ha hecho. Sólo tiene un afiliado. Básicamente, saco lo mejor de los Demócratas y de los Republicanos.

—Ah, haces una mezcla de ambas políticas.

—Exacto.

—Una mezcla ideológica —dijo el rey con aprobación—. Eso demuestra inteligencia y responsabilidad. No sigues al rebaño. Eres una mujer que puede pensar por sí misma.

—Ésa soy yo. Tengo mucha mezcla política entre mis antepasados. Nada de pedigrí.

—Afortunadamente —intervino Rafiq—. Tengo mucha experiencia con caballos, y creo que las pura sangres dan muchos problemas.

—Ya te contaré —murmuró ella, preguntándose cómo sería trabajar para Rafiq, cuya línea de sangre seguro que era impecable.

—¿Perdón? —dijo él, mirándola a los ojos.

—He dicho que ya lo veré. Puesto que tu hermano también sabe de caballos me contará los problemas que dan los pura sangre.

—Sí —Fariq bebió un poco de champán—. Y en ese aspecto, las

personas se parecen mucho a los caballos.

Crystal se sonrojó. ¿Habría oído sus palabras? ¿Había comprendido que la sangre real podía convertirlo en intratable?

—Creo que no lo he comprendido —dijo ella.

—Los pura raza pueden ser difíciles y exigentes. Igual que mis hijos. Necesito a alguien inteligente, fuerte y con recursos para educarlos. Todavía no hemos hablado de tu punto de vista acerca de la educación de los niños.

—Estaré encantada de contártelo cuando quieras.

—¿Qué te parece ahora? —le preguntó.

—Perfecto. Así ahorraré tiempo, ya que los demás también están presentes. ¿Qué te gustaría saber?

—¿Qué opinas de la disciplina? —Fariq dejó la servilleta junto al plato.

—Estoy a favor, pero creo que cualquier castigo debe encajar con el delito.

En ese momento, Hana golpeó el plato con el codo y, al moverlo, chocó contra el vaso y éste se rompió. El agua se derramó por encima de la mesa.

—Oh, Crystal —dijo la pequeña y escondió el rostro contra el hombro de la niñera.

Ella la rodeó con el brazo.

—No te preocupes, cariño. Ha sido un accidente.

—Johara —dijo el rey enfadado. Miró a su hija mientras un sirviente se acercaba a limpiar la mesa—. Esta noche los niños son tu responsabilidad. Haz que se comporten.

—Pero, padre, llevan mucho tiempo sentados…

—Llévalos a su habitación. Ahora mismo.

—Será un placer —la princesa tiró la servilleta sobre la mesa y se puso en pie—. Hana, Nuri, venid conmigo.

Crystal abrazó a la pequeña antes de dejarla ir con su tía. Cuando se marcharon, el silencio se apoderó de la habitación.

Fariq se aclaró la garganta.

—¿Y qué castigo aplicarías para este delito?

—Primero de todo, no ha hecho nada malo. Ha sido un accidente. Si lo hubiera hecho a propósito habría sido otra historia —miró al rey y decidió continuar—. Segundo, estoy de acuerdo con la princesa Johara. Los niños de cinco años son capaces de

comportarse bien durante aproximadamente cuarenta y cinco minutos. Hana y Nuri han superado ese tiempo hace tres cuartos de hora. En mi opinión, había pasado su periodo de gracia. Han estado sentados demasiado tiempo y necesitaban comportarse como lo que son, niños.

—¿Qué habrías hecho? —preguntó Fariq.

—Los habría llevado a su habitación para acostarlos hace un buen rato.

—Pero forman parte de la familia real —protestó el rey.

—Niños de la familia real —remarcó ella—. No son adultos. A medida que crezcan, serán capaces de comprender las exigencias de la pompa y solemnidad. Pero sólo tienen cinco años, son casi bebés.

—Pero Johara…

—Disculpe, Majestad —lo interrumpió—. La princesa no tiene la culpa. Tratar de controlar a unos niños de cinco años es como intentar controlar al viento.

—Crystal, tienes mucha razón —la princesa Farrah se limpió la boca con delicadeza y dejó la servilleta junto al plato—. Yo no sé mucho sobre la educación de los niños puesto que no tengo hijos. Gamil tampoco es un experto, ya que sus cuatro hijos se criaron con niñeras y en colegios internos. Sabía que serías la niñera perfecta en cuanto te conocí.

Crystal agradeció el comentario de la princesa. Miró a su alrededor y vio que todos los hombres asentían con aprobación. Un sentimiento de felicidad se apoderó de ella.

Normalmente, su aspecto era lo que más destacaba de ella. Incluso había estado a punto de casarse con un hombre que la consideraba el accesorio perfecto para un abogado en la carrera hacia el éxito. El le había llegado a decir que guardara su inteligencia para sí, se pusiera derecha, sacara pecho y se mantuviera atractiva. Crystal le había dicho que se olvidara de ella.

Era alentador que la tomaran en cuenta por sus ideas. En aquel trabajo, el aspecto era un inconveniente que tenía que superar. Al ver que Fariq la miraba, se estremeció, y deseó llevar un poco de maquillaje y un vestido bonito. Pero no podía. Hasta que no pasara un tiempo y lo convenciera de que era la mejor persona para cuidar de sus hijos, tenía que esforzarse en guardar el secreto.

—Se lo agradezco, Alteza —le dijo a la princesa.

—¿Cómo es que no tienes hijos? —le preguntó la princesa.

—La señorita Rawlins cree que hay que enamorarse, casarse y tener hijos. En ese orden —intervino Fariq, con brillo en la mirada.

—Ah. ¿Y aún no has conocido al hombre que haga que tu corazón lata más deprisa? ¿Alguien que te haga pensar en el amor?

Sin querer, Crystal miró a Fariq. Enseguida, desvió la mirada y la dirigió a la hermana del rey.

—No, Alteza. Estuve a punto de comprometerme una vez, pero…

—¿A punto? —preguntó Fariq—. ¿Y ahora?

—Ya no forma parte de mi vida —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Así que, ¿para olvidar a aquel hombre has aceptado este trabajo lejos de casa? —preguntó Kamal.

—Desde que era una niña, mi madre me insistió en que había que disfrutar de la vida antes de atarse con responsabilidades.

—Interesante —comentó Fariq.

—Tengo cuatro hermanos que siguieron el ejemplo de mis padres y se casaron muy jóvenes. Yo soy la única que no lo ha hecho, y mi madre espera que haga lo que me dice y no lo que ella hizo. Quiero que se sienta orgullosa de mí.

El primer hombre que estuvo a punto de conseguir que Crystal olvidara lo que le había inculcado su madre sólo la quería como un instrumento para avanzar en su carrera profesional. Después, ella decidió que no sería así. El juego necesitaba dos jugadores. Pensó en Fariq. Una tontería, porque él no estaría dispuesto a participar. Y menos con una mujer corriente.

—Así que los consejos de tu madre han hecho que salgamos ganando —comentó Fariq.

—Espero que sigas pensando de esa manera —se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz. Echaba de menos las lentillas.

La princesa Farrah se dirigió a ella.

—Crystal, ¿de veras necesitas las gafas para corregir tu vista?

La pregunta la sorprendió. Se apresuró para ponerse de nuevo las gafas.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque tienes unos ojos muy bonitos. Y una piel impecable. Por lo que veo no llevas nada de maquillaje.

—No —dijo ella—. Sin gafas soy como un murciélago. La miopía, junto con el astigmatismo, hacen que vea muy mal —al menos, eso era verdad—. Sin las gafas, no podría ver el otro extremo de la mesa. Aunque, en mi defensa, he de decir que es una mesa muy larga.

—Lo es —contestó la princesa—. Pero, qué desgracia. Sin las gafas, estoy segura de que estarías mucho más guapa. ¿Nunca has pensado en ponerte lentillas?

—¿Qué más da? —intervino Fariq—. Está bien como está. La belleza es una cualidad sobrestimada.

—Entonces, ¿prefieres a una mujer fea? —dijo Rafiq

—No he dicho eso…

—Si la belleza no te atrae, ¿qué atributos encuentras atractivos en una mujer? —preguntó Kamal, esbozando una sonrisa.

—La sinceridad —contestó Fariq sin dudar.

De todos los atributos posibles, ése era el que Crystal no cumplía. Fariq había salido con las mujeres más bellas del mundo y, sin embargo, prefería la franqueza ante el encanto. Eso la sorprendía.

Así que dijo lo primero que se le ocurrió.

—Mi madre siempre dice que la belleza es lo que la belleza hace.

Al cabo de unos instantes, el rey preguntó,

—¿Y qué significa?

—No estoy segura. Creo que tiene algo que ver con utilizar la belleza sólo para hacer el bien.

Todos se rieron, y ella se alegró de haber aliviado la tensión del momento. Con un poco de suerte, la princesa Farrah no continuaría tratando de arreglar su aspecto. Crystal confiaba en que el tema se olvidara. No quería ni pensar en lo que ocurriría si Fariq se enterara de que ella podía mejorar su aspecto si quisiera.

Capítulo 3

FARIQ DEJÓ sobre la mesa de sus aposentos el documento que estaba leyendo. Cuanto más intentaba concentrarse en su trabajo, más pensaba en la nueva niñera de sus hijos. Horas antes, durante la cena, había descubierto que era animada e inteligente.

Él había prometido que no volvería a dejarse encandilar por un rostro bonito. ¿Estaba rompiendo su promesa al pensar en aquella mujer? No era el tipo de mujer despampanante con las que solían relacionarlo de manera equivocada. Pero le parecía una mujer agradable y sorprendente.

Al oír un ruido en el exterior, miró hacia la puerta del balcón. Se levantó del sofá y miró por la ventana. La noche era oscura, pero Fariq vio una sombra apoyada sobre la barandilla del balcón, cerca de las habitaciones donde dormían los niños.

—Hola —dijo él.

Crystal se volvió al oír su voz. En la penumbra, Fariq vio que se había llevado la mano al pecho.

—¡Cielos! —exclamó—. Pensé que estaba sola.

—Y lo estabas hasta que salí yo. Este balcón llega hasta mi habitación. Todas las habitaciones se comunican a través del balcón y, desde aquí, podemos ver el mar. Mi dormitorio está ahí —señaló Fariq.

—Ah. No comprendía muy bien la distribución. He salido a tomar un poco el aire. Lo siento si te he molestado.

—Para nada —mintió él.

Ella lo había molestado desde antes de que él descubriera que estaba en el balcón. Fariq se fijó en que tenía el cabello suelto y que le quedaba muy bien. En la oscuridad, no podía ver de qué color era, pero sí que le llegaba casi hasta la cintura.

La mayoría de las mujeres que iban a la moda no llevaban el cabello tan largo. Claramente, Crystal no era una mujer que siguiera la moda. Tenía una melena preciosa, pero la tentación de acariciársela lo incomodaba.

A medida que la vista se le acostumbraba a la oscuridad, Fariq se percató de otros detalles. Al darse cuenta de que iba en camisón, le dio un vuelco el corazón. Era un camisón recatado. Tenía el cuello alto y era de raso blanco y encaje.

No llevaba bata, tal vez porque pensaba que estaría sola. La vida que había compartido con su esposa le había enseñado a cuestionarlo todo, y se preguntaba si Crystal ignoraba de verdad su presencia o si tenía otros planes. Pero por la forma en que se agarraba a su camisón de cuello alto, indicaba que no era así. Fariq tragó saliva y decidió que había llegado el momento de regresar al interior. Pero era incapaz de hacerlo. Dio un paso adelante, lo justo para inhalar el aroma seductor de su piel.

—Es tarde —dijo ella—. Será mejor que entre.

—Por supuesto. Todavía te estás adaptando al cambio de hora. Debes de estar cansada.

—No tanto. No podía dormir.

—Entonces, quédate, por favor. Hazme compañía —dijo él.

¿Por qué le había pedido tal cosa? No era sensato buscar la compañía de una mujer. ¿Qué tenía ella que le hacía perder el sentido común?

—De acuerdo.

Sus palabras lo pillaron desprevenido. Era la niñera de sus hijos, así que hablarían de ellos.

—Y Hana y Nuri… ¿están dormidos?

—Como angelitos.

—Quería darte las gracias por ponerte de su parte… delante del rey.

—No tienes que agradecérmelo. Se comportaron como cualquier niño de cinco años y no hicieron nada malo. Tu padre ha tenido cuatro hijos. Debería comprenderlo.

—Han pasado muchos años desde que mis hermanos y yo éramos pequeños. Como dijo mi tía, nos dejó al cuidado de otros.

—Por supuesto, porque él estaba ocupado gobernando el país — se cruzó de brazos y se apoyó contra la barandilla. Yo soy el padre.

Debería haber salido en defensa de mis hijos.

—Es difícil saber qué comportamientos son adecuados para cada edad cuando no se ha estudiado.

—Señorita Rawlins, ¿es eso un intento de dejarme en ridículo?

Ella sonrió.

—Es la verdad. La mayor parte de los padres trabajan y sólo ven a sus hijos por la tarde. Es la persona que los cuida quien mejor los conoce y quien sabe cuándo tratan de hacer una jugarreta.

—Mis hijos no hacen tal cosa.

—Por supuesto que no. El trabajo de un padre es pensar que sus hijos son perfectos. Me llevará un tiempo conocerlos y ver qué saben y qué son capaces de comprender. Creo que no está bien hacerlos responsables de algo si no pueden comprender lo que se espera de ellos.

—Estarán sometidos a un patrón más duro que el de los niños normales.

—Pero siguen siendo niños.

—Niños de la realeza. Tendrán muchas más presiones sólo por ser quienes son. Se esperará más de ellos sólo por pertenecer a esta familia.

—Si no están preparados para ello, mucha presión será mala.

—Es tu trabajo asegurarte de que eso no suceda.

—Y haré todo lo posible. Pero también necesitan la influencia de alguien que haya pasado por lo que ellos y sepa cómo se sienten.

—¿Alguien como su padre?

—Sí —dijo ella—. Y sus tíos. Y su tía. Johara tiene mucha mano con los niños, los comprende de manera intuitiva y conecta con ellos.

—Como tú —dijo él, y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Gracias —dijo ella—. Me preguntaba por qué…,

—¿Sí?

—Dicen que la curiosidad mató al gato. Pero no dejo de preguntarme qué les pasó a las otras niñeras. ¿Por qué habéis tenido cinco en un año?

—Es bueno conocer los errores de los anteriores para evitar cometerlos de nuevo.

—Cometeré otros diferentes —bromeó ella.

—Espero que no sean errores que se condenen con la decapitación.

—Espero que estés bromeando.

—Lo estoy —se rió—. Veamos. Lo de la última niñera ya lo sabes.

—Sí. Puedes estar tranquilo porque no apareceré en la habitación de nadie sin avisar.

—Me alivia oír eso. Otra echaba de menos su casa. La otra no se llevaba bien con los niños. Y la anterior no me caía bien a mí. Y la última… —la brisa movió la melena de Crystal y lo distrajo.

—¿Sí?

—La última salió huyendo con el chofer —dijo al fin.

—Así que la vida en palacio es como un culebrón-dijo ella—. Comprendo que el rey no quiera más trastornos.

—Hablando de trastornos. Hay algo más por lo que quiero darte las gracias.

—¿De veras? ¿Qué?

—La belleza es lo que la belleza hace.

Ella asintió.

—Las sabias palabras de poca utilidad que dijo Vicky Rawlins.

—¿Vicky Rawlins?

—Mi madre.

—Ah. No son de poca utilidad —dijo él—. De no haber sido por las palabras de tu madre, esta noche se habría derramado sangre. La de mi hermano, para ser exactos.

Ella se rió y a Fariq el sonido le pareció tan placentero que no pudo evitar sonreír.

—Crees que podrías derrotar a tus dos hermanos.

—Sin duda, y con una mano atada en la espalda.

Ella se rió de nuevo. Su risa era un agradable sonido que Fariq rara vez escuchaba. Al menos, no en el balcón de sus aposentos. No había estado allí con una mujer desde mucho antes de que su esposa se marchara. El comportamiento de Crystal no tenía nada que ver con la mujer pálida que había sido durante la cena. Era evidente que se había puesto, nerviosa, pero había salido del paso muy bien, enfrentándose al rey. Y también a sus hermanos.

—Espero que la cena no haya sido demasiado dura para ti. Cuando Rafiq te invitó parecía que fueras a desmayarte.

—Estuvo bien. Más fácil de lo que esperaba —dijo ella. Había un poco de tensión en su voz.

—¿Qué te ha parecido mi familia?

—Me recuerda a la mía. Ése es uno de los motivos por los que salí en tu defensa. El recuerdo de cómo me atacaban mis hermanos hizo que no me pareciera justo. Me sorprende porque creía que…

—¿Qué es lo que creías?

—Probablemente sea inapropiado que lo diga.

—No si yo te lo pido. Prometo no utilizarlo en tu contra.

—Como si fuera a creer tal cosa.

—¿Dudas de mí?

—Por supuesto.

Él se puso derecho y la miró a los ojos.

—Soy un príncipe de El Zafir y juro por el honor de Hassan. Y, si no digo la verdad, que la furia de miles de tormentas de arena descienda sobre mí.

—¡Caramba! Sin duda tienes facilidad para actuar. ¿Por qué no voy a creerte?

—Eso digo yo.

Ella suspiró.

—Sólo iba a decir que la idea de conocer a toda tu familia a la vez me puso nerviosa porque pensaba que el dinero os haría diferentes.

—¿Snob?

—Tú lo has dicho, no yo —dijo ella—. Pero me equivoqué. Sois como cualquier familia que se ama, se respeta y bromea entre sí.

—El cargo y la riqueza sólo varían las circunstancias. No deberían alterar el carácter básico de las personas.

—Estoy de acuerdo. Todos habéis hecho que me sintiera a gusto. Incluso Johara parece ser una adolescente normal, deseando buscar aventuras y bastante franca. Aunque, comparada con los adolescentes que hay en donde yo vivía, se mordió la lengua en cuanto se lo ordenaron.

—Eso es porque en mi país no hacer tal cosa podría significar perder la lengua.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Sí.

Ella se rió.

—Me alegra oírlo. Pero, en serio, la princesa Johara es maravillosa con tus hijos.

—Los niños adoran a mi hermana.

—Tienes suerte de que ella haya estado cuando no teníais niñera.

—Puede —dijo mirándola a los ojos—. Pero es terca y rebelde.

—Cambiará.

—Espero que tengas razón. Pero, entretanto, los niños la admiran. Tiene mucha influencia sobre ellos, y me preocupa que pueda ser negativa.

—Estoy segura de te preocupas demasiado.

—Quizás. En ese caso, soy afortunado porque has venido a cuidar de ellos. Hana y Nuri te han aceptado enseguida.

—Me alegro. Por supuesto, sólo será algo bueno si soy un buen modelo para ellos.

—Mi instinto me dice que eres un modelo estable, sensata y muy sincera.

—No voy a guardarme la plata de la familia en el bolso, si es a lo que te refieres.

—No era eso lo que pretendía decir. Además, hemos investigado tu pasado.

—Por supuesto.

—Igual que el de todo el mundo que trabaja en el palacio. Mi tía Farrah me informó de que no había nada inesperado en el informe final.

—¿Dijo algo más?

—Sólo que eras perfecta para mí… para el puesto, quiero decir.

—Es bueno saberlo —se acercó a la puerta y la luz del interior iluminó la tensión de sus labios—. Ahora, si me disculpas, creo que es hora de regresar dentro. Ha sido un día muy largo. Y mañana tengo que cuidar de los niños todo el día. Buenas noches, Fariq.

De pronto, se había marchado. El se preguntó si había dicho algo para ofenderla. Pero era imposible.

Sólo había dicho la verdad, como siempre solía hacer. La sinceridad era uno de las cosas más preciadas de la vida.

Tras su encuentro con Crystal, se arrepintió de haber concertado varias reuniones fuera del país para las semanas siguientes, pero se alegraba de dejar a sus hijos en manos de una persona como ella.

Durante varios segundos permaneció mirando el lugar donde ella había estado. Había disfrutado de su compañía y, de pronto, se sentía muy solo. ¿Cómo podía ser? Nada importante había cambiado en su vida y, sin embargo, sentía que la soledad lo agobiaba. ¿Siempre había sido así? ¿O era que nunca se había dado cuenta hasta ese momento?

Crystal retiró los platos del desayuno de la mesa en la habitación de Fariq y comenzó a meterlos en el lavavajillas. Imaginar que estaba en un lujoso apartamento en lugar de en una de las muchas habitaciones del palacio la hacía sentirse más cómoda. Mientras guardaba los platos y los cubiertos, pensó que ya llevaba seis semanas en El Zafir y que había disfrutado de cada momento. Los niños parecían haberse adaptado muy bien a la rutina que ella les había establecido.

Fariq había pasado la mayor parte del tiempo viajando, y eso la sorprendía. El primer viaje de negocios lo emprendió a la mañana siguiente del encuentro casual en el balcón. Ella se había apresurado para regresar a su habitación tras oír que su pasado había sido investigado, pero cuando se tranquilizó, se dio cuenta de que si hubieran encontrado alguna mentira, no la habrían contratado.

Crystal sabía que él viajaba a menudo, pero, de algún modo, no esperaba que se marchara de viaje enseguida. Creía que esperaría hasta asegurarse de que sus hijos estarían a gusto con ella. Sin duda, era un hombre con muchas responsabilidades, pero la prioridad debían ser sus hijos.

Fariq llamaba todas las noches y, después de hablar con sus hijos, hablaba con ella por teléfono para preguntarle cómo había ido el día. Su voz seductora hacía que ella se sintiera atraída por él. Cuando Fariq hablaba, ella sentía…

—Buenos días.

Ahí estaba: la voz seductora que hacía que se pusiera nerviosa. Se dio la vuelta frente al fregadero y lo miró.

—Bienvenido. ¿Cuándo has regresado?

—Anoche. Era tarde —la miró de arriba abajo. Llevaba una blusa blanca y una falda larga—. ¿Dónde están los niños?

—Los he mandado a cepillarse los dientes y a lavarse la cara. Después, irán al aula de estudio.

Fariq la miró. Después, se fijó en que el lavavajillas estaba abierto.

—¿Qué estás haciendo?

—Guardar los platos. Los gemelos se han preparado su plato de cereales.

—Sólo tienes que llamar a los empleados de la cocina para que hagan lo que les pidas.

Ella se apoyó contra el fregadero y se secó las manos con un paño.

—Es bueno que aprendan a hacer las cosas por sí mismos. Los hace sentirse útiles.

—Ya veo.

—Quería que tuvieran un desayuno saludable y se me ocurrió una mezcla de canela, pasas, nueces y miel. Lo han pasado bien preparándolo —dijo Crystal.

—Podías haber llamado al servicio para que recogiera.

—Lo sé. Pero… —se colocó las gafas mientras buscaba una explicación.

—¿Qué? ¿No recuerdas que prometí no utilizar tus palabras en tu contra?

Ella recordaba casi todo lo de aquella noche. La camisa remangada que resaltaba su cuerpo masculino y su voz suave y erótica.

Su ausencia había hecho que ella casi lo olvidara. Pero los niños lo echaban mucho de menos y eso la molestaba.

—Intento crear un ambiente para ellos que sea normal. Crear un equilibrio entre su ambiente habitual y el resto del mundo. ¿Comprendes?

—Totalmente.

—Me alegro. He desarrollado una agenda lo más equilibrada posible, incluyendo clases de música y pintura con un profesor de la universidad. También tienen lectura, matemáticas y algunos idiomas, tal y como me pediste.

Asintiendo, él se cruzó de brazos y se apoyó contra la nevera.

—Es importante que hablen varios idiomas de forma fluida.

—El inglés será la prioridad —dijo ella—. Les he enseñado unos juegos para que el proceso de aprendizaje sea más divertido. Apenas se dan cuenta de que están aprendiendo. Y les encanta el colegio. Si

los dejara, irían siete días a la semana.

—¿Y por qué no los dejas?

—Se llama equilibrio. Tú también podrías aprender un poco de eso.

—¿Estás diciendo que trabajo demasiado?

—Tú sabrás.

—Quizá me haya dedicado mucho a mi trabajo desde que…

—¿A qué te refieres? —preguntó ella al ver que fruncía el ceño.

—No importa. Me gustaría ver a los niños ahora —se oyeron gritos en el salón.

—Me temo que por ahí vienen —sonrió ella.

—¡Papá! —Hana entró en la habitación con un panda de peluche—. Gracias por el regalo.

—Y por el mío —dijo el pequeño, sujetando su muñeco.

Los niños corrieron hacia él y lo abrazaron. Fariq le dio un beso a cada uno. Crystal deseó que él pasara más tiempo con ellos. Sin duda, lo necesitaban.

Sintió un nudo en la garganta y se volvió con la excusa de terminar de recoger los platos.

—Crystal nos ha preparado cereales, papá —dijo Hana.

—Me ha gustado —dijo Nuri.

—¿Así que es buena cocinera? —preguntó con una sonrisa.

—Oh, sí —contestaron al unísono.

—A lo mejor me preparará un poco a mí —dijo él.

Crystal se preguntó si hablaba con segundas intenciones. Dobló el paño de cocina y lo dejó sobre la encimera.

—Niños, es hora de ir a clase. Esta mañana tenéis música y pintura con la señorita Kelly. Os acompañaré.

—Papá, ¿tú también vienes? —suplicó Hana.

—Por supuesto. Os he echado de menos —dijo él. Sonrió a su hija y después miró a Crystal.

«¿También me ha echado de menos?», pensó ella. Era ridículo, pero tenía que admitir que había notado su ausencia más de lo que esperaba.

Fariq se puso la chaqueta, salieron de la habitación y se dirigieron los cuatro hasta la habitación de estudio.

—Voy a hacer un dibujo para ti, Crystal —dijo Hana cuando se detuvieron frente a la puerta.

—Me encantará —Crystal se agachó y le dio un beso a la pequeña—. Y tú, jovencito, ¿qué vas a hacer hoy?

—Aprenderé una canción para cantártela —dijo el niño.

—Una de mis cosas favoritas —dijo ella, y le dio un beso en cada mejilla. El pequeño puso una gran sonrisa y ella sintió que se le encogía el corazón. Lo abrazó con fuerza—. Es hora de entrar. La señorita Kelly os está esperando. Os veré dentro de un rato.

—Qué suerte tienes de que vayan a pintar y a cantar para ti —dijo él.

Crystal se las arregló para salir del paso.

—Es sólo que has estado mucho tiempo fuera. Tardarán un poco en acostumbrarse a que estás de vuelta.

—No quiero hablar de esto —miró el reloj—. He de irme.

«¿Otra vez?», pensó indignada.

—¿Llamarás a los niños esta noche?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Es lo que haces siempre.

—Cuando estoy de viaje.

—Entonces, ¿no vas a salir del país?

—Voy a mi despacho. Aquí, en el palacio.

Ella lo observó marcharse por el pasillo y sintió cómo su corazón se había llenado de felicidad al enterarse de que no se iba a marchar. Trató de frenar ese sentimiento. Tenía que centrarse en el trabajo. Era hora de que repasara las actividades que había preparado para la tarde. Bajó por las escaleras y se dirigió hacia la zona de los aposentos. Antes de entrar en su habitación, oyó que un sirviente la llamaba.

—¿Qué ocurre, Salima?

—La princesa Farrah requiere su presencia ahora mismo, señorita Rawlins.

—Gracias. Iré a verla enseguida.

La princesa tenía sus aposentos al final del pasillo. Crystal se detuvo frente a la puerta, llamó y esperó a que le dieran permiso para entrar.

El elegante recibidor nunca dejaría de asombrarla. Había entrado en todas las habitaciones de la familia real, ya que los niños visitaban a menudo a sus parientes, y siempre le sorprendía lo diferentes que eran unas de otras. La de Fariq era la única que tenía

cocina, quizá porque tenía hijos. Sus hermanos y su padre tenían habitaciones grandes y muy bien decoradas.

Pero la de la princesa Farrah era la más elegante de todas.

—¿Alteza?

—Aquí, cariño.

La voz provenía del salón, y Crystal se encaminó en esa dirección. Al doblar la esquina, oyó algo parecido a «No progresa en absoluto».

—¿Ocurre algo, Alteza?

—Crystal —dijo la princesa Farrah alzando la vista—. No, no ocurre nada. Estoy frustrada con un proyecto en el que he estado trabajando. Por favor, siéntate. Gracias por venir tan rápido.

—De nada —se sentó a la derecha de la princesa, en el sofá semicircular que dominaba la habitación. Enfrente quedaban las puertas de cristal con vistas al mar de Omán—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quería hablar sobre los niños. Creo que… —llamaron a la puerta y la interrumpieron—. Adelante.

Se oyeron unos pasos decididos y apareció Fariq. Crystal sintió que se le aceleraba el pulso y entrelazó los dedos sobre su regazo. Tenía las palmas húmedas.

Él miró a su tía e hizo una reverencia.

—Buenos días.

—Sobrino. Gracias por venir tan rápido.

—Dijiste que tenía que ver con los niños. Acabo de dejarlos. Espero que no haya sucedido nada. —Siéntate —sonrió—. Hana y Nuri son unos angelitos. Y Crystal se porta muy bien con ellos.

Crystal sintió que el sillón se hundía un poco cuando él se sentó. Podría inclinarse ligeramente hacía la izquierda y darle un beso en la mejilla. La idea la sobresaltó. Y no la ayudó el que Fariq la mirara como si pudiera leerle el pensamiento. Ella se sonrojó. La vida en el palacio era mucho más sencilla cuando él estaba de viaje.

—Alteza, es usted muy amable, pero los niños son una delicia. Me encanta cuidar de ellos —de pronto, a Crystal se le ocurrió una cosa. Cuando Fariq estaba ausente, Crystal obedecía las instrucciones de la princesa. ¿Ocurriría algo con los niños que la princesa tuviera que contarles a los dos?—. ¿Ocurre algo con Hana y Nuri que yo no sepa? Estoy abierta a cualquier sugerencia, Alteza.

No me importa. Después de todo, conocen a los niños mejor que yo. Y dicen que…

Se calló cuando Fariq le cubrió los labios con el dedo índice. Sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Dejemos que mi tía nos cuente lo que tiene que decirnos —dijo él con una sonrisa.

—De acuerdo —miró a la otra mujer—. ¿Por qué me ha mandado llamar? Bueno, a nosotros —corrigió, y miró a Fariq.

La princesa apoyó las manos sobre su regazo.

—Crystal, ¿sabes montar a caballo?

La pregunta era totalmente inesperada.

—He montado un par de veces, pero no puedo decir que tenga experiencia. ¿Eso supone algún problema?

La princesa sonrió satisfecha.

—Para nada. Pero creo que es algo que deberías dominar. Por los niños.

Era algo que Crystal siempre había deseado hacer. ¡Qué suerte! Cuando los sueños y la realidad coincidían, la vida era buena. Eso no le suponía un problema.

A su lado, Fariq asintió.

—Creo que ya sé lo que quieres decir, tía. Y estoy de acuerdo. Enseñaré a Crystal a montar a caballo. Personalmente.

Crystal lo miró. Eso sí que le suponía un problema.

Capítulo 4

FARIQ estaba fuera del establo disfrutando de la brisa y el cielo azul. El olor de la arena y el mar, mezclado con el perfume del jazmín, hizo que se sintiera orgulloso de su país. Lo había echado de menos. Una buena cabalgada era lo que necesitaba después de sus viajes de negocios.

Después de dejar a su tía, Fariq le había dicho a Crystal que se cambiara de ropa y se reuniera con él allí. Había dado instrucciones en el establo para que ensillaran los caballos y había llamado a su asistente para que cancelara todas las citas de la mañana. Entre Farrah y su hermana, los niños estarían atendidos hasta que Crystal regresara de la clase. Fariq encontraba la idea de enseñarle a montar a caballo más placentera de lo que nunca habría imaginado.

Una sensación conocida se apoderó de él, una que le indicaba cuándo se estaba encariñando con una mujer. Después, pensó en las grandes gafas y el peinado poco favorecedor que llevaba Crystal y se rió. No corría el riesgo de sentir nada más profundo. Sin embargo, había dado más importancia a aquella mujer que a ninguna otra desde hacía mucho tiempo. Incluso durante sus viajes de negocios, esperaba impaciente la conversación telefónica que mantenían por las noches para hablar de los niños. Su voz le resultaba seductora y placentera, una buena distracción contra el exceso de trabajo.

Y cuando regresó a casa, su interés por ella había aumentado. Especialmente, mientras la observaba acercarse hacia él por el camino de piedra. Llevaba una blusa blanca de manga corta metida por dentro de unos pantalones vaqueros que resaltaban sus piernas estilizadas que siempre escondía bajo la falda. Y la curva de sus caderas también era más pronunciada de lo que él esperaba.

A su lado, uno de los caballos relinchó. Fariq le acarició la cabeza por encima de la valla.

—Paciencia, amigo. Pronto le enseñaremos todo lo que tenga que aprender.

Sus palabras lo sorprendieron. Era su deber asegurarse de que la niñera de sus hijos aprendiera a montar a caballo. Nada más.

Crystal se detuvo junto a Fariq. Se colocó las gafas de sol sobre su nariz pecosa y lo miró.

—Si hubiera sabido que tenía que ir vestida de manera formal, me habría puesto los vaqueros de noche.

Él miró la camisa de seda blanca que llevaba y los pantalones de montar. Después la miró a ella.

—Me encargaré de que te proporcionen la ropa adecuada.

—¿Lo que llevo es inapropiado?

No para él. Le gustaba cómo la tela de la blusa resaltaba sus pequeños pechos.

—Mientras nos quedemos en los confines del palacio, está bien. Si nos adentrásemos en el desierto, sería desaconsejable no llevar el atuendo tradicional. Hoy te enseñaré lo básico y no iremos demasiado lejos. A medida que vayas aprendiendo y salgamos de los límites del palacio, los guardas de seguridad nos acompañarán.

—¿Será necesario? —preguntó con preocupación.

—Es sólo una precaución que debo tomar como miembro de la familia real. No permitiré que te ocurra nada.

—Y respecto al atuendo tradicional, ¿cómo sabré lo que es apropiado?

Fariq no podía ver la expresión de sus ojos debido a sus gafas oscuras, pero vio cómo se mordía el labio inferior con nerviosismo y se fijó en que tenía una boca sensual y tentadora.

—No te preocupes. Puesto que eres mi empleada, es mi responsabilidad proveerte de todo lo que necesites para realizar tu trabajo —miró los zapatos que ella llevaba y arqueó una ceja—. Las botas son fundamentales.

Ella se miró los pies y dijo:

—Tú eres el experto. Pero estás muy ocupado. Seguro que hay alguien más que pueda enseñarme. No es que no aprecie que me dediques tu tiempo, pero ¿realmente es necesario que dirijas tú la clase de montar a caballo?

—Haré todo lo posible para asegurarme de que mis hijos estén seguros.

—¡Vaya! —ella levantó las manos—. Un paso atrás. Cuando la princesa Farrah lo mencionó, me entró curiosidad, pero reaccionaste tan rápido que no me dio tiempo a preguntar. ¿Qué tiene que ver que yo sepa montar a caballo con los niños?

—La equitación es un deporte elegante, aprobado por el rey. A los cinco años es el momento adecuado para que Hana y Nuri aprendan a montar. Forma parte de su cultura y es algo que deben aprender. Él había tratado de que las clases comenzaran justo cuando se produjo la crisis con la última niñera. Debido a los viajes de negocios y al tiempo en que tardaron en encontrar otra niñera, las clases tuvieron que ser retrasadas. Tu trabajo es controlar todas las actividades de mis hijos. Por tanto, debes aprender a montar a caballo.

—No seré yo quien les enseñe. Sólo los acompañaré.

—Pero tendrás que ser capaz de seguirlos; si no, ¿cómo harás bien tu trabajo?

—Si es parte del trabajo, ¿por qué no figuraba en la lista de requisitos? ¿Por qué no pedíais una mujer corriente, inteligente y que supiera montar a caballo? —se movió y el sol iluminó su cabello castaño, que llevaba recogido con una horquilla grande. A Fariq la imagen le pareció cosa de magia—. ¿Fariq?

—¿Hmm? —él trató de concentrarse en sus palabras—. No era necesario encontrar a un jinete experta. Había otras consideraciones más importantes, y puesto que tu licenciatura demuestra que eres capaz de aprender…

—Pero montar a caballo es diferente que recitar frases sacadas de un libro. Requiere coordinación. Y habilidad atlética —miró hacia los caballos y frunció el ceño—. Y decisión.

—Eso no me preocupa. A cualquier mujer que deje su entorno para ir a trabajar a un lugar del otro lado del mundo, no le falta decisión.

—¿Y qué hay de la niñera que se fue porque sentía nostalgia?

—Eres mucho más madura que ella. Y sospecho que te gusta la aventura. A menos que hayas mentido.

—¿Perdón? —se quedó inmóvil.

—A mi tía —explicó él, preguntándose por qué había

reaccionado así—. Antes, cuando dijiste que querías aprender a montar. ¿No dijiste la verdad?

—Ah. Eso —suspiró—. Sí. Me gustaría mucho aprender a montar.

—Por eso, me sorprende tu rechazo.

—Es sólo que me incomoda pensar que vas a dejar de hacer cosas más importantes. ¿No podría enseñarme alguno de los mozos de cuadra?

Las clases requerían cercanía y contacto personal. ¿Que la tocara otro hombre? Fariq no quería ni pensar en ello. Era su deber proteger a la niñera de sus hijos. Pero parecía que ella se resistía a pasar tiempo en su compañía.

La observó con atención y percibió que estaba tensa. ¿Sería que él la ponía nerviosa? Era algo incomprensible que él le resultara desagradable. Por lo tanto, debía ser lo contrario: ella se sentía atraída por él. Curiosamente, la idea lo complacía.

—Te enseñaré a montar —dijo él—. He organizado mi agenda para poder hacerlo.

—Pero Fariq…

—Soy el mejor jinete de la familia real, aunque Rafiq no esté de acuerdo. Y tú has venido para cuidar de mis hijos. Por tanto, es mi responsabilidad enseñarte a montar… ya que soy padre y jefe a la vez —ella se dispuso a decir algo y él levantó la mano—. No quiero oír nada más al respecto.

—De acuerdo. Entonces, vamos.

Fariq encontró la situación muy estimulante. La idea de tocarla le resultaba muy atrayente, aunque fuera con la excusa de darle clase.

—Primero, debes conocer a tu caballo. Éste es el mío, Midnight —dijo él acariciando el cuello del animal. Después, señaló un caballo marrón que estaba junto al suyo—. Ésa es Topaz. La he elegido especialmente para tu uso personal. Es dócil y se portará bien. Una verdadera joya.

¿Como Crystal? Preciosa, pero fuerte. ¿Sería capaz de soportar las duras condiciones del desierto? El tiempo lo diría.

Sin dudarlo, ella levantó la mano y acarició el cuello de la yegua. Luego se rió.

—Creo que nos hemos caído bien. Es una buena chica —miró

hacia el interior de los establos—. He visto las instalaciones. Y apuesto a que es una yegua feliz, teniendo en cuenta lo bonito que es este lugar. No soy experta, pero ¿los establos no son de caoba?

—Sí. Es una madera muy resistente.

—Muy bonita.

—Los establos están climatizados y los abrevaderos son automáticos y de acero inoxidable.

—Un establo por todo lo alto —comentó ella—. Esos caballos sólo necesitan un microondas y una televisión de alta definición. Hay gente, incluso puede que en este país, que daría cualquier cosa por vivir en un lugar como el que viven estos caballos. Aunque la dieta a base de cereales puede resultar un poco monótona.

Fariq estaba deslumbrado por su sonrisa y por cómo le transformaba el rostro. Hizo un esfuerzo por concentrarse en sus palabras.

—Los animales que hay aquí son purasangre. Es de sentido común que haya que cuidarlos en el mejor entorno.

—¿Y qué hay de los ciudadanos de este país? ¿También se cuida de ellos?

—Tenemos muchos programas para cuidar de ellos.

—Me alegra oírlo —dijo mirando a la yegua—. ¿Cuándo me puedo subir?

—Ahora, si estás preparada —comprobó que el bocado de la yegua estuviera bien puesto—. Recuerda que siempre tienes que montar desde la izquierda —dijo él, y se volvió para mirar a su caballo—. Pon el pie izquierdo en el estribo y pasa la pierna derecha por encima de su lomo.

—De acuerdo.

Fariq oyó un ruido y al mirar por encima del hombro, vio que Crystal estaba montada en Topaz.

—No he visto tu técnica, pero veo que lo has conseguido.

—Me he criado viendo películas del Oeste. De algo me ha tenido que servir.

—Eso parece —se sentía un poco decepcionado al ver que no había necesitado su ayuda.

Tras comprobar que Crystal tenía bien regulados los estribos, Fariq se subió a su caballo.

—Toma las riendas con la mano izquierda —dijo él. La miró y

vio que ya lo había hecho.

—Ahora sólo tengo que mover la mano hacia la dirección donde quiero ir, ¿verdad? Y tirar con cuidado si quiero que pare. Agarrarme fuerte con las piernas.

—Sí —cuando hizo avanzar a su caballo, Topaz lo siguió.

—¿Qué te parece? Me temo que todas esas horas de televisión me sirvieron para algo —él frunció el ceño. Ella lo miró y se rió—. ¿Con esa mirada no asustas a los niños y a las mujeres, Fariq?

—No tengo ninguna mirada especial. No sé qué quieres decir.

—Si tú lo dices…

—¿Dudas de mi palabra?

—Es una pregunta delicada. Si digo que sí, puede que te veas obligado a mentir y te arriesgues ante la furia de miles de tormentas de arena. No quiero ser un daño colateral. Por tanto, no dudo de tu palabra.

—Yo nunca miento.

—¿Nunca? —preguntó ella—. ¿No crees que a veces una mentira puede ser buena, que existen mentiras piadosas? Si tu tía te preguntara si su vestido nuevo hecho a medida le hace el trasero grande, ¿qué le dirías?

—La verdad. Cualquier otra respuesta no sería sincera, y eso es algo que aborrezco.

—Estoy de acuerdo en que hay ciertas cosas que requieren absoluta veracidad, pero a veces hay pequeños detalles que no son importantes. ¿Por qué eres tan estricto?

—Los motivos no son importantes. Lo que has de saber es que detesto que los demás mientan y que es algo que no me permito a mí mismo.

—Ya veo —dijo ella.

No. No había manera de que la inocente Crystal supiera cómo su mujer le había enseñado lo valiosa que era la verdad. Aquella mujer ya no formaba parte de su vida, pero las cicatrices perdurarían para siempre. Lo único bueno que le había dado eran sus hijos. Significaban todo para él. Por ellos y por todos los niños de El Zafir, él estaba decidido a que su país fuera próspero y se valorara en el nuevo orden mundial. Para ello, tenía que afianzar la base económica de El Zafir.

Los hombres no sólo vivían del petróleo. Fariq estaba decidido a

diversificar sus intereses económicos. Y para ello tenía que asistir a reuniones en otros países. Esa misma mañana, Crystal había criticado sus frecuentes ausencias y había lamentado el hecho de que Hana y Nuri no tuvieran madre. Pero si hubiera conocido a Fátima, hubiera comprendido que estaban mejor sin ella. También habría comprendido por qué Johara se comportaba de manera rebelde y por qué a él le preocupaba la influencia que tenía sobre sus hijos.

Mirándola de reojo se percató de que Crystal se había puesto tensa. Tenía el cuerpo rígido y parecía cansada. Topaz se movía inquieta.

—Relájate —dijo él—. Lo estás haciendo muy bien.

—Gracias —contestó ella, sin mirarlo a los ojos.

Por suerte, Crystal no había necesitado muchas instrucciones. Su pensamiento se había desviado de la conversación. ¿De qué estaban hablando? De la sinceridad. Ella le había dicho que no dudaba de su palabra.

Pero él sí tenía algunas dudas. La mayoría sobré su propia salud mental. Porque deseaba acariciarla para que dejara de sentirse tensa y su rostro recuperara la sonrisa. Quería tocarla. Deseaba tener la labia que tenía Rafiq a la hora de tratar con las mujeres. Cuanto más se enfrentaba a ese pensamiento, más temía que su ceño fruncido asustara a mujeres y niños. Así que permaneció en silencio.

Después de montar una hora a caballo, Crystal tenía la espalda cansada y la parte interior de los muslos dolorida. Cuando se bajó del caballo, tenía la sensación de que no podría sostenerse sobre sus piernas.

Después de que Fariq le dijera que nunca mentía, habían montado en silencio durante un rato. Todas las mujeres sabían que los hombres no siempre decían la verdad. ¿Por qué tenía que trabajar para el único hombre que nunca mentía? Se sentía culpable y pensó si debía contarle su secreto o no. Mediante algunos pagos a los acreedores, había conseguido evitar que su madre tuviera que vender la casa. Pero todavía quedaban montones de facturas médicas por pagar.

Entonces pensó en los niños. Cinco niñeras en un año. Hasta su llegada habían estado con sirvientes y miembros de la familia… con cualquiera que tuviera un rato para ellos. Con ella parecían felices y

contentos. ¿Era justo abandonarlos otra vez?

Finalmente, decidió esperar más tiempo. Cuando Fariq viera que Crystal era buena para los niños, ella se lo contaría todo y esperaría que él lo comprendiera. Un rato antes le había suplicado a Fariq que la dejara ir más deprisa y él había aceptado. Ella no recordaba cuándo había sido la última vez que lo había pasado tan bien. Y parecía que él también había disfrutado. Pero sus ojos parecían dos brasas de carbón, y la tensión casi emanaba de ellos.

—Lo has hecho muy bien para ser tu primera clase —la miró y algo brilló en sus ojos—. Se te está soltando el cabello.

—Debí habérmelo sujetado mejor.

Pero la expresión de sus ojos transmitía que él no estaba de acuerdo.

—Vuelves a tener color en el rostro. Tus mejillas están coloradas. ¿Has disfrutado?

—Mucho —contestó ella.

Fariq detuvo a Midnight frente al establo y se bajó del caballo. Ató las riendas a la valla y, después, hizo lo mismo con el caballo de ella.

Se volvió y se sorprendió al ver que ella seguía montada en la silla. Puso una media sonrisa y le dijo:

—Una cosa es ver una película del Oeste y otra actuar en ella, ¿verdad?

—Si lo que me estás preguntando es si me duele la espalda, la respuesta es sí —al ver que sonreía aún más, ella frunció el ceño—. No debería hacerte tanta gracia.

—No me hace gracia —dijo él, con las manos en las caderas—. Eso sería impropio de un caballero, por no decir descortés. Por desgracia, cuando uno aprende a montar, los músculos de ciertas zonas vulnerables sufren. Hasta que te acostumbres a la silla, ésa será la consecuencia —se acercó por el lado izquierdo y extendió los brazos—. Te ayudaré a bajar.

—Gracias, pero puedo hacerlo sola.

Se agarró a la silla y desmontó del caballo. Cuando se disponía a caminar, se tambaleó y Fariq la sujetó.

—Quizá, para ser tu primera clase, hayamos estado montando demasiado tiempo.

—Me lo he pasado muy bien. Además, creo que no habría

importado el tiempo que hubiéramos montado. Las partes vulnerables de mi cuerpo también se acordarían de ti.

Otras partes vulnerables se alegraban de estar apretadas contra el torso de Fariq, y al sentir que sus fuertes brazos la rodeaban, Crystal se estremeció y sintió cómo se le aceleraba el corazón.

Él sonrió.

—Aun así, debí haber sido más sensible con tu inexperiencia. Prometo recompensarte.

«¿Cómo?», pensó. Al ver que Fariq la miraba con ardor, ella temió haber pronunciado la pregunta en voz alta. Él continuó mirándola como si fuera lo más valioso del mundo y Crystal sintió que se le cortaba la respiración.

Al instante, él agachó la cabeza y la besó en la boca, haciendo que una corriente eléctrica recorriera el cuerpo de Crystal. Introdujo la lengua en su interior y ella se estremeció al sentir una ola de calor. A Fariq se le aceleró la respiración y la abrazó con más fuerza para sentir sus pechos presionados contra su torso. Crystal se sorprendió al notar la evidencia de su deseo.

Fariq comenzó a acariciarle el cabello y ella disfrutó de sus caricias. Pensó que podría derretirse allí mismo, prisionera de sus labios.

Cuando se separaron, él la miró y le dijo:

—Estás llena de sorpresas. Tan apasionada, brillante y misteriosa como el desierto.

Crystal tenía el corazón acelerado y no sabía qué decir:

—Fariq, yo…

Él suspiró y pasó un dedo por la montura de sus gafas de sol.

—Mi pequeña joya del desierto… déjame ver tus ojos.

¿Iba a quitarle las gafas? De pronto, ella regresó a la realidad. Se separó de él soltándose de su abrazo. No llevaba maquillaje. Tenía el cabello suelto y no llevaba puesta ropa ancha. Las gafas de sol eran la única parte del disfraz que seguía en su sitio. Su única defensa.

—Tengo que irme.

—Todavía no. Déjame que…

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que relevar a Johara. Los gemelos se preguntarán dónde estoy.

—Saben que estás conmigo.
—Pero todo ha sucedido tan rápido… —y no hablaba, precisamente, de la clase de equitación—. Quiero decir… No tuve tiempo de prepararlos para mi ausencia —dijo ella, y se volvió.
—Espera —le tendió la mano. Cuando vio que ella estaba temblando, cerró el puño. La expresión de sus ojos era oscura e ininteligible—. Te he hecho sentir incómoda.
—Sí… No… Yo…
—No sucederá otra vez —¿eso significaba que iba a despedirla? Fariq le acarició el cabello—. Pero no me arrepiento por haber descubierto que tienes muchas más facetas de las que imaginaba. Espero aprender más sobre ellas.
Crystal suspiró hondo. Las buenas noticias eran que no iba a perder el trabajo. Las malas… que él quería conocerla mejor. Y sabía que lo haría.
Porque él nunca mentía. La idea la hizo estremecer, y decidió que no podía permitirlo.
—He estado pensando. Puesto que mi clase de hoy ha ido tan bien quizá a partir de ahora pueda practicar por mi cuenta.
El negó con la cabeza.
—Hay muchas otras cosas que debo enseñarte.
Crystal se preguntaba en qué otro tipo de educación estaría pensando.
—Pero sigo pensando que te quito tiempo para otros asuntos más importantes.
¿Qué podía ser más importante que la forma en que la había abrazado? Evidentemente, el beso la había trastornado.
—Al contrario. El tiempo es de esencial importancia. En dos semanas deberás ser lo bastante competente como para acompañarme a mí y a los niños al desierto. Hay algo importante a lo que debo asistir y me gustaría que Hana y Nuri vinieran conmigo. Por tanto, te ruego que vengas.
—Ya veo.
Crystal abrió bien los ojos y se alegró de que él no pudiera vérselos. Cuando él retiró la mano, ella se contuvo para no tocar la zona donde habían estado sus dedos. Su calor quedaría grabado en su cuerpo para siempre. Asustada por cómo había reaccionado ante él, se dio la vuelta y se contuvo para no salir corriendo. Cuando ya

estaba bastante lejos, el hechizo se rompió, y se percató de que Fariq no le había dicho que lo sentía. Ella no pudo evitar alegrarse por ello, aunque estaba segura de que él nunca se disculpaba por nada.

Y ella no quería que él se enterara. Los hombres siempre la habían juzgado por su apariencia externa. Sin embargo, él la había besado a pesar de su aspecto. Y había sido algo maravilloso. No podía arrepentirse por ello.

Pero estaba metida en un lío. ¿Cómo iba a solucionarlo?

Capítulo 5

HABÍAN pasado dos semanas desde que Fariq la había besado.

Mientras Crystal montaba a caballo detrás de Fariq por el desierto, se dio cuenta de que todo era diferente después del beso que habían compartido. Nunca la habían besado de esa manera.

Y desde aquel día, se preguntaba por qué no le había pedido una explicación en ese mismo instante, y siempre llegaba a la conclusión de que había estado demasiado preocupada por que no le quitara las gafas.

Crystal esperaba que él la culpara por ello, pero nunca le había dicho nada al respecto. Ni siquiera había sacado el tema. Nunca le había pedido perdón. Ni la había vuelto a besar.

Por desgracia, había motivo para ello y era muy humillante. Crystal no lo había impresionado. Y todo lo que dijo acerca de que le gustaría conocerla mejor había quedado en el olvido. Porque si eso era lo que deseaba, había tenido muchas oportunidades. Habían montado a caballo todas las tardes. A veces, los niños los acompañaban para aprender. Pero la mayor parte de las veces iban solos, porque Fariq quería asegurarse de que ella estuviera preparada para la gran salida. Él le había contado que iban a ir al oasis por respeto a alguna tradición misteriosa.

Y allí estaba, siguiéndolo, tal y como él le había ordenado. El séquito los acompañaba, algunos a caballo y otros en vehículos todo terreno. Todos a una distancia discreta. Crystal estaba emocionada.

Observó a Fariq cabalgando con sus hijos: era tan tierno con ellos… Los pequeños habían comenzado el viaje montando su propio caballo, pero cuando se cansaron, Fariq los montó en uno de los coches. Crystal se alegraba de que los niños estuvieran allí. Pensó que quizá Fariq no deseara besarla de nuevo, pero ella sí que

se sentía tentada de hacerlo.

Crystal sabía adónde se dirigían, pero no el motivo. Sentía tanta curiosidad que apremió al caballo y se colocó al lado de Fariq.

—¿Hemos llegado ya?

—Pronto.

Eso era lo que les había dicho a los gemelos desde diez minutos después de que salieran del establo. Y ya llevaban casi dos horas viajando.

—Y ni siquiera podemos jugar a las matrículas —dijo ella, contemplando el desierto.

—¿Y qué juego es ése?

—En los viajes largos, mis padres nos decían que buscáramos las letras del alfabeto en las matrículas de los coches que pasaban para que mis hermanos y yo nos entretuviéramos.

—No, aquí no podemos jugar a eso.

Ella se movió en la silla y se sorprendió al ver que no le dolían los músculos. «La práctica hace mucho», pensó. Además, el atuendo tradicional que llevaba era muy cómodo.

—Me gusta la ropa tradicional —dijo ella—. Tenías razón.

—Por supuesto —dijo con una media sonrisa para luego preguntar—: ¿Sobre qué?

—Las botas son de gran ayuda. Los pies no se me resbalan en los estribos.

—El traje tradicional de El Zafir te queda muy bien.

Al oír sus palabras, ella se sintió radiante. Cuando se probó la ropa por primera vez, pensó que nunca podría acostumbrarse a llevar tantas capas. Llevaba una chilaba blanca que le llegaba hasta los pies y que tenía una capucha para cubrirle la cabeza. Un velo le ocultaba la cara. Debajo, llevaba unos pantalones sueltos y una blusa de manga larga y cuello alto de suave algodón que en un principio parecía agobiante, pero que resultó ser bien fresca.

Ella sonrió.

—No creo que los expertos en moda coincidieran con tu opinión de que esto me queda bien, pero ésta es la ropa más cómoda que me he puesto nunca. Tu país está a años luz en lo que se refiere a pantallas solares. No hay forma de que los rayos ultravioletas traspasen todas estas capas de tela.

—¿Y las botas también son cómodas?

—Oh, sí. Muy cómodas.

—Me alegro de que te gusten —se acercó con el caballo al coche donde iban sus hijos.

—¿Ya hemos llegado, papá? —le preguntó Hana por la ventana.

—Sí, papá —intervino Nuri—. Me duele el pompis.

Fariq miró a Crystal arqueando una ceja.

—¿Pompis?

—Es otra manera de llamar a las zonas vulnerables.

—No queda mucho —dijo Fariq mirando a su hijo.

—Allí está —dijo Crystal, cuando llegaron a lo alto de una duna —. Me parece que ahí hay un oasis y una tienda.

—¡Bien! —gritaron los niños.

Conteniendo su emoción, Crystal contempló la escena. Había palmeras, vegetación variada y un pequeño lago. En el centro, una gran tienda. Y justo detrás, una antena parabólica que parecía de comunicaciones.

—¿Qué es eso? —dijo ella, señalando una caseta que había junto a la antena.

—Un generador para el climatizador.

—Así que éste es el estilo de El Zafir —dijo ella con frialdad. ¿Cuándo se acordaría de pensar en el mundo real? Se fijó en que un nutrido grupo de personas esperaba frente a la tienda—. Al parecer, han tenido filtraciones acerca de tu visita.

—No ha sido una filtración —dijo él, y no añadió nada más.

Se detuvieron y, enseguida, los rodearon cuatro escoltas. Ayudaron a Crystal a bajar del caballo y, junto con Fariq y los niños, la acompañaron al interior de la tienda. Fariq le sugirió a Crystal que mirara a su alrededor y que dejara a los niños con él.

Al cabo de unos instantes, su vista se había adaptado a la luz del interior. La tienda era más grande de lo que parecía. El suelo estaba cubierto de alfombras persas y varios almohadones cubrían unos sofás blancos. Crystal recorrió el lugar y comprobó que, además, había dormitorios y baños.

Llegó hasta una habitación grande que no tenía ningún mueble excepto una silla de madera. Frente a ella había una fila de gente esperando.

Fariq se detuvo a su lado.

—Es hora de comenzar —le dijo.

—¿El qué? —preguntó ella, mientras los niños le daban la mano.

—Ya lo verás —le señaló una pila de almohadones que había junto a la silla—. Trae a los niños y sentaos ahí.

—De acuerdo.

Crystal obedeció. Los gemelos se colocaron a su lado y se acurrucaron contra su cuerpo. Ella sintió un nudo en la garganta. Le sorprendía lo rápido que había llegado a quererlos. Se fijó en la gran fila de gente que estaba esperando. Se sentía incómoda mirando.

Un hombre se colocó detrás de ella.

—Me llamo Khalid, soy ayudante del príncipe Fariq. Me ha pedido que le haga de intérprete.

Ella le preguntó qué estaba sucediendo, pero él hizo un gesto para que guardara silencio. Un hombre se colocó delante de Fariq e hizo una reverencia. Durante un buen rato, habló en el idioma nativo de El Zafir. Fariq escuchó con atención y contestó. El hombre puso una amplia sonrisa, hizo otra reverencia y se marchó.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Crystal a Khalid.

—La esposa de ese hombre está en estado. Anteriormente, ha sufrido dos abortos y ahora también tiene problemas. Debe llevarla a la capital para que reciba tratamiento médico. Cuando llegue el momento del nacimiento, quiere que su hijo nazca en el hospital que está construyendo el príncipe Kamal.

—¿Estará terminado para entonces? —preguntó ella.

—Abrirá dentro de poco. Ese hombre no tiene un vehículo en buen estado para hacer el viaje.

—¿Y qué va a hacer?

—Él príncipe acaba de regalarle uno —contestó Khalid.

—¿Así sin más? ¿Fariq le ha dado un coche?

—Sí.

—Esto supera a los concursos de la tele…

Él hizo un gesto para que se callara al ver que otra persona se acercaba a Fariq. Como Crystal no comprendía sus palabras, se fijó en Fariq y, al ver lo atractivo que estaba en el atuendo tradicional, se le aceleró el corazón.

Se fijó en el brillo de su mirada. Los hombres continuaban

hablando y, de pronto, el desconocido puso una amplia sonrisa e hizo una reverencia. Crystal no podía esperar a que le tradujeran lo que había sucedido.

—Khalid…

—Le ha pedido un préstamo. Tiene intención de montar un negocio de mobiliario.

—¿Y el príncipe considera que puede arriesgar su dinero sin más?

—No le preocupa que el negocio tenga éxito o no. El príncipe Fariq le ha dado más dinero del solicitado. La única condición es que contrate a tantas personas como sea posible. Su objetivo es proporcionar a su pueblo un medio de vida para mantener a sus familias.

—¡Caramba!

Ella comenzó a contarles a los niños que su padre era como el Papá Noel de El Zafir. Pero cuando los miró, vio que se habían quedado dormidos con las mejillas apoyadas en su regazo. El viaje los había dejado agotados, así que dejó que siguieran durmiendo.

Fariq atendió peticiones que consistían en dinero desde para cubrir gastos médicos hasta para emprender un negocio. Khalid le explicó a Crystal que era algo más que pura generosidad. El príncipe deseaba diversificar la economía del país y para ello necesitaba que la gente trabajara. Crystal estaba fascinada. Y por la expresión de Fariq, él disfrutaba de cada minuto de su trabajo.

Por segunda vez en ese día, un fuerte sentimiento se apoderó de ella. Había comprendido lo que sentía por los niños. Pero lo que sentía por el padre era mucho más complicado. Y peligroso.

A la mañana siguiente, fuera de la tienda, Fariq se despidió de Hana y de Nuri con un beso y los metió en un coche con escolta para que los llevaran de regreso al palacio.

—Pórtate bien con la tía Farrah —le dijo a Nuri.

—Sí, papá —contestó el niño—. ¿Pero cuándo va a venir Crystal? Tengo algo que quiero enseñarle.

—Es su día libre. Debes esperar.

—¿Y por qué necesita un día libre? —preguntó el pequeño.

—Porque vosotros la mantenéis muy ocupada y necesita descansar.

—Sólo jugamos con ella. Es más divertida que la tía Farrah.

—Sí —convino su hermana—. Casi tan divertida como tía Johara. Pero me gusta más Crystal.

A Fariq también le gustaba. Más de lo que quería admitir. Desde que la había besado, no había podido pensar en otra cosa. Las clases de montar a caballo se habían convertido en una tortura, ya que cada tarde deseaba besarla de nuevo.

—Me alegro de que os guste Crystal. ¿Y queréis que esté contenta con nosotros?

—Sí —contestaron los pequeños al unísono.

—Yo también. Entonces, tenemos que dejar que descanse.

—¿Quién tiene que descansar?

Fariq se volvió y vio que Crystal salía de la tienda. Iba vestida con la túnica y llevaba la cara cubierta con el velo. Pero sus ojos chispeaban tras las gafas. Él sintió un nudo en el estómago.

—Tú —contestó él—. Al menos, ésa era mi intención.

—Crystal, nos vamos con la tía Farrah para que puedas estar contenta —dijo Nuri.

Hana asintió.

—Papá dice que tienes que descansar.

Crystal se acercó al coche.

—No estoy cansada. Si me necesitáis, iré con vosotros.

Los niños negaron con la cabeza, y Nuri dijo:

—Encontraremos a alguien más con quien jugar.

—Estoy segura de que Johara os entretendrá —dijo ella.

—Adiós, Crystal —se despidieron.

Crystal los abrazó.

—Sed buenos.

Fariq frunció el ceño al ver que el coche se alejaba. Al oír el nombre de su hermana se había sentido incómodo. La madre de Johara se había parecido mucho a su esposa… salvaje y egoísta. Se sentía más tranquilo cuando era Crystal quien cuidaba a su hija. Pero ella tenía derecho a un día y una tarde libre a la semana. Su tía Farrah lo había regañado porque Crystal nunca se tomaba tiempo libre. De vez en cuando iba a hacer algún recado a la

ciudad, pero regresaba enseguida al palacio. Siempre estaba con los niños. Pero ese día él había hecho que no fuera así.

—Entonces, ¿supongo que regresaremos al palacio a caballo? —dijo ella.

—Sí —contestó Fariq, y se cruzó de brazos—. Pero primero, ¿te gustaría hacer una excursión? —extendió el brazo señalando el desierto.

—Mucho.

Fariq se sintió más satisfecho al ver la sonrisa de su rostro que el día anterior concediendo todo lo que le pedían los ciudadanos de El Zafir. Eso lo dejó perplejo.

—Muy bien. Los caballos nos están esperando —vio que Crystal se volvía para mirar la tienda.

—¿Y la tienda? ¿Podemos dejarla ahí?

—Es una tienda permanente. Hay empleados que viven en ella. Mi padre la conserva como símbolo de nuestro pasado nómada. A mis hermanos y a mí nos gusta venir aquí para airear las ideas.

—¿Como una isla desierta a la que poder escapar?

—Así es —dijo él con una sonrisa.

Fariq se dio cuenta de que con Crystal sonreía a menudo. Quizá por eso le gustaba pasar tiempo con ella. No tenía nada que ver con cómo había reaccionado ante su beso. Aunque el recuerdo de lo que había sucedido dos semanas atrás todavía permanecía en su memoria, como aquel cabello alborotado, como si acabara de salir de la cama de un hombre. Incluso entonces, con el cabello y el rostro cubierto, Crystal lo excitaba. Le resultaba inexplicable.

—Vamos —montaron los caballos y él se adelantó. Rodearon el oasis y él le explicó que había un manantial natural que nutría la frondosa vegetación—. Por supuesto, cuando descubrimos que había petróleo, la economía del país cambió.

—Imagino —dijo ella—. Por cierto, ¿de qué se trataba todo lo de ayer?

—Te hablé de ello el primer día que dimos clase de montar a caballo. Es uno de los programas con los que se ayuda al pueblo.

—Deberías habérmelo explicado mejor. Fui idiota al insinuar que los caballos estaban mejor cuidados que los ciudadanos.

—Pensé que te causaría más impacto si lo veías por ti misma.

—Desde luego. Tengo que disculparme.

—No importa. Mi abuelo comenzó con esa tradición, después continuó mi padre y ahora yo. Pronto le cederé el privilegio a Nuri.

—Pero sólo tiene cinco años. ¿No es demasiado joven?

—Tradicionalmente, es la edad en la que los niños de la realeza empiezan a aprender sobre su cultura y sobre lo que se esperará de ellos.

—Por eso querías que vinieran los gemelos. Y yo con ellos.

Él asintió. Pero eso no explicaba por qué quería que ella se quedara allí sin los niños. Debía tener cuidado. Los peligros que entrañaba el desierto no tenían nada que ver con los de una mujer. Aunque aquella mujer no parecía peligrosa. Además, su tía había dicho que era perfecta.

Pero si era cierto, ¿por qué se había emocionado cuando ella aceptó hacer una excursión a caballo? Su esposa nunca habría aceptado la invitación. Consideraba que era un entretenimiento horrible.

Sin duda, había invitado a Crystal a montar a caballo por pura cortesía. Puesto que era una de sus empleadas y estaba temporalmente en el país. «Si no, ¿por qué iba a ser?», pensó mirando el árido desierto que se extendía tras el oasis. El desierto era como una mujer. Cuando acechaba el peligro, uno aprendía a no cometer dos veces el mismo error. Le mostraría los alrededores y después se dirigirían al palacio, donde ya no estarían a solas.

Crystal lo miró.

—Háblame de la tradición por la que hacéis que se cumplan los deseos del pueblo.

—Mi abuelo creía que el pueblo debía compartir su riqueza. Dos veces al año se reunía con los ciudadanos para concederles lo que le pedían.

—Me sorprende que no hubiera más gente. Podrías haberte pasado varios días escuchando sus peticiones.

Él sonrió.

—El procedimiento se nos fue de las manos y nos vimos obligados a revisarlo. Ahora, todas las peticiones han de hacerse por escrito. Se revisan y sólo se invita al oasis a aquellas personas a las que se les va a conceder lo que han pedido.

—Entonces, ¿ellos ya saben antes de venir que se les va a conceder lo que han pedido?

—No.

—Pero todos los que vienen consiguen lo que piden.

—Sí.

—Eres un actor nato.

—¿Porqué?

Ella lo miró, y después giró la cabeza hacia otro lado.

—Eres distante, y actúas como si no te importara. Después haces de ángel de la guarda.

—Es mi trabajo.

—¿Por qué ocultas el hecho de que eres sensible?

Antes de que él pudiera responder, una fuerte racha de viento levantó la arena que había a su alrededor. Los caballos se movieron inquietos. Estaban acostumbrados a cabalgar por el desierto y Fariq había aprendido a no ignorar sus instintos y su comportamiento, que muchas veces advertía de algo que iba a suceder. Al ver que el caballo de Crystal seguía inquieto, él agarró las riendas y trató de tranquilizarlo.

—Debemos regresar al oasis ahora mismo. En el desierto, las tormentas de arena son inesperadas. —¿No será mejor que regresemos al palacio? ¿No estaremos más seguros allí?

—Sí. Pero no llegaríamos a tiempo. Tenemos que ponernos a cubierto enseguida. Por si acaso. —¿Cuánto tiempo pasará antes de que podamos regresar al palacio?

—Quizá algunas horas.

Ella se encogió de hombros.

—No es tanto.

—O más —añadió él.

—¿Puede que tengamos que pasar aquí la noche?

—A lo mejor más de una. Pero no te preocupes. Estarás a salvo. Te prometo que no te sucederá nada.

Fariq le había hecho esa promesa tras ver que la mirada de Crystal era temerosa. Deseaba tomarla entre sus brazos, pero se contuvo. Por eso había prometido protegerla de los elementos.

Porque, por supuesto, estaba a salvo de él.

Capítulo 6

CRYSTAL retiró las sábanas preguntándose cómo podría solucionar aquello. Estremeciéndose, escuchó cómo el viento y la arena chocaban contra la tienda. Antes de la tormenta, el lujoso interior le había hecho olvidar que no estaba en el palacio. Pero, en esos momentos, la fuerza de la naturaleza le recordaba que sólo estaba en el interior de una gran pieza de lona.

Encendió la lamparilla de noche y se puso la bata. La tormenta se había vuelto más fuerte desde que regresaron del oasis y se pusieron a cubierto. Fariq había avisado a su familia de que se quedarían allí. Los empleados les habían preparado la cena y, después, Fariq los había convencido de que regresaran a casa con sus familias por si la tormenta se volvía aún más intensa. Después de cenar, Fariq se puso a trabajar un rato. Crystal se retiró con un libro a la habitación donde había dormido la noche anterior, pero la fuerza del viento hizo que no pudiera dormir y que decidiera levantarse para seguir leyendo.

—He visto que tenías la luz encendida.

Crystal se sobresaltó al ver que Fariq estaba en la puerta.

—No sabía que todavía estabas despierto.

Por suerte, ella estaba leyendo y tenía las gafas puestas. Pero llevaba el pelo suelto. Se cerró bien la bata, como si eso fuera a ayudarla a recomponer su disfraz.

Él todavía llevaba los pantalones de algodón y la camisa que había llevado durante el día.

—¿Estás bien?

—No podía dormir —admitió ella—. No dejo de preguntarme si vamos a salir volando como en el cuento del Mago de Oz.

—Por si te sirve de algo, aquello fue un tornado. Esto es una

tormenta de arena-lijo él con una media sonrisa—. Algo muy diferente y bastante habitual en esta parte del mundo.

—Todo es culpa tuya.

—¿Perdón? —dijo él arqueando una ceja y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Está claro que has mentido hace poco —explicó ella—. La furia de miles de tormentas de arena caerá sobre ti y yo estoy en medio de la línea de fuego. Así que, imagino que todavía quedan novecientas noventa y nueve.

Él se rió.

—¿Y ahora quién está demostrando su don para el teatro?

—Hacemos buena pareja, ¿verdad? —Dijo ella dando un suspiro —. Yo puedo ser Sarah Bernhardt y tú puedes ser Laurence Olivier —una fuerte racha golpeó la pared de tela y ella la miró con nerviosismo—. Después también está eso de «Soplaré y soplaré y tu casita derrumbaré».

—¿Te refieres al lobo malo? —le preguntó mirándola a los ojos —. He oído hablar de él. Es uno de los cuentos favoritos de Hana y Nuri.

La expresión de su rostro era tan masculina que Crystal sintió que se derretía por dentro y deseó que la besara de nuevo. Pero por eso él debía marcharse y permitir que siguiera leyendo.

Fariq la miró durante unos momentos y ella le preguntó al fin:

—¿Necesitas algo? —al ver que sus ojos se oscurecían, supo que había hecho la pregunta equivocada—. Quiero decir, ¿te puedo ayudar? —se equivocó de nuevo—. ¿Para qué has venido? —preguntó sin más.

—Puesto que es la primera tormenta de arena que has sufrido, quería asegurarme de que no tenías miedo.

—Estoy bien —mintió.

En ese mismo instante, otra racha golpeó contra la tienda y Crystal se levantó del sofá donde estaba sentada.

—Veo que no estás asustada —dijo él, y se acercó para agarrarla por los hombros.

El roce de sus dedos la tranquilizó, pero al mismo tiempo hizo que se pusiera nerviosa. El calor de sus manos traspasó la tela de la bata y se extendió por todo su cuerpo. Crystal tragó saliva y lo miró.

—Me ha pillado desprevenida. Eso es todo. Puedes irte. De veras.

—Te prometo que no hay motivo para preocuparse —dijo él.

—No estoy preocupada —contestó temblando.

—Me quedaré contigo y haré que te olvides de la tormenta. ¿Quizá te ayude beber un poco de vino?

—No creo —era lo que le faltaba para desinhibirse. Era muy mala idea quedarse a solas con él, pero su presencia la hacía sentir menos miedo—. Si pudiéramos hablar durante unos minutos… Conversar me sentará bien.

—Por supuesto. Sentémonos —dijo él, y la ayudó a acomodarse en el sofá—. ¿De qué te gustaría hablar?

—Me gustaría continuar con la conversación de antes.

El sofá cedió ligeramente cuando él se sentó. Estaban lo bastante cerca como para que ella pudiera sentir el calor de su cuerpo e inhalar el aroma de su piel.

—No recuerdo bien. ¿De qué conversación hablas?

—De cuando te negaste a admitir que eres un hombre sensible.

—No voy a admitir nada —dijo él, con humor en la mirada—. Sólo diré que no puedo permitirme debilidades.

—Al contrario. Yo estaba delante cuando repartías dinero como si se tratara de billetes del Monopoly. Desde donde yo estaba parecía que podías permitirte cualquier cosa. Y juraría que estabas disfrutando con ello.

Él colocó el brazo en el respaldo del sofá, muy cerca de la melena de Crystal.

—Hablaba de forma figurativa. Lo que quería decir es que ocultar sus carencias es parte del deber de un jeque. La mejor defensa es un ataque. Disfrazado, uno puede trabajar libremente. ¿No estás de acuerdo?

Crystal se quedó de piedra al oír sus palabras y se colocó bien las gafas antes de mirarlo ¿La había descubierto? ¿Quería que picara el anzuelo?

—No sabría decirte —contestó ella justo en el momento en que el viento sacudía la tienda con fuerza.

—Estás pálida. ¿Todavía tienes miedo?

—No es miedo. Estoy nerviosa. Es mi primera tormenta de arena. Y estamos solos.

—No tienes nada que temer del viento… ni de mí.

—No tengo miedo de ti. Y si el resto del mundo pudiera verte con tus hijos como he hecho yo, tu disfraz no serviría de nada.

—Me alegro de que confíes en mí. Mientras estés bajo mi protección, te prometo que estarás a salvo en todos los aspectos. Tu castidad está a salvo conmigo.

—Mi castidad y yo te lo agradecemos.

—Si fueras virgen, según la legislación de El Zafir, tu padre podría hacer que te casaras si estuvieras en una situación comprometida.

—Entonces, tienes suerte de que mi padre no se vaya a enterar de que hemos pasado la noche solos.

—¿Eres virgen? —le preguntó asombrado.

Ella pretendía que su comentario fuera una gracia, pero él se había tomado en serio sus palabras. Y había dado en el clavo.

—No es algo de lo que quiera hablar contigo —dijo con las mejillas sonrojadas.

—Pero estuviste comprometida. ¿Cómo puede ser?

—Nunca me acosté con el hombre con el que estaba a punto de casarme. Ni con ningún otro —añadió bajando la vista, muerta de vergüenza.

—¿Porqué?

—Había algo que me hacía no confiar en él. Y resultó que tenía razón.

—¿Qué hizo?

No podía decirle que su prometido sólo la quería para lucirla en público.

—No era la persona que yo creía que era —dijo al fin.

—Entonces, fuiste muy inteligente al no entregarte a él —la sujetó por la barbilla e hizo que lo mirara a los ojos—. Estamos solos. Pero aunque no creas nada más, créete esto. Soy un hombre honrado. No voy a ponerte en una situación comprometida.

—¿Por qué? —preguntó sin pensar. Enseguida se arrepintió de sus palabras.

—Porque eres virgen.

—¿Y qué diferencia hay? —parecía que estuviera suplicándole —. Sólo es curiosidad.

—Ya te dicho que las leyes de El Zafir son muy duras con los

hombres que deshonran a una mujer.

—¿Y qué pasa si ella no quiere casarse?

—Si se ha hecho público, no le quedaría más remedio. Es la ley.

—Seguro que hay formas de evitarlo. Si ella no quiere casarse, guardará el secreto.

Él asintió.

—La ley está hecha para proteger a la mujer de los hombres que las utilizan y luego las dejan de lado.

—¿Y por qué una mujer iba a querer casarse con un hombre como ése?

—Al menos, le ofrece ciertos recursos… si es lo que ella desea.

—Entonces, si tú… si nos acostamos, ¿estarás obligado a casarte conmigo si mi padre así lo quiere?

—Sí.

—¿Pero tú no quieres casarte? —preguntó ella.

—Así es.

—¿Debo sentirme ofendida?

—No tiene nada que ver contigo. Todos los hijos de la casa de Hassan tienen que casarse y tener herederos. Hace años esta norma se cumplía por causas prácticas: debido a la alta tasa de mortalidad, para asegurar la sucesión de la realeza, era necesario tener muchos hijos.

—Pero la medicina ha avanzado mucho —dijo ella—. De hecho, tu hermano está construyendo un hospital nuevo para ampliar el que hay ahora. Seguro que la tasa de mortalidad es mucho menor.

—Sin duda, pero también es una tradición. Cada uno de nosotros ha de traer hijos al mundo.

—Tú ya has cumplido con tu deber.

—Así es. No hay necesidad de que me case otra vez, y no tengo intención de hacerlo.

—¿Porqué?

Su mirada se volvió oscura y habló con frialdad.

—No deseo hablar de mi desagradable pasado. Está muerto. Sólo ten por seguro que tu castidad estará a salvo conmigo.

—Entonces, ¿no te aprovecharás de que estemos aquí atrapados y a solas?

—Por principio, no me gusta estar a solas con una mujer, pero como tú bien dices, estamos atrapados. La ley no prohíbe disfrutar

de la compañía del otro, siempre y cuando el hombre no se aproveche. Puesto que no quiero casarme de nuevo, no tienes nada que temer de mí.

Así que una mujer lo había herido. Crystal deseaba borrar su ceño fruncido y la tensión de su boca, una boca que había sido dulce y seductora el día que la besó. ¿Volvería a sentirla de la misma manera?

No tenía derecho a pensar en ello. No era más que la niñera de sus hijos. Y pensar de esa manera ponía en peligro su trabajo.

El viento no había cesado y pequeñas piedras golpeaban contra la tienda. Crystal se estremeció y se llevó la mano al corazón. Fariq se la agarró.

—Tienes la mano fría. Todavía tienes miedo.

—No, yo…

—No mientas —le advirtió—. No se te da bien.

—De acuerdo. Tienes razón. Tengo miedo.

—Lo sé. Pero no hay motivo para ello —dijo con una sonrisa.

—El viento me pone nerviosa. Me da la sensación de que en cualquier momento la tienda va a salir volando. No quiero quedar enterrada viva entre montañas de arena, y que dentro de miles de años un arqueólogo encuentre mis restos.

—Estoy seguro de que no sucederá.

—¿El qué? ¿Lo de que la tienda salga volando, o lo del arqueólogo?

—Las dos cosas. Te aseguro que he vivido tormentas mucho más fuertes que ésta —le acarició los nudillos con delicadeza—. ¿Cómo puedo ayudarte? Dímelo y te haré olvidar lo que sucede fuera. Dime cómo puedo calmar tus miedos.

—Bésame.

«Oh, cielos», pensó ella. Lo había dicho porque momentos antes había estado pensando en su boca y en cómo había disfrutado del beso.

Durante un instante, Fariq quedó asombrado por la petición de Crystal. Después, la rodeó con el brazo y le acarició la mejilla.

—Como desees —susurró y la besó en los labios.

Ella cerró los ojos y suspiró. Sintió que él se movía para abrazarla con más fuerza, hasta que sus pechos quedaron presionados contra el torso de Fariq. Él colocó una mano detrás de

la cabeza de Crystal y le acarició el cabello. Ella le acarició la mejilla, notando la barba incipiente en su rostro. Fariq le acarició el contorno de la boca con la lengua, suplicándole que separara los labios. Ella abrió la boca y cuando él le acarició el interior, se estremeció. Una ola de calor recorrió su cuerpo y se instaló en su entrepierna. Se movió tratando de acercarse más a él.

Fariq gimió y la agarró por la cintura, la levantó y la sentó sobre su regazo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella.

—Lo que me pediste. Ayudarte a olvidar la tormenta —le besó la palma de la mano.

—¿Qué tormenta? —susurró ella.

Él la miró.

—Ya no tienes frío.

—No tengo frío —admitió ella.

—¿También has olvidado tus temores?

—¿Que si he olvidado mis temores? —repitió sin aliento.

Él se refería a la tormenta, y la respuesta era que sí. Pero lo que sucedía en el exterior no era nada comparado con lo que ella sentía en su interior.

Crystal había besado a otros hombres. E incluso con alguno se había sentido tentada de llegar hasta el final, pero nunca había sentido algo parecido a lo que estaba experimentando aquella noche. Nunca había conocido un hombre como Fariq Hassan, misterioso, sexy y un gran besador. Él conseguía que se olvidara de todo, incluso del hecho de que era la niñera de sus hijos.

«La niñera».

Crystal se incorporó sobresaltada. Recordó que la última niñera se había tenido que ir por enamorarse de un jeque. Crystal no quería que le pasara lo mismo. Además, no podía permitirse el lujo de perder ese trabajo. Y no podía culpar a Fariq de lo que había sucedido. Ella se lo había pedido.

—Lo siento, Fariq. Ha sido una estupidez por mi parte.

—Al contrario. En cuanto a besos se refiere, ha sido maravilloso.

—Creo que sabes lo que quiero decir. En mi defensa, sólo puedo decir que la tormenta me ha puesto nerviosa.

—Créeme cuando te digo que no tienes por qué disculparte.

—Es tarde —dijo ella.

—Sí —él la tomó en brazos y la acostó en el sofá—.

—¿Podrás dormir ahora?

—Seguro que estaré bien —mintió.

Fariq se puso en pie y se acercó a la puerta.

—Si no lo consigues…

—No te preocupes por mí.

—Muy bien. Te veré por la mañana —contestó, y se marchó. Pero su calor permaneció en la habitación. Poco a poco, Crystal fue volviendo a la realidad, y trató de poner en orden sus sentimientos.

Sin embargo, sentía más curiosidad que nunca hacia Fariq y sobre la mujer que lo había hecho estar en contra del matrimonio. Estaba decidida a descubrir qué le había sucedido para que se sintiera así. Por los niños, por supuesto. Y a pesar del beso que habían compartido.

¿La habría besado sólo para quitarle el miedo? ¿Era tan educado? Probablemente era como todos los hombres y ya lo había olvidado. En realidad, no era tan importante que dos personas se besaran en medio del desierto. Pero por los niños sí era importante.

Y si él no superaba el trauma que había vivido, dejaría secuelas en sus hijos. Crystal los quería demasiado y haría todo lo posible para evitarlo.

Capítulo 7

FARIQ paseaba con nerviosismo de un lado a otro de su habitación del palacio. El recuerdo de Crystal invadía su cabeza. El cabello suelto cayendo por sus hombros y acariciándole la cintura. Las delicadas curvas de su cuerpo presionadas contra el suyo… ¿Sólo habían pasado veinticuatro horas desde que la había tenido entre sus brazos?

Aquella mañana la tormenta de arena había dado paso a una lluvia continuada. Fariq había pedido que un coche los llevara de regreso al palacio. Lo sucedido la noche anterior lo había dejado en un estado de confusión.

Estar a solas con Crystal le había parecido algo muy placentero y deseaba quedarse atrapado con ella en otras novecientas noventa y nueve tormentas de arena. Así que no estaba tan a salvo con él como le había dicho.

Ni siquiera la conversación que le había llevado al recuerdo de la traición de su esposa había sido suficiente para que evitara besar a Crystal. A pesar de que le había prometido que su castidad estaba segura con él. Por suerte, ella le había dado las buenas noches, porque si no, habría estado perdido. Le había costado admitir que si ella no se lo hubiera pedido, la habría besado de todos modos.

El viaje de regreso al palacio no les había brindado la oportunidad de hablar sobre la atracción mutua que había entre ellos. Su asistente personal había acompañado al chofer y, durante el viaje, había puesto a Fariq al día sobre los asuntos de negocios que habían tenido lugar durante su ausencia.

Pero quizá era mejor así. Crystal era su empleada y vivía bajo su mismo techo. Fariq no podía permitirse mostrar sus debilidades por ella. ¿Conseguiría olvidarla algún día?

A lo mejor debía hablar con ella sobre lo que había sucedido. Dejó su bebida sobre la mesita de café, salió al pasillo y se dirigió a la habitación de Crystal. Al acercarse, oyó voces en su interior. ¿Con quién estaba hablando? La rabia lo invadió por dentro. En un instante, recordó el momento en que descubrió que su mujer le había sido infiel. Había elegido personas importantes que llevarían al escándalo a la familia real si se descubría su relación. Lo que más le molestaba era lo bien que lo conocía y cómo utilizaba el amor que sentía por sus hijos en su defensa. Ella sabía que él nunca haría nada para hacer daño a la madre de sus hijos.

Se detuvo junto a la puerta entreabierta y escuchó. Oyó que Crystal hablaba con calma y seguridad. Su dulce voz lo hizo estremecer, pero trató de concentrarse para identificar a la persona que estaba con ella. Cuando reconoció la voz de Johara se sintió aliviado.

—He quedado con él muchas veces —dijo ella.

—¿Sola? —le preguntó Crystal.

—Sí. Lo quiero y él me quiere. Mi padre y sus hermanos no me darían su aprobación. Pero eso no me preocupa. Es fácil evitar que me descubran. Nadie presta atención a lo que hago.

—Pero es peligroso, ¿no te das cuenta, Johara?

Fariq no podía aguantar más.

—¿Crystal?

—¿Fariq? —ella abrió la puerta.

—He oído voces —miró a su hermana.

Johara estaba de pie junto a la cama y tenía los zapatos en la mano, la ropa y el cabello empapados.

Crystal le tendió una toalla.

—¿Qué sucede? —preguntó él. La chica lo miró y dijo:

—Me ha pillado la lluvia y…

—No mientas —ordenó él—. Te he oído. Te has escapado para encontrarte con alguien.

—Fariq —dijo Crystal—. Cálmate.

—Me gustaría saber quién es el hombre que tu padre y tus hermanos no aceptarían.

Johara se secó la cara con la toalla. Después comenzó con el cabello.

—No te interesa.

—Eso seré yo quien lo juzgue. Dime cómo se llama.

—Fariq, enfadándote no conseguirás nada —intervino Crystal—. Tenemos que escuchar lo que Johara tiene que decir.

—Ojalá supiera quién es ese canalla.

—¡Nunca te lo diré! —gritó la chica.

—Ya lo veremos. Ve a tu habitación. Papá querrá hablar contigo.

—¿De veras? ¡Qué novedad!

—Fuera —dijo él señalando la puerta—. Y no se te ocurra escapar. Lo notificaré a seguridad para que te detengan

—Llevo diecisiete años prisionera en este palacio.

—Ahora, acabas de hacerlo oficial —dijo Johara, y miró a Crystal—. Siento haberte involucrado en esto —antes de salir de la habitación, miró a su hermano. Fariq siguió a su hermana hasta el salón. Descolgó el teléfono y llamó a seguridad.

—Soy el príncipe Fariq. Mi hermana está castigada en su habitación. Quiero que alguien vigile la puerta y el balcón de su dormitorio —cuando colgó, se volvió para encontrarse con Crystal —. ¿Qué? —Yo… Yo… No sé qué decir.

—¿Desde cuándo?

—Todo lo que me viene a la cabeza es inapropiado.

—No lo utilizaré en tu contra.

—¿Sabes qué? A estas alturas, creo que no me importaría si lo hicieras.

—Estás enfadada.

—Por decir algo —dijo soltando una carcajada.

—¿Por qué?

—¿Cómo has podido hacer eso?

—Haré más que castigarla en su habitación.

—No me refiero a eso. Estaba tratando de hablar con ella. Supongo que has oído bastante como para saber que se ve con alguien.

—Sí.

—Pues gracias a ti, no he podido averiguar desde cuándo ni qué ha hecho con él. Tú fuiste quien me dijo que la legislación de El Zafir obliga a contraer matrimonio al hombre que le quite la virginidad a una mujer. Incluso aunque ella desee casarse con él acabas de humillarla. ¿Crees que ahora va a contarte algo?

—Por supuesto —dijo él.

Ella soltó una carcajada.

—Creo que puede llegar a ser más cabezota que tú.

—Me dará la información que quiero o sufrirá las consecuencias. Se está comportando como una cría desobediente y testaruda y eso no se puede tolerar.

Crystal colocó las manos en las caderas.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que la obstinación es una cualidad positiva en los adultos? Si se canaliza de forma adecuada, permite a las personas conseguir lo que se proponen. No creo que sea de gran ayuda reprimirla.

—A menos que derive en desafío, insubordinación y rebelión.

Crystal se acercó a la ventana y contempló la lluvia durante unos momentos. Cuando se volvió para mirar a Fariq otra vez, estaba muy tensa.

—Fariq, Johara es una adolescente… Ni una niña, ni una mujer. Es una chica normal con las necesidades normales que tiene de decidir sobre su propia vida.

—Tiene a su familia.

—¿Ah, sí? La primera vez que cené con tu familia me dio una idea clara de a qué se enfrentaba Johara. Nadie la escucha. Todo el mundo le da órdenes, le dice que es tonta o encuentra otra manera de invalidar sus sentimientos.

—Eso no es cierto.

—Es bastante cierto. Y te diré algo más: se siente sola y quiere tener amigos de su edad. Eso es normal.

—Johara es una princesa.

—No importa si uno vive en un palacio o en una chabola: si no se encuentra amor en casa, sale a buscarlo a otro sitio. Y ella lo ha encontrado. Pero gracias a ti, no he tenido la oportunidad de descubrir su nombre.

—Ella es miembro de la familia real —dijo él.

—Si crees que porque haya nacido aquí, es diferente al resto en cuanto a los sentimientos y las hormonas de la adolescencia, eres un príncipe del país de la fantasía —suspiró—. Tienes que ser más permisivo con ella.

—He de admitir que lo que dices tiene sentido. Pero debes comprender que el hecho de nacer donde ha nacido significa que está sometida a unas obligaciones mayores. Con la riqueza y el

privilegio llega la responsabilidad. Es algo que todos tenemos que aprender.

—No se trata de ser perfecto. La familia real tiene fallos. Tú admitiste que ocultas tus debilidades. Pero me apuesto todo lo que tengo a que cuando te cortas, te sale sangre… Física y emocionalmente.

—No —contestó él con furia—. Mi bella e infiel esposa me curó de cualquier debilidad emocional.

—Oh, Fariq. Yo… yo…

—Te prohíbo que digas que lo sientes. No necesito que sientas lástima por mí. El pasado ya no importa.

—Te equivocas.

—Nunca me equivoco.

Ella suspiró.

—Creo que los dos sabemos que no es así. Pero no hagas que tu hermana pague por los pecados de otra persona. Hasta que no seas capaz de discutir esto de forma racional, estamos malgastando saliva.

Fariq comenzó a decir que quería a su hermana y que sólo deseaba su felicidad, pero Crystal le dio la espalda y salió de la habitación. Quizá fuera lo mejor. El no deseaba discutir.

No. Eso no era del todo cierto. Discutir con ella le había parecido estimulante. Siempre la había admirado por ser una mujer capaz de pensar por sí misma. Lo que acababa de suceder demostraba que ella no tenía miedo de decirle lo que pensaba. Era evidente que los requisitos que había puesto su padre a la hora de contratar una nueva niñera no habían funcionado: Fariq se sentía atraído por ella.

Pero en esos momentos, su prioridad era informar al rey de que Johara, su única hija, su pequeña joya, había quebrado las normas reales de modestia y decoro.

Tenía la sensación de que, cuando saliera el tema, Crystal tendría un par de cosas que decir al respecto. La idea lo hizo sonreír. Después de la noche que había pasado, no se imaginaba que nadie pudiera conseguir que lo hiciera.

Crystal dejó el lápiz de ojos y contempló lo que había hecho con Penny Doyle, la asistente de Rafiq. Habían pasado varias semanas desde que Fariq y ella habían discutido sobre el comportamiento de

Johara. Él también le había revelado que su mujer le había sido infiel. No habían vuelto a hablar de ello, pero lo recordaba porque se preguntaba si él aprobaría el aspecto de Penny Doyle.

La joven también se había presentado para el puesto de niñera, pero había llegado a Nueva York después de que Crystal ya hubiera sido contratada. Al parecer, a la princesa Farrah le había caído bien la rubia de ojos azules y la había contratado como secretaria del príncipe Rafiq.

Aquella noche, El Zafir en general, y Rafiq en particular, celebraban un acto benéfico para ayudar a paliar el hambre de los niños del mundo. Penny tenía que asistir, y como no estaba acostumbrada a maquillarse ni a peinarse para un evento como ése, Crystal se había ofrecido a hacerlo. Ambas se habían hecho amigas, puesto que las dos eran norteamericanas y sus habitaciones en el palacio quedaban cerca.

El vestido plateado de cuello alto y manga larga que llevaba Penny lo había comprado en un viaje a París. Le quedaba estupendamente.

—Estás preciosa —dijo Crystal—. ¿Te ha dicho alguien que eres muy guapa?

—No. Pero esta noche estoy dispuesta aceptar todo el refuerzo positivo que me den. ¿De veras crees que voy bien?

—Mejor que bien —le aseguró Crystal—. Me muero de envidia —daría cualquier cosa por ponerse un vestido bonito, maquillarse y peinarse bien.

—¿No vas a ir? —le preguntó Penny.

—Me quedaré con los niños. Además, tú deberías saber la respuesta a eso. Has estado involucrada en todos los detalles del evento, incluso en la lista de invitados. Y con lo guapa que estás, vas a volver loco a Rafiq.

—¿De veras?

«Oh-oh», pensó Crystal, «sólo con mencionar su nombre le brillan los ojos y se le sonrojan las mejillas. Penny está enamorada».

—Recuerda, cenicienta: la vida no es un cuento de hadas. Cuando el reloj dé la media noche, nada cambiará, ni siquiera la calabaza. Regresa a tu habitación, quítate el maquillaje y vete a dormir para poder trabajar al día siguiente. Las chicas como nosotras no se casan con un príncipe para ser felices y comer

perdices.

—Lo sé —Penny se puso en pie y se colocó delante del espejo—. Pero por esta noche, voy a olvidarme de todo eso.

—No te olvides de tener cuidado con los lobos disfrazados de ovejas.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Sí. Recuerda cada detalle para contármelo luego. Quiero darle todos los datos a mi madre. Le hubiera encantado ver esto. Siempre ha querido viajar, pero se está recuperando de un terrible accidente de coche.

—Siento oírlo. A mi madre también le habría encantado este lugar. Falleció cuando yo era una niña —dijo con tristeza.

—Lo siento —dijo Crystal—. No pretendía ser insensible.

—No te preocupes. Además, te estoy muy agradecida por que hayas convertido en cisne al patito feo. Ahora tengo que irme, o llegaré tarde —dijo con una sonrisa.

—Y yo tengo que regresar con los niños. Mucha suerte —le dijo —. Pásalo de maravilla.

Crystal abrazó a su amiga y recogió la bolsa donde llevaba el maquillaje. Después salió al pasillo. Le daba pena no poder asistir al baile.

Le hubiera encantado ponerse un vestido bonito y quitarse la ropa sencilla que llevaba a modo de disfraz. Los niños ya se habían encariñado con ella. Quizá había llegado el momento de que Fariq se enterara de que normalmente llevaba lentes de contacto, otro peinado y ropa que la favorecía más.

Se dirigió a los aposentos de Fariq y entró.

—Ya he regresado —dijo ella.

—Estamos en el salón —le dijo Fariq.

Crystal entró en el salón y se detuvo al verlo.

—¡Caramba!

Él estaba de pie y más atractivo que nunca. Vestía un esmoquin negro con ribetes de raso, una camisa blanca plisada y una pajarita negra.

—¿Caramba? ¿Eso significa que das tu aprobación? —peguntó él, y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Creo que esta noche cumples con el código de vestimenta.

Al oír un sollozo, Crystal se fijó en que Hana estaba sentada en

el sofá.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Se acercó a la pequeña y la sentó en su regazo.

Hana se acurrucó junto a ella.

—Papá dice que me tengo que quitar el esmalte de las uñas.

Crystal se fijó en que la niña se había maquillado y recogido el cabello. Después le agarró la mano y vio que tenía las uñas pintadas de rosa.

—Ya veo.

—No voy a hacerlo —dijo la niña—. Y no pienso quitarme el peinado. La tía Johara me ha puesto guapa.

Fariq se arrodilló junto a ellas y se dispuso a acariciar a su hija. La niña se retiró.

—Eres muy bella por dentro, pequeña. No necesitas maquillaje ni adornos para hacerte bella por fuera.

—No —dijo ella—. Crystal, dile que no me haga quitármelo.

Crystal lo miró a los ojos y vio miedo, dolor y rabia en su mirada. Hana no era su hija y ella no había pasado por nada tan doloroso como para decidir que nunca volvería a casarse. Se negaba a intervenir hasta que no conociera la historia de Fariq.

Abrazó a la niña y le dijo:

—¿Sabes qué? Es la hora del baño. Te dejaré estar más rato en la bañera si eres buena chica y te metes corriendo en ella.

—¿Cuánto tiempo más?

—¿Cuánto tiempo quieres?

—Una hora.

Crystal se rió.

—Te quedarás arrugada como una pasa. ¿Qué tal ocho minutos?

—Diez —dijo la pequeña.

—De acuerdo —dijo Crystal, riéndose al ver la cara de alivio de Fariq.

—Te quiero, Crystal —dijo Hana bajándose del sofá. Miró a su padre de reojo—. Tú no me caes bien, papá.

Cuando se quedaron a solas, Crystal se puso de pie y trató de decir algo que aliviara la tensión del ambiente.

—Una hora frente a diez minutos. La negociación ha ido mejor de lo que esperaba. No será así cuando sea un poco mayor.

—Ojalá fuera una niña para siempre —contestó Fariq.

—No lo dijo en serio.

—¿No?

—En pocos minutos se habrá olvidado de todo esto. Sólo estaba jugando a vestirse de fiesta —dijo ella.

—Las costumbres de toda una vida se aprenden en la infancia —dijo él.

—Estoy de acuerdo. Pero es divertido. Estamos hablando de jugar a vestirse de fiesta. A las niñas les encanta ponerse la ropa de su madre y fingir que son mayores.

—No me gustaría que Hana quisiera ser como su madre.

—A lo mejor estás exagerando un poco sobre todo este asunto. Mi madre siempre decía que la flexibilidad es el pilar fundamental de la paternidad.

—Nunca había oído esa expresión.

—Y sin embargo, eres muy flexible. ¿Quién lo habría dicho? Mira, Fariq. La paternidad es una negociación continua. Los niños tratarán de encontrar tus debilidades y luego se lanzarán a tu yugular. La mejor estrategia es no permitir que te acorralen. Si se les prohíbe algo, lo mejor es asegurarse de que realmente no lo van a conseguir. Porque en cuanto se les dice que no, ellos lo desean más que nunca. Sé que para mí es muy fácil ser objetiva. Hana no es mi hija, pero…

—No. Es mi hija. Y eso no es negociable —la miró—. Tengo que irme, pero volveré para darles las buenas noches a los niños.

Crystal lo observó salir de la habitación. Al parecer, aquella noche no era la adecuada para quitarse el disfraz.

Respiró hondo y pensó en lo que había sucedido. El juego de Hana era completamente inocente. Por algún motivo, Fariq no lo veía así. Ella tenía la sensación de que su comportamiento era debido al dolor, pero no podía ayudarlo si no se enteraba de lo que le había pasado.

Aquella noche Crystal había sido capaz de calmar la situación, pero llegaría un momento en que eso no fuera posible. Defendería a Hana si, fuera necesario, igual que había hecho con Johara. Pero no sin conocer todos los detalles. Y conocía a la persona que podía proporcionárselos.

Capítulo 8

CRYSTAL abrió la puerta y dejó pasar a la princesa Farrah.

—Alteza —le dijo—. Está guapísima.

La princesa sonrió y dijo:

—Los niños me llamaron para que pasara por aquí.

—Lo sé —Crystal se lo había sugerido.

—¿Ocurre algo?

—Sólo que Hana y Nuri quieren ir a la fiesta. No puedo hacerles comprender que aunque sea una fiesta para recaudar fondos para los niños de los países pobres, es un evento sólo para adultos. Pensé que a lo mejor, si alguno de los invitados más importantes venía a verlos, se conformarían. Eres la última visita real. Johara acaba de irse —Crystal oyó que los niños se acercaban.

—Tía —dijo Hana, rodeando a la mujer con los brazos—. Estás preciosa.

Nuri se detuvo frente a ella y dijo:

—Me gusta tu vestido.

—Gracias, niños —los abrazó.

—Me gusta más que el de la tía Johara —dijo Hana—. Pero a papá no le gusta que juegue a vestirme de mayor.

La mujer frunció el ceño y miró a la niña.

—Tú papá tiene motivos para no querer que crezcas demasiado deprisa. Nunca olvides que os quiere más que a su propia vida.

Crystal colocó las manos en los hombros de los niños.

—Bueno, ya habéis visto a todos los miembros de la familia que van a la fiesta. Ahora hay que irse a la cama. Corred a cepillaros los dientes y elegid un cuento cada uno.

—Dos cuentos —dijo Nuri.

—Sí —dijo la hermana—. Como no podemos ir a la fiesta…

—De acuerdo —dijo Crystal con un suspiro—. Dos cuentos.

—¡Bien! —dijeron a la vez, y salieron corriendo.

La princesa Farrah seguía con el ceño fruncido cuando Crystal se volvió para mirarla.

—¿Crees que soy demasiado blanda con ellos? —preguntó Crystal—. Es sólo que sé cómo se sienten por no poder participar en el evento.

—¿Porque tú tampoco puedes participar?

—No es parte de mi trabajo.

—No se puede vivir en un palacio y no percibir la excitación de los preparativos de una gala como la de esta noche. Seguro que para una mujer joven es difícil resistirlo.

—Mentiría si dijera que no. Pero hay otra cosa que me preocupa —se colocó las gafas.

—¿El qué? —la princesa la miró a los ojos.,

—Es sobre Fariq. Esta noche ha sucedido algo y… Lo siento; quizá usted debería estar en un sitio mucho más importante que éste. Podemos hablar en otro momento.

—Tonterías. Sentémonos un momento. Esta noche voy a estar mucho tiempo de pie, y nadie me echará de menos un rato.

—Si está segura… —Crystal la llevó hasta el salón y la princesa se acomodó en el sofá.

—Lo estoy. ¿Qué ha pasado con Fariq? Tiene que ver con que Hana se haya vestido de persona mayor, ¿verdad?

—Sí. Estaba jugando con Johara mientras yo ayudaba a Penny a vestirse para la gala. Cuando regresé, él estaba discutiendo con Hana porque se había pintado las uñas, y se había vestido como los mayores. Es sólo una niña, lo que hace es normal. No puedo evitar sentir que él ha exagerado un poco, pero no lo comprendo. Sé que estuvo casado y que su esposa le hizo mucho daño. Pero no quiso hablar de ello, Alteza.

—¿Me estás preguntando qué le sucedió?

—Sí. No es sólo curiosidad, aunque admito que sí me la produce. Pero si no trata de superar esos sentimientos, su actitud afectará para siempre la relación con sus hijos.

—Estoy de acuerdo —la princesa respiró hondo—. Fariq estuvo casado con una mujer muy bella que no conocía el significado de la palabra fidelidad. Su encanto provocó que muchos hombres se

fijaran en ella, mi sobrino incluido, pero ella aceptó su proposición de matrimonio. Él creía que ella lo amaba, pero después de cumplir con el deber de esposa y darle dos hijos, se dedicó a prestar atención a otros hombres. Hombres poderosos, que eran intocables.

—¿Y Fariq lo sabía?

—Al principio, no, pero al final descubrió la verdad.

—Así que ella se marchó y él se quedó con los niños. Eso explicaría su ausencia —dijo Crystal.

—Si fuera tan sencillo… —dijo la princesa—. En El Zafir, cuando un príncipe se casa es para siempre. Fariq hizo todo lo posible por ignorar su orgullo herido y seguir adelante por el bien de sus hijos. Ella no era de sangre real y no tenía que someterse a tal restricción.

—¿Se quedó y continuó siéndole infiel?

—Sí. Para nosotros era evidente que ella no lo quería, incluso antes de que se casaran. Sólo estaba interesada en la riqueza y la posición social.

—¿Qué sucedió? ¿La echó él?

—Era como si fuera eso lo que ella buscaba. Pero, no. El rey Gamil y sus hermanos intentaron convencer a Fariq de que le diera una cantidad de dinero y cortase la relación con ella, aunque no pudiera cortar los lazos legales. No importaba si vivían juntos o no, él tendría que mantenerla durante el resto de su vida. Y Fariq no quería darle la espalda a la madre de sus hijos.

—Entonces, no comprendo por qué nunca la he conocido. Seguro que quiere a Hana y a Nuri. Es evidente que Fariq sabe lo importante que es una madre para los hijos. ¿No les habrá prohibido verla?

—Ella está muerta.

—Oh, cielos.

—Se mató en un accidente de avión que pilotaba su amante.

—Oh.

La princesa Farrah se puso en pie y se alisó el vestido.

—Así que, ya ves. Tiene buenos motivos para preocuparse por Hana. Tiene miedo de que pueda ser como su madre. Le preocupa que la influencia de Johara, por muy inocente que sea, derive en un mal comportamiento. Si se equivoca con su hija, será por exceso de precaución.

«Qué pesadilla», pensó Crystal. Fariq era un hombre orgulloso y ella podía imaginarse el dolor que aquella situación debía haberle provocado. No era de extrañar que no quisiera casarse otra vez.

Crystal acompañó a la princesa Farrah hasta el pasillo.

—Ahora lo comprendo todo, pero Hana no. Él tiene que tratar de neutralizar los sentimientos sobre el pasado y permitir que ella desarrolle su propia personalidad. Si tiene que pagar por los pecados de su madre, crecerá siendo rebelde y enfrentándose a él.

—Estoy de acuerdo —dijo Farrah con una sonrisa—. Es bueno que estés aquí. Para ayudarlo a ver lo que está haciendo.

—No es mi función hacérselo ver.

—Pero creo que no permitirás que una cosa así te impida decir lo que piensas.

—Confía demasiado en mí, Alteza. No puedo permitir que nada ponga en riesgo mi empleo —ni siquiera lo que sentía hacia el príncipe.

El beso que había compartido con Fariq la noche que quedaron atrapados en el desierto era inolvidable. Pero sabía que no podía permitir que sucediera otra vez. Tenía que tener mucho cuidado, porque la idea de que su madre lo perdiera todo era demasiado dura como para contemplarla.

La princesa se apoyó en el marco de la puerta.

—Crystal, eres maravillosa con los niños y ellos te adoran. Tenemos suerte de tenerte aquí.

—Gracias.

Cuando la princesa se marchó, Crystal apoyó la espalda en la puerta… Ella también adoraba a los niños. Sentía pena por ellos y por Fariq, tras enterarse de lo que había sucedido en el pasado.

—¿Crystal?

Levantó la vista y vio que Nuri la llamaba.

—¿Ya habéis escogido los cuentos?

—Hana y yo queremos preguntarte algo.

Crystal tuvo la sensación de que tendría que enfrentarse a otra negociación. Al fin y al cabo, aquel niño ocuparía algún día un puesto en el gobierno de su país, y no era demasiado pronto para prepararlo para ello.

—¿El qué? —Crystal se fijó en que Hana estaba detrás de él.

—Queremos ir a la fiesta.

—Ya. Pero no estáis vestidos para la ocasión —dijo ella, mirando sus pijamas—. Y habíais pedido un cuento extra.

—Conozco un sitio secreto. Podremos ver lo que pasa en la fiesta, pero nadie nos verá a nosotros.

—Eso evitará un problema.

—Hana y yo olvidaremos lo del segundo cuento si nos permites espiar la fiesta.

—¿Qué os parece si hoy nos saltamos los cuentos? Vamos a ver lo que está pasando y después a la cama. Sin discusión.

—Vale —dijo el niño con una sonrisa.

—Id a poneros la bata.

Los niños obedecieron. Cuando regresaron, Nuri los guió escaleras abajo y por una serie de pasillos. Les explicó que en el palacio había muchos lugares en los que esconderse. Finalmente llegaron a un balcón que daba sobre la sala de fiestas. Unas cortinas de terciopelo cubrían el lugar y una barandilla de madera de teca cerraba el espacio.

—Bien hecho —le dijo Crystal a Nuri. Se sentó en el suelo y pidió a los niños que hicieran lo mismo—. No queremos que nadie nos vea.

Miraron entre la abertura de las cortinas y observaron lo que sucedía abajo. Se oía la música. Hombres y mujeres, todos muy elegantes, se movían por la sala. Los camareros ofrecían canapés y champán en bandejas de plata.

—Mira, Crystal, ahí está el tío Kamal —dijo Hana.

Ella vio cómo el príncipe heredero sonreía a una mujer de cabello oscuro. El hombre rara vez sonreía, y Crystal se preguntaba quién sería esa mujer.

—Ya lo veo. Y allí está vuestro abuelo y la tía Farrah.

—He visto al tío Rafiq —dijo Nuri—. Está hablando con Penny Doyle.

—Ella me cae bien —dijo Hana.

A Crystal también. Y esperaba que se lo estuviera pasando de maravilla. Pero era importante que recordara que al día siguiente volvería a ser la secretaria de Rafiq.

—No veo a la tía Johara —dijo Hana.

—Ni a papá —comentó Nuri.

De pronto, se abrió la puerta que había detrás de ellos.

—¿Qué tenemos aquí?

La voz de Fariq hizo que a Crystal se le pusiera la piel de gallina. ¿Estarían haciendo algo que iba en contra de las normas del palacio? ¿Fariq se enfadaría por el hecho de que ella hubiera permitido que los niños espiaran la fiesta?

—Hola, papá —dijo Nuri poniéndose en pie—. Queríamos ver la fiesta, así que le enseñé a Crystal cómo llegar hasta aquí.

—Ya veo.

Crystal se puso en pie y ayudó a Hana a levantarse.

—Hemos tenido una dura negociación. Han cambiado los cuentos de antes de acostarse y han prometido que se irían a la cama sin discusión, si les permitía ver lo que sucedía en la fiesta.

—Ya veo.

—Espero que no estés enfadado. Me pareció…

—No lo estoy —miró a su hija y vio que ésta no lo miraba.

Crystal tenía la sensación de que él iba a tratar de solucionar el enfado de su hija.

—Los llevaré a la habitación —dijo Crystal.

—Aún no. Tengo una sorpresa —se echó a un lado y permitió que un camarero se acercara.

El hombre colocó unas servilletas de tela en el suelo y dejó dos copas junto a ellas. Crystal sonrió al ver que las copas contenían zumo de manzana con burbujas. El camarero también dejó dos platos de aperitivos; después, hizo una reverencia y se marchó.

—Gracias, papá —dijo Nuri.

—Ha sido un placer, hijo mío —miró a su hija y le tendió la mano— ¿Me concede este baile?

La pequeña lo miró con timidez y asintió. Después colocó la mano sobre la de su padre. El le dijo que pusiera los pies sobre los suyos y juntos bailaron un vals. Crystal sintió un nudo en la garganta al ver cómo la niña se reía mientras bailaba con su padre.

Cuando cesó la música, Fariq hizo una reverencia y le dio las gracias a su hija.

—Ahora, si no te das prisa, tu hermano se lo comerá todo.

—Gracias, papá —le dijo dándole un abrazo. Después se sentó frente a su hermano para compartir el banquete.

Fariq se colocó junto a Crystal.

—¿Siempre eres tan permisiva con mis hijos?

—Sólo en ocasiones especiales —dijo ella, mirando lo que sucedía en la fiesta—. Espero que los invitados hayan venido en plan generoso.

—La fundación Ayuda a los Niños recaudará bastante dinero con este acto.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Muchos de los objetos donados son únicos. Se espera que una canción escrita por un músico famoso recaude más de doscientos mil dólares. Con un Rolls Royce de fabricación limitada se recaudarán unos seiscientos mil. También hay un fin de semana en un castillo de Francia. Y eso es sólo el principio.

—Oh, cielos —dijo ella—. ¿Apostarás por el castillo por mí?

—¿Puedes gastarte setenta u ochenta mil dólares?

—Miraré cómo tengo la cuenta y te lo diré —bromeó ella.

—No te preocupes, yo te lo regalaré —bromeó él—. Eso sucederá dentro de un rato. Entre tanto, el champán fluirá libremente.

Ella suspiró, preguntándose qué se sentiría al disponer de tanta riqueza. Nunca lo sabría. Lo único que quería era tener dinero suficiente para pagar las facturas médicas de su madre y regresar a la normalidad.

—Ojalá pudiera ver la subasta.

—Mi tía me ha llamado la atención por no haberlo arreglado todo para que pudieras asistir a la fiesta.

¿Ella? ¿A la fiesta? Habría sido divertido. Peligroso, pero divertido. Siempre había pensado que la personalidad era más importante que el aspecto de una persona. Pero esa noche, le hubiera gustado tener mejor aspecto.

—Sólo soy la niñera.

—Aun así, eres una invitada en nuestro país. He sido un estúpido por no haber pensado en ello. Pero he tomado medidas para rectificar la situación.

—¿Qué quieres decir?

—Fue mi tía Farrah la que os vio aquí arriba. Dijo que Johara no se encontraba bien y que había pedido excusas para marcharse de la fiesta. Ella sugirió que mi hermana se ocupara de los niños mientras yo te invitaba a pasar la velada bajo la hospitalidad de El Zafir.

—¿Qué le ocurre a Johara? —preguntó Crystal.

—Mi tía sólo dijo que estaba cansada.

—Si no se encuentra bien, debería meterse en la cama. Hana y Nuri son mi responsabilidad.

—Ella dijo que prefería cuidar de los niños antes que asistir a la fiesta. A mí me encantaría que me permitas que te lleve como acompañante.

Se abrió la puerta y apareció Johara.

—Me llevaré a los niños a su habitación —dijo.

—¿Te encuentras bien? Quizá deberías descansar un poco —dijo Crystal, y se fijó en que tenía ojeras.

—Cuidaré de estos dos —sonrió a los niños.

—¿Nos leerás un cuento? —preguntó Nuri, y miró a Crystal de reojo.

—¿Te has olvidado de nuestro trato? —preguntó ella con fingida seriedad.

—Pero, Crystal, he oído decir a nuestra profesora que es muy importante leer antes de acostarse —dijo el niño.

Johara agarró a los niños de la mano.

—No me importa leerles un cuento corto.

—¿Papá? —preguntó Hana.

Crystal lo miró a los ojos y supo que era un blando. La pequeña lo tenía agarrado del dedo meñique.

—Uno muy corto —dijo él, y les dio un beso de buenas noches.

—No te preocupes —dijo Johara—. Cuidaré de ellos como si fueran míos.

—Gracias —abrió la puerta para que salieran los tres. Después regresó junto a Crystal y contempló la fiesta—. Ahora te llevaré al baile.

—No —dijo Crystal mirando la ropa que llevaba puesta—. Estoy horrible. No puedo ir así.

—Entonces, primero te acompañaré a que te cambies de ropa.

—Pero no tengo nada apropiado. Aprecio mucho la preocupación de la princesa Farrah, pero no quiero bajar ahí y quedarme como una pava.

—Una imagen interesante —dijo él—. Sin embargo, eres mucho más agraciada que eso.

—Pero me has comprendido.

—Sí. Y me da la sensación de que puede que te sientas así. Sólo

hay una solución. Me quedaré y traeré la fiesta aquí.

Crystal se estremeció de puro nerviosismo. Debía rechazar su oferta con mucha educación. Pero, ¿cómo iba a ser tan maleducada? Había pasado toda una noche con él en el desierto, y había sobrevivido a su apasionado beso. ¿Qué peligro había en quedarse a su lado y observar cómo transcurría la fiesta?

—Gracias —le dijo—. Eres muy amable.

Sólo esperaba que no llegara a arrepentirse de aquella noche.

Capítulo 9

FARIQ abrió la botella de champán que le había pedido al camarero. Estaba a solas con Crystal y eso le gustaba. Se esperaba que todos los miembros de la familia real atendieran los actos oficiales. Eso no significaba que a él le gustaran las aglomeraciones, las cámaras y las mujeres deseosas de alcanzar la fama.

En realidad, cada vez le gustaba menos salir en viajes de negocios, y sabía que Crystal era responsable de ello.

Se había sentido atraído por ella desde el primer día que entró en su despacho, a pesar de su aspecto. O quizá por ello. No había coqueteado con él, sino que había hablado con claridad sin importarle las consecuencias. Y sus hijos la adoraban. Y a él le gustaba cada vez más.

Momentos antes, cuando su tía le dijo que Crystal y los niños estaba espiando, Fariq sintió un fuerte deseo de estar con ella. Y puesto que ya había hecho acto de presencia en la fiesta, era la excusa que necesitaba para salir de allí.

Sirvió dos copas de champán y le entregó una a Crystal.

—¿Por qué brindamos?

Ella se colocó las gafas y dijo:

—Por los jefes comprensivos.

—No lo entiendo —dijo él.

Ella sonrió.

—He perdido la cuenta de las veces que he mostrado mi desacuerdo contigo respecto a la educación de tus hijos en particular, y de la de los adolescentes en general. Tú me has escuchado siempre y, al parecer, sin ningún sentimiento en contra. O al menos, no me he dado cuenta.

—¿Eso es una disculpa por tu comportamiento, señorita

Rawlins?

—No. Eso implicaría que estoy equivocada. Sólo estaba diciendo que ante determinadas situaciones tengo opiniones diferentes a las tuyas y que tú no las utilizas en mi contra.

—Así que crees que me equivoqué al manejar el conflicto que tuve con mi hija esta tarde.

—Mi madre siempre decía que no hay que juzgar a nadie hasta que no se ha caminado una milla en sus zapatos. Yo no tengo hijos y no me he casado nunca. Creo que he sacado conclusiones sin tener en cuenta todos los factores.

—Tu madre es una sabia mujer.

—Sí —dijo ella—. Me he dado cuenta de que la menciono a menudo. Los niños también se han fijado. Espero que no te importe.

—La sabiduría traspasa generaciones, fronteras y franjas horarias. Tu padre es afortunado por tener a tu madre.

—Ya no —dijo ella, y bebió un trago de champán—. Están divorciados.

—Lo siento.

—Yo también —se bebió el resto de la copa en varios tragos—. Criaron a sus cinco hijos y, cuando yo me fui a la universidad, deberían haber pasado los mejores años de su vida. Sin embargo, decidieron que no tenían nada en común que los mantuviera unidos.

—Debió de ser difícil para ti —no era una pregunta. Fariq podía ver tristeza en la expresión de su rostro—. Aun así, todavía crees en el amor, el matrimonio y los niños.

—Es lo que me enseñó mi madre. Siempre me ha dicho: haz todo lo que desees antes de establecerte. Ahora me pregunto si en su relación había tensiones que yo no percibía. Es posible que pensara que nunca tendría la posibilidad de viajar como siempre había deseado. Quizá, el mensaje oculto era: recorre el mundo, vive por ti misma, sigue tus sueños porque la vida no siempre se ajusta a un plan.

—Sé egoísta.

—No siempre es malo. Ojalá mi madre hubiera pensado en ella misma más a menudo —dijo Crystal—. Si lo hubiera hecho, no estaría como está ahora…

—¿Qué le pasa?

—Nada. No tiene ningún interés.

Fariq rellenó la copa de champán. Sólo la de ella, porque él no le había dado ni un sorbo.

—Al contrario. Me encantaría saber más sobre la mujer que pasa tanto tiempo con mis hijos. Te encuentro una mujer compleja.

—Por favor, no pienses que esto afectará a tus hijos…

—Nunca se me había ocurrido. Los has defendido demasiadas veces, igual que a mi hermana, como para dudar de que harás todo lo posible para su bienestar.

Ella se volvió y contempló lo que sucedía en la fiesta.

—Estoy asombrada por la devoción que la familia real muestra hacia los niños del mundo. Esta fiesta es una muestra de ello.

—Es el proyecto de Rafiq —explicó él.

—Ya me he enterado. Hablando de personas complicadas…

—¿Te ha causado algún problema?

Crystal bebió un poco de champán y, al oír sus palabras, se atragantó. Él le dio unas palmaditas en la espalda hasta que ella lo miró a los ojos. Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Fariq la contempló un instante y pensó que era muy atractiva.

—¿Me estás preguntando si me ha hecho alguna insinuación? ¿Si ha coqueteado conmigo?

—Sí.

Ella soltó una carcajada.

—Apenas lo he visto. De hecho, los niños estaban preguntando por él. Han notado su ausencia. Pero se rumorea que está interesado en Penny Doyle.

—¿Se rumorea?

—Sí. Las noticias vuelan en el palacio.

—¿Qué es lo que has oído?

—Que Rafiq la llevó a París y que regresó con un vestuario apropiado para su trabajo de secretaria —hizo un gesto para señalar a la pareja que bailaba en el salón—. Incluido ese fabuloso vestido que lleva mientras baila con él.

—Esta noche está preciosa —dijo él—. Diferente.

—He oído que la han ayudado un poco —miró a otro lado.

—¿Otro rumor de palacio?

—Digamos que sí —se terminó el contenido de la copa—. Mira lo bonita que es la ropa y la cantidad de joyas que hay en ese salón.

¿Qué se debe sentir al saber que puedes comprarte lo que quieras sin preocuparte del presupuesto?

Fariq nunca había pensado en ello. Era un privilegio que daba por garantizado, aunque sus hermanos y él se preocupaban mucho por cubrir las necesidades de su pueblo. Miró a Crystal y vio que estaba tensa.

Se apoyó contra la barandilla y sintió el aroma de su perfume. Estaban tan cerca que también podía sentir el calor de su cuerpo. Era una mezcla embriagadora, y puesto que no había probado el champán, no había otro motivo para que pensara de esa manera.

—Háblame de tu familia. ¿Teníais que ajustaros a un presupuesto?

Ella se rió.

—Era tan ajustado que había que tener mucho cuidado. Con cinco hijos que mantener, mis padres tenían que recortar gastos siempre que fuera posible. Creo que el presupuesto familiar mejoró cuando crecí, porque empecé a comer menos.

—¿Y cómo recortaban gastos?

—Nos pasaban la ropa de unos a otros… excepto a mí —añadió —. Mi madre cosía mucha de la mía. Sobre todo la de… —se calló de pronto. Él estaba tan cerca que podía sentir su tensión.

—¿Qué?

—Nada. La de las actividades del colegio… los bailes y cosas así.

Fariq tenía la sensación de que no era eso lo que ella iba a decir.

—¿Qué ocurre, Crystal? ¿De qué tienes miedo?

—Nada —dijo ella—. Estaba pensando en mi madre. Todavía sigue luchando.

—¿En qué sentido? ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla?

—No es tu problema.

—Pero si a ti te preocupa, a mí también. Como dijiste, soy un jefe comprensivo. Es bueno para el palacio mantener a los trabajadores contentos y felices.

—Estoy contenta. Me gusta mi trabajo. Les tengo mucho cariño a los niños y deseo permanecer aquí hasta que termine el contrato.

—Y nosotros deseamos que te quedes… el tiempo que quieras.

—Espero que sigas pensando de esa manera.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—No sé —se retiró de la barandilla y dejó la copa sobre el

carrito que había llevado el camarero—. Debo regresar con los niños.

—Pero no has probado la comida que han traído.

—Lo sé —dijo ella—. Las dos copas de champán han caído en mi estómago vacío.

—¿No has cenado?

—Primero ayudé a Penny con el peinado y… —se calló—. Me pidió que le aconsejara mientras se vestía para la fiesta de esta noche. Después se hizo la hora de acostar a los niños…

—Has tenido una tarde muy ocupada —escogió un canapé de la bandeja—. Es hora de que alguien se ocupe de ti —le dijo, y llevó el canapé a sus labios.

Ella sintió que se le aceleraba el corazón. ¿La afectaba su proximidad? Desde luego, él se había fijado en las curvas de su cuerpo, en el aroma de su piel y en sus labios seductores. Los músicos comenzaron a tocar un bonito vals.

—¿Me concede este baile?

—No, yo…

Antes de que pudiera terminar su respuesta, él la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí. De pronto, sintió que Crystal le pertenecía. Abajo, en el salón de baile, estaban algunas de las mujeres más bellas del mundo. Pero, por algún motivo, ninguna lo atraía tanto como Crystal.

Desde luego, ella no era la clásica belleza. Quizá ése era el secreto. Lo había cautivado con su encanto y su inteligencia.

Despacio, la guió entre la improvisada pista de baile, agradecido por que la cortina los protegiera parcialmente de los ojos ajenos. Tenía pocas oportunidades de estar a solas con ella. La miró y le dijo:

—Estás sonrojada.

—No estoy acostumbrada a beber champán.

—No era una crítica. El color de tu piel es muy bonito.

Ella tropezó y él dejó de bailar para sujetarla.

—Te equivocas. No soy bonita.

—Al contrario. Yo nunca me equivoco. La forma de tu boca es muy atractiva. Todavía recuerdo su suavidad, después de besarla hace mucho tiempo. Es como si lo hubiera soñado, y me gustaría comprobar si mi recuerdo es el correcto.

Mirándola fijamente, se dispuso a quitarle las gafas.

—Tengo que ir a ver a los niños —dijo ella, y se volvió para marcharse antes de que él pudiera detenerla.

Fariq observó durante unos instantes el lugar donde Crystal había estado. Ella tenía miedo y él lo sabía. Quizá sus temores tuvieran que ver con su madre. Pero había algo más. Y él deseaba saber qué era. Le habría gustado que Crystal hubiera confiado en él.

—Cenicienta y el Príncipe vivieron felices para siempre —Crystal cerró el cuento que le estaba leyendo a Hana. Miró a la pequeña y vio que tenía los ojos cerrados. Al ver que una sombra aparecía por el pasillo, enseguida supo quién era. Lo había dejado hacía un rato.

Hana abrió los ojos de pronto.

—Papá, has regresado.

Fariq entró en la habitación y se acercó a la cama.

—Sí. He venido a verte. Deberías estar durmiendo, como tu hermano.

—Estaba demasiado nerviosa y no me podía dormir. Crystal me ha leído un cuento. El de Cenicienta.

—¿Ah, sí? —le acarició la mejilla.

Crystal trató de no inhalar su aroma embriagador. Momentos antes, había estado entre sus brazos. Bailando. Los dos solos. Podía haberse quedado allí para siempre. Pero él había intentado quitarle las gafas para besarla.

Aunque deseara ese beso de forma desesperada, no podía permitir que él la viera sin gafas. No podía arriesgarse a que la descubriera. Tenía mucho en juego.

—¿Crystal? —dijo Hana.

—Sí, cariño.

—Mi papá es un príncipe. ¿No te parece guapo? ¿No es como el del cuento?

—¿Tú qué crees? —preguntó ella.

—No lo sé. Para mí es papá.

—Sin duda es un príncipe.

—¡Qué diplomática! —dijo él entre risas.

—En el cuento, Cenicienta era la criada y se casa con el príncipe —medio dormida, Hana se dio la vuelta y se acurrucó entre las sábanas—. Quizá deberías casarte con mi papá para que puedas

quedarte aquí para siempre —dijo antes de cerrar los ojos.

Crystal apagó la luz y ambos salieron del dormitorio.

—Buenas noches —le dijo a Fariq y se encaminó hacia su habitación.

—Me gustaría hablar contigo —dijo él.

—Muy bien —lo siguió hasta el salón y se sentaron en el sofá—. Siento que Hana todavía estuviera despierta —dijo ella—. No debí permitir que se excitara tanto con la fiesta antes dé irse a la cama.

—Al contrario. Cuando sea un poco mayor, Nuri y ella tendrán que asistir a los actos públicos. Está bien que se vayan preparando —se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y se aflojó la pajarita. Estaba muy sexy.

Ella no podía dejar de fijarse en su boca sensual. Deseaba besarlo. Pero debía decirle la verdad antes de que comenzaran a explorar la atracción que había entre ambos. ¿Corría el riesgo de perder el trabajo? Fariq sabía que era una buena niñera porque los niños estaban encantados con ella.

—Respecto a lo que Hana ha dicho hace unos momentos —comenzó a decir él—, respecto al matrimonio… ¿Le has estado llenando la cabeza de cuentos de hadas?

—¿Perdón? —preguntó con rabia.

—Creo que la pregunta ha sido muy clara.

—Primero, todas las noches les leo un cuento a cada uno, el que ellos elijan. Se sabe que los niños que leen antes de acostarse obtienen mejores resultados en la escuela —hizo una pausa para recuperar el aliento—. Segundo, tu hija tiene una gran imaginación.

—No me gustaría que ninguno de mis hijos se llevara una desilusión. Pero tendrán que aprender que las cosas no siempre salen como queremos.

—Por supuesto que no. Si Hana vuelve a sacar el tema, le dejaré claro que no hay ninguna posibilidad de que tú y yo… Que no hay forma de que tú y yo nos casemos.

—¿No? —preguntó Fariq.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no eres mi tipo —contestó ella.

—¿Es eso verdad? ¿Y cuál es tu tipo?

—Un hombre que no es como tú.

—Bien. Me alegro de que lo veas de esa manera.

—Fariq, no es más que una niña. Lo bueno es que se ha encariñado conmigo. Igual que yo con ellos. No espero ni quiero nada de ti —le dijo—. Durante la entrevista de Nueva York, la princesa Farrah me dejó muy claro que siempre debía comportarme con decoro y de manera profesional.

Él asintió.

—Tu trabajo es mantener a los niños felices. Aparte de eso, tu único deber es no causar problemas.

—Lo sé. No lo he hecho, y no espero atraer la atención de nadie. Ni siquiera de mi jefe. Cuando termine mi contrato, regresaré a mi país —se puso de pie—. Ahora que ya sabes que lo tengo todo claro…

—No te vayas. He de recordarte que no voy a ser tan estúpido ni tan débil como para enamorarme otra vez.

—Lo sé. Antes le pregunté a tu tía, y ella me contó lo que te había hecho tu esposa.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

Ella se cruzó de brazos y lo miró a los ojos.

—Tienes una carga emocional que afecta a la relación con tu hija. Es mi trabajo saberlo para poder ayudarla con lo que pueda derivarse de ello.

—¿Como, por ejemplo…?

—El hecho de que esté pagando por lo que su madre te hizo. Mi trabajo es mantener a los niños felices. Es más que alimentarlos, bañarlos y acostarlos. Tienen sentimientos, son listos y perceptivos. Tarde o temprano Hana va a preguntarse qué ha hecho para que la odies.

Fariq dio un paso adelante.

—Adoro a mi hija. Daría mi vida por ella o por mi hijo.

—No tienes que convencerme de ello. Pero los actos son mejores que las palabras. Lo que le has demostrado a ella es que te supone un problema que sea una niña, y que quiera jugar a vestirse como los mayores. Y no hay nada de malo en ser una niña mientras se pueda. Los niños aprenden lo que viven. Si viven en un ambiente crítico, crecerán siendo críticos. Cuando se dé cuenta de que crees que es capaz de comportarse de esa manera, ¿cómo dejará de convertirse en tu peor pesadilla?

—No permitiré que eso suceda.

—¿Y destrozarás su vida en el proceso? ¿La alejarás de ti? ¿Igual que tu padre está haciendo con tu hermana? —suspiró—. He hablado con tu tía porque tú no habrías hablado conmigo. Necesitaba comprender tu pasado para ayudar a tus hijos a tratar con él.

—No hay nada con lo que tengan que tratar —se cruzó de brazos—. Soy su padre. Nunca me volveré a casar. Fin de la historia.

—¿Y eso es lo que piensas decirles? ¿Sin darles ninguna explicación?

—Es como son las cosas. Como dijiste, no podemos estar de acuerdo en todo. No puedes saber cómo me siento.

Crystal se sentía como si el aire no le entrara en los pulmones. Él nunca llegaría a verla de manera diferente a su esposa. Se había equivocado al pensar que existía una atracción entre ellos; al menos, no era así por parte de él. Sólo se comportaba de manera encantadora para mantenerla contenta.

Sabía que podía enamorarse de él en cualquier momento. Y que arriesgaría su trabajo si le decía la verdad. Quizá debería ser sincera y marcharse de allí, porque enfrentarse a él día tras día, sabiendo que nunca se interesaría por ella, iba a ser difícil y doloroso.

Pero todo lo demás seguía igual. Si no mantenía el empleo, su madre perdería la casa al no poder pagar las facturas. Crystal no podía permitir que eso sucediera. Tenía que quedarse allí y enfrentarse a lo que pudiera pasar.

—Quizá eso sea bueno. Puedo ser objetiva porque no estoy implicada emocionalmente —mintió.

—Esta discusión ha terminado. Es tarde y no hay nada más que decir —se volvió y salió de la habitación.

Capítulo 10

FARIQ se percató de que llevaba treinta minutos mirando fijamente la pantalla vacía del ordenador. El recuerdo de Crystal había permanecido en su cabeza durante toda la semana anterior, desde el día del baile benéfico. Decidió apagar el ordenador.

—Amahl —llamó a su secretario.

—¿Alteza?

—Cancela todo lo que tenga para hoy —dijo poniéndose de pie.

—¿Incluida la reunión con el señor Wellington? Está impaciente por verlo para ultimar los detalles de los grandes almacenes que van a abrir.

—No puedo verlo —no conseguía olvidar a Crystal y tenía que descubrir por qué. Y sabía que, hasta que no lo hiciera, no podría concentrarse—. Dile al señor Wellington que podemos desayunar juntos mañana, tan pronto como quiera. Cambie todas mis citas. Y si surge alguna novedad, mis hermanos tendrán que ocuparse de ella durante mi ausencia.

—De acuerdo, Alteza.

Fariq salió de su despacho. No podía dejar de pensar en el coraje que había tenido Crystal al decirle que su carga emocional afectaría a sus hijos.

Tampoco podía olvidar su cuerpo entre sus brazos, ni que tarde o temprano se marcharía y que su ausencia dejaría un gran vacío. Pero no tenía sentido que pensara en ello. Sólo tenía una solución: encontraría otra manera para que se quedara allí.

Pero desde la noche de la discusión, cada vez que él regresaba a casa ella se metía en su habitación y sólo salía si los niños necesitaban algo. Fariq sospechaba que lo estaba evitando. Tenía que poner fin a aquella situación.

«Quizá montar a caballo con ella me sentara bien», pensó.

Se dirigió al salón y se encontró a Johara tumbada en el sofá con un paño mojado sobre la frente.

—¿Estás enferma, hermanita? ¿Necesitas que llame al médico?

—Ya me ha visto el médico, gracias a la tía Farrah. Estoy segura de que sólo es cansancio.

—Entonces, debes descansar —le agarró la mano y vio que la tenía fría—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cuidar a los gemelos. Pero ahora están con la tía Farrah.

—¿Dónde está Crystal?

—Es su tarde libre. Creo que me dijo que iba a la ciudad. A ver el bazar y a ocuparse de un asunto familiar.

—¿Un asunto familiar?

—No me dijo el qué.

Fariq se sintió decepcionado al no encontrar a Crystal en el palacio. Pero conocía muy bien la ciudad, así que iría a buscarla. Después de todo, un príncipe podía encontrar a quien se propusiera.

Besó a su hermana en la frente.

—Descansa. Voy a ir a la ciudad.

—Yo que tú iría a la zona de finanzas. Me dijo que iba a ir al banco. Salúdala de mi parte.

—Lo haré.

Con la información que Johara le había proporcionado y la ayuda de su cuerpo de seguridad, Fariq encontró a Crystal en el banco, y esperó a que saliera apoyado en su coche. Cuando la vio acercarse a la puerta giratoria, se enderezó. Ella llevaba una falda larga y una chaqueta a juego. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo y unas gafas de sol. Al ver que comenzaba a caminar por la calle, y que no lo había reconocido, se dio el placer de observarla un momento y después la llamó:

—Crystal.

Ella se volvió.

—Fariq, ¿qué estás haciendo aquí? Los niños… ¿Están bien?

—Están bien —se acercó a ella—. Johara me ha dicho que podría encontrarte aquí. Si necesitas ayuda con algo, estaré encantado de dártela.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo estaba enviando dinero a mi madre. Ya está hecho.

Ahora, si me disculpas…

Él le bloqueó el paso.

—Pensé que a lo mejor te gustaría un poco de compañía en tu tarde libre.

—No quiero alejarte de otros asuntos más importantes —le dijo con frialdad.

—No tengo nada que hacer. Me he tomado la tarde libre —la agarró del codo—. Ven. El bazar está por aquí, a la vuelta de la esquina. Te lo enseñaré.

Ella se soltó y dio un paso adelante.

—No pensaba pasar la tarde en la ciudad. Tengo que regresar con los niños. Johara no se encontraba bien.

—Rana y Nuri están con mi tía Farrah. Deseo que pases la tarde fuera del palacio.

—¿Por qué? ¿Te preocupa que pueda llenarles la cabeza de historias románticas y cuentos de hadas?

Él se detuvo y la miró.

—Estás enfadada por lo de la otra noche…

—No estoy enfadada. Sólo trato de seguir las normas y no traspasar los límites. Es evidente que mi opinión no cuenta, aunque sea una profesional en lo que al cuidado de niños se refiere. Así que, si me disculpas, me voy para no causarte ningún problema aquí, en la ciudad.

—Crystal, me gustaría recuperar la relación de amistad que teníamos antes de la discusión de la semana pasada.

—¿Por qué? Mi trabajo es mantener a los niños contentos. Sé que tienes la teoría de que también hay que mantener a los empleados contentos porque es beneficioso para el palacio. Y estaré muy contenta de regresar con los niños. Así que, si te apartas de mi camino, consideraré que hemos recuperado nuestra relación de amistad —se cruzó de brazos y esperó.

—No me parece que estemos como estábamos antes. Siento si he dicho algo que te haya molestado.

—¿Te estás disculpando? —esbozó una sonrisa.

—Eso implicaría que estoy equivocado, y ambos sabemos que eso es imposible.

—Si fuera lo bastante atrevida como para perder este empleo, te diría que eres imposible. Pero aprecio mi trabajo. Por tanto, sólo

diré lo que habría dicho mi madre. Si el zapato encaja…

—Póntelo. Sí, uno de los dichos de tu madre. Anoche los niños estaban enfadados y Nuri llamó a su hermana estúpida. Ella le recordó que tu madre siempre dice «Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio, no digas nada». Están muy intrigados con tu madre y con sus dichos.

—Es una mujer curiosa —admitió Crystal—. La echo de menos. Si yo tuviera la mitad de su fuerza…

—¿Te mantienes en contacto con ella?

—Por e-mail. A veces, la llamo por teléfono. Pero es caro. Sólo la llamo cuando quiero oír su voz.

—Si lo deseas, puedes llamarla desde el palacio siempre que quieras. No te preocupes por el gasto. Como dijiste, puedo permitírmelo.

—Gracias —dijo con una sonrisa de verdad—. Eso significa mucho para mí. Y puede que te tome la palabra. Así, el tiempo se me hará más corto hasta que pueda verla de nuevo. ¿Sabes?, acepto la oferta de paz y te la agradezco mucho.

—Un placer.

Fariq se sintió aliviado al ver la sonrisa en su rostro otra vez. Pero oírla hablar de su madre lo había puesto nervioso. Llegaría el día en que ella regresara a Estados Unidos. Y él no quería que se fuera. ¿Cómo podía asegurarse de que se quedara? Quizá debería hacerle un nuevo contrato. O…

El matrimonio era un contrato permanente. Los niños adoraban a Crystal. Y él la admiraba y respetaba. Además, parecía contenta en su país. ¿Qué había de malo en proponerle matrimonio? Por motivos puramente prácticos, por supuesto. Ella le había dicho que él no era su tipo. Pero eso podía cambiar. Y si se casaban, no tendría que buscar otra niñera para sustituirla.

Era una buena estrategia.

Crystal no recordaba cuándo lo había pasado mejor. Fariq no había admitido que estaba equivocado, pero le había pedido disculpas por lo que le había dicho. El resto del día lo pasaron en la ciudad. Estuvieron en el bazar y él le regaló un anillo de plata que ella había dicho que le gustaba. Después, la invitó a cenar en un

restaurante elegante, a la luz de las velas.

—Gracias por un día tan maravilloso —le dijo ella cuando regresaron al palacio.

—Lo mismo digo. Me ha gustado ver la ciudad en tu compañía —contestó él.

—Es una ciudad preciosa.

Parecía la despedida del final de una cita. Se preguntaba si él le daría un beso de buenas noches. Cuando abrió la puerta de su habitación, él la agarró de la mano para detenerla. Crystal lo miró y él apoyó el antebrazo en la pared, acercándose más a ella.

—¿Ocurre algo? —le preguntó a Fariq.

—Al contrario. Deseaba decirte que no recuerdo una tarde más agradable que la de hoy.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—Entonces, hay algo en lo que estamos de acuerdo.

—Y muchas cosas en las que no —le recordó.

—Las discusiones son buenas.

—Eso no lo discuto. Ahora tenemos que ir a relevar a Johara — lo miró y, al ver el brillo de sus ojos, se estremeció. Se dio la vuelta y, cuando se disponía a abrir la puerta, notó que él le soltaba la horquilla que le sujetaba el cabello. Antes de que pudiera reaccionar, sintió que le acariciaba el cuello y la melena.

—Tienes un pelo precioso. ¿Por qué te gusta llevarlo recogido? —preguntó él.

—Es más cómodo. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a…

—Un momento —Fariq le quitó las gafas y se las guardó en la chaqueta.

—No, Fariq. Por favor, no. No puedo hacer esto. No puedo perder este…

—Yo puedo. Y lo haré —dijo él, y la besó en los labios.

Crystal cerró los ojos. Llevaba tiempo deseando que la besara, pero pensaba que no sucedería jamás. Fariq le acarició el cabello y ella apoyó las manos contra su pecho.

Con mucha delicadeza, él la abrazó y ella sintió que una ola de calor recorría su cuerpo y se instalaba entre sus muslos. También sintió un dolor en el corazón. Rodeó el cuello de Fariq con los brazos y se acercó más a él. Podría quedarse allí para siempre.

Él le acarició la mejilla.

—Crystal, nunca me he sentido de esta manera. Me gustaría…

De pronto, se abrió la puerta.

—Papá, Crystal. Me parecía que os había oído.

Nuri estaba en la puerta. Crystal se separó de Fariq y respiró hondo.

—Hola —dijo, tratando de olvidar la pasión.

—Por fin has venido a casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y entró en la habitación. Veía borroso porque necesitaba las gafas.

—La tía Johara está enferma otra vez. Está en el baño. Me dijo que fuera a buscar a la tía Farrah. —Iré con ella —le dijo a Fariq.

—Sí. Yo me quedaré con los niños.

Crystal corrió hasta el baño y llamó a la puerta.

—¿Johara? ¿Estás bien? ¿Puedo pasar?

—Un momento.

—¿Qué ocurre? Por favor, déjame entrar.

Instantes más tarde, se abrió la puerta. Johara estaba muy pálida.

—Estoy bien. Ahora me encuentro mucho mejor.

—Los niños dijeron que te habías puesto enferma de repente.

—Creo… creo que he comido algo que no me ha sentado muy bien.

—¿Quieres que llame al médico de palacio? Iré a…

—No, no es necesario. Ya me ha visto antes.

Crystal tenía una teoría sobre lo que estaba pasando. La chica había admitido que había estado a solas con un hombre. Crystal sabía lo fácil que era dejarse llevar. ¿No había permitido que Fariq le quitara las gafas y la besara en el pasillo? ¿Y si alguien los hubiera visto? Podía haber perdido el trabajo, lo sabía muy bien. Y ella era más madura que la hermana de Fariq. Sujetó a la chica por la cintura.

—Deja que te ayude para llegar al salón.

—Estoy bien. Puesto que ya has regresado, iré a tumbarme a mi habitación.

—De acuerdo.

Crystal la acompañó hasta la puerta del dormitorio. Oyó que Fariq hablaba con los niños en la habitación contigua.

Johara abrió la puerta y sonrió.

—Ah, se me olvidaba. Los niños sentían curiosidad por tu madre. Debes de haberles dicho que tenías un álbum de fotos, porque lo sacaron de tu habitación y estaban mirándolo. Teníamos que haberte pedido permiso, pero habíamos oído hablar mucho de tu familia y queríamos ver alguna foto. Espero que no te importe.

Entonces fue ella la que sintió ganas de vomitar.

—Iré a guardarlo en su sitio —«antes de que lo vea Fariq», pensó —. Espero que te recuperes pronto.

Cuando Johara se fue, Crystal se dirigió a guardar el álbum de fotos. Nunca se le había ocurrido que tener varias fotos de su familia podía ser algo peligroso.

Al salir del salón se encontró con Fariq. Estaba sentado mirando las fotografías del álbum. Ella deseó quitárselo antes de que él descubriera la verdad. Pero al ver la expresión de su rostro, supo que era demasiado tarde.

—Fariq, yo… ¿Dónde están los niños?

—Los he mandado a sus habitaciones. Han mirado tus cosas sin tu permiso, y ahora van a reflexionar sobre lo que han hecho. Aunque no me parece justo, porque si no lo hubieran hecho, nunca habría averiguado la verdad sobre ti.

—Puedo explicártelo.

—Por supuesto que puedes —la miró—. Así que tu clase del instituto te nombró la chica más bella del colegio. ¿Fue antes o después de que te nombraran la reina del año?

—Por favor, deja que te lo explique…

—También hay un artículo de periódico. Te nombraron la mujer más bella de la ciudad.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme?

—¿Por qué no? —preguntó él, en un tono que indicaba que no iba a creerse nada—. ¿Qué más da una mentira más después de tantas?

Capítulo 11

CRYSTAL se reunió con Fariq en su lujoso salón. Se sentía un poco mareada y deseaba sentarse, pero decidió que era mejor mantener esa conversación de pie. El temor se había apoderado de ella y sabía que estaba a punto de perder todo lo quo le importaba.

—¿Puedes devolverme las gafas? —le preguntó y extendió la mano.

—¿No crees que es hora de abandonar el disfraz? Ya he descubierto tu secreto.

—Disfraz es una palabra muy dura y negativa.

—Sí, y muy precisa. Has fingido ser lo que no eres.

—Creo que eso es una exageración.

Él la miró de arriba abajo.

—¿Ése es tu aspecto habitual?

—Es para trabajar. Me recojo el pelo, no me maquillo y me pongo las gafas.

—Por eso no querías que te las quitara. Era una máscara eficaz, porque tus ojos te delatarían —Crystal confiaba en que sus ojos no le dijeran que estaba enamorada de él—. No sé cómo no me he dado cuenta.

—Si no me devuelves las gafas, no podré ver nada.

—¿O sea que la historia de tu vista es cierta?

—Sí. Normalmente llevo lentillas.

—Por supuesto —le devolvió las gafas y ella se las puso.

—Mira, Fariq, si no estuviera cualificada para este puesto, comprendería que te pusieras así. Pero, ¿he maltratado a los niños? ¿He desatendido mis obligaciones, su cuidado o sus estudios? ¿He perturbado la rutina del palacio?

Su silencio era suficiente respuesta. Pero no explicaba por qué

sus ojos la miraban de manera ardiente.

—Ese no es el problema —dijo él.

—Aunque sea la mejor niñera que has tenido nunca y aunque los niños se hayan encariñado conmigo, ¿no vas a pasarme ni una? Tenía muy buenos motivos para hacer lo que hice.

—No tendrán que ver con el deseo de casarte, con un príncipe de la casa de los Hassan, ¿verdad?

—El matrimonio nunca ha sido mi motivación. Es mucho peor que eso y ni siquiera es un noble motivo. Simplemente, tiene que ver con el dinero.

—¿Cómo?

—Primero, deja que te asegure que las referencias y las credenciales son legítimas. Soy muy buena en mi trabajo y estoy muy cualificada.

—Eso nunca lo hemos puesto en duda. Pero tu comportamiento…

—Cuando llegué a Nueva York, la entrevistadora me iba a eliminar por mi aspecto.

—¿Y te lo tomaste como un reto?

—Sobrevivir siempre es un reto.

—Sabía que te gustaba dramatizar, pero… ¿sobrevivir?

—Necesitaba el dinero, pero no para mí. Es para mi madre.

—De veras, Crystal. Puedes hacer algo mejor que esto.

Ella decidió ignorar su sarcasmo.

—Mis padres tuvieron hijos cuando aún eran adolescentes. Trabajaron mucho para sacar a sus cinco hijos adelante. Nunca tuvieron presupuesto para lujos ni para viajar. Todos teníamos que contribuir como pudiéramos.

—¿Así que te has disfrazado para poder pagarles un viaje?

—Por supuesto que no.

—Comprendo.

—¿Cómo lo vas a comprender? Nunca has tenido que preocuparte por tener comida sobre la mesa, ni por pagar la hipoteca.

—No, nunca he tenido esa experiencia.

—Quería decirte la verdad. Muchas veces. Pero hubo varias cosas que me detuvieron.

—Por favor, continúa. No puedo esperar para oír qué es más

importante que la verdad —se cruzó de brazos y la miró implacable.

—Me encariñé con los niños y ellos, conmigo. Han nacido en un lugar privilegiado, pero eso puede ser bueno o malo vi. La oportunidad de proporcionarles un equilibrio.

—Los niños son fácilmente manipulables.

—Mi madre siempre ha soñado con viajar. Siempre me dijo que hiciera todo lo que deseara antes de casarme, ya que si no, nunca tendría la oportunidad. Y resulta que tenía razón.

—¿Porqué?

—Yo fui la última en marcharme de casa. Después, mis padres se divorciaron. Parece que cuando yo me fui se dieron cuenta de que lo único que los unía eran sus hijos.

—¿Porqué?

—Probablemente porque se casaron muy jóvenes y finalmente ambos admitieron que no eran felices. Pero mi madre nunca había trabajado fuera de casa. En los trámites de divorcio, le dieron a elegir si quería estudiar algo para poder trabajar después, o si prefería quedarse con la casa. Eligió la casa.

—No lo comprendo.

—Suponía que podría mantenerse con un trabajo no cualificado. Pero no quería dejar la casa donde había criado a sus cinco hijos.

—Ya. No lo entiendo, pero continúa con la historia —dijo él con sarcasmo.

—Consiguió seguir adelante con su vida, y no le iban mal las cosas. Hasta que tuvo el accidente. Un conductor borracho se chocó con ella —Fariq la miró con escepticismo—. El caso sigue pendiente de juicio. Compruébalo si quieres.

—Lo haré.

—Mi madre sufrió un golpe en la cabeza. Estuvo en coma y pensábamos que iba a morir. Al final, sobrevivió. Fue entonces cuando empezó el verdadero trauma.

—¿Porqué?

—Su tratamiento era muy caro y no tenía seguro médico. Se lo ofrecieron en el trabajo, pero no podía permitir que se lo descontaran del sueldo. Si yo lo hubiera sabido, habría hecho algo. Pero ella nunca me lo contó.

—No comprendo qué tiene esto que ver con el hecho de que me hayas engañado.

—No, no lo comprenderás. Porque siempre has tenido suficiente dinero. Nunca has tenido que sacrificarte ni que luchar por nada.

—Continúa.

—Su recuperación fue muy lenta. Y ella nunca volverá a ser la misma. Todavía tiene que hacer rehabilitación y no podrá trabajar. Pero mis hermanos se están ocupando de ella. Todos estamos poniendo de nuestra parte.

—Contribuyendo —comentó él.

—Como siempre hemos hecho. Mis hermanos tienen que mantener a sus familias, así que la parte económica me toca a mí. Tenemos que pagar facturas médicas de varios cientos de miles de dólares, o, si no…

—¿Qué?

—Podría perder su casa —tragó saliva—. Haría cualquier cosa por evitar que eso sucediera.

—Es evidente —dijo él—. ¿Ella sabe que me has engañado?

—No —admitió—. Cuando estaba buscando trabajo, me enteré de este puesto. No supe que buscabais una niñera corriente hasta que me entrevisté con la de la agencia. Como tenía mucha experiencia, me convocaron para otra entrevista. Cambié mi aspecto y me aceptaron como candidata. Tu tía me contrató. Pero mi madre sólo se enteró de que era un trabajo en el extranjero y que ganaría mucho más de lo que podría ganar en Estados Unidos. Tenía que ayudarla. Ella había dejado de lado sus sueños para sacar adelante a sus hijos. ¿Cómo no iba a hacerlo por ella?

—¿Y tus métodos para obtener el empleo le habrían parecido bien?

—No habría aprobado nada que no fuera la pura verdad.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Y no podías conseguir un préstamo?

—No tengo nada que me avale para poder pedir el dinero que se necesita para pagar la deuda.

—No creo que el fin justifique los medios.

—Pero no hay nada malo en los medios que he utilizado. Ponte en mi lugar. Si tu padre, tus hermanos, o tu tía Farrah necesitaran algo… Si tus hijos tuvieran un problema y ésta fuera la única manera de solucionarlo, ¿no habrías hecho lo mismo?

—No.

—¿Cómo puedes decir eso? —comenzó a temblar.

—Porque está mal hecho. Tus actos son deshonestos. Además, si hubieras sido sincera y hubieras contado tus motivos, creo que mi tía también te habría contratado. Tienes mucha experiencia y tus referencias son impecables.

—No podía arriesgarme. Pero siempre he pensado que la belleza está en el interior de las personas. Ésta era una oportunidad para ver si se me valoraba por mi personalidad y mi inteligencia.

—¿Por qué lo ponías en duda?

—Por favor: no estaríamos aquí si no fuera por ese maldito requisito que pedía una niñera «corriente». Los hombres de tu familia veis la belleza como una distracción en vez de como algo positivo. Sois iguales que…

—¿Que quién?

—No quiero hablar de ello.

—Me gustaría oírlo.

Ella lo miró a los ojos.

—Sabes que estuve comprometida. Antes de salir con él, pensaba que sólo algunos hombres buscaban una esposa trofeo. Me equivocaba. Él pensaba que yo sería la esposa perfecta para un hombre que buscaba prosperar. En una fiesta, me atreví a dar mi opinión. Me llevó a un lado y me dijo que me mantuviera callada y que tratara de ser guapa y silenciosa.

—Evidentemente, era un canalla.

Al recordarlo, Crystal sintió dolor y humillación.

—Evidentemente. Pero lo que quiero decir es que desde el primer día que llegué aquí, a nadie le preocupó mi aspecto. Los niños me aceptaron enseguida y me encariñé con ellos. Nosotros hemos hablado de muchas cosas. De política, economía y educación. Lo negarás, pero creo que respetas mi opinión. Me habéis valorado por mi personalidad e inteligencia, no por mi aspecto. Y he descubierto algo que no esperaba de ti.

—¿Qué has descubierto?

—Que eres un hombre bueno.

—Los halagos no te van a ayudar.

—Te gusté a pesar de que no fuera guapa. ¿Sabes lo que eso significa para mí?

—Te equivocas.

—¿De veras? Entonces, ¿cómo se explica el beso que me has dado hace un rato?

—No tengo nada que explicar.

—Debe de estar bien eso de ser príncipe y poder esconderse tras el trono cuando alguien te cuestiona.

—Esconderse es tu especialidad, no la mía.

—Yo me he mostrado tal y como soy. Cuando llegué aquí, tuve que confiar en mi forma de ser y en mi fortaleza. No era tu tipo de mujer, pero me prestaste atención. Hoy me has buscado en la ciudad. Me has besado.

—Eso fue antes de enterarme de que eras un espejismo.

—Te niegas a comprenderlo porque estás enfadado. Pero si fueras sincero, admitirías que sentimos una atracción mutua.

—Aunque hubiera algo de verdad en lo que estás diciendo, has hecho un gran trabajo para erradicarla. Mi esposa me dio una lección sobre la falsedad de la naturaleza femenina. Tú acabas de reforzar el mensaje. No habrá una tercera vez.

—Me da pena que hayas aprendido la lección equivocada.

—¿Y cuál es?

—Nunca juzgues un libro por la portada.

La miró y ella sintió que se le encogía el corazón.

—Creo que será mejor que recojas tus cosas. Organizaré todo para que regreses a Estados Unidos. Por la mañana, un coche te llevará al aeropuerto para que tomes el primer vuelo disponible.

Crystal trató de contener las lágrimas.

—Muy bien. Haré el equipaje ahora mismo.

Él se volvió y se marchó sin decir palabra. Crystal no podía culparlo por no haberla escuchado ya no sólo le preocupaba haber perdido el trabajo, sino también que le hubieran roto el corazón. Estaba enamorada de Fariq Hassan.

A la mañana siguiente, Fariq fue a hablar con su tía. Ella estaba sentada tomándose una taza de té cuando Fariq entró enfadado.

—Es evidente que has oído las noticias de tu hermana —dijo Farrah.

Eso lo detuvo.

—¿Qué noticias?

—Está embarazada. Él respiró hondo.

—Maldita sea. Eso explica su enfermedad.

Crystal le había explicado lo que pasaría si ignoraban las necesidades y los sentimientos de la joven princesa. Y tenía razón.

—¿Cómo se lo ha tomado mi padre?

—¿Tú qué crees? Está dolido y enfadado. La ha castigado y ahora no tiene escapatoria porque nunca admitirá que se ha equivocado. La ha desheredado y le ha retirado la palabra. Dice que no tiene ninguna hija.

—Hablaré con mi padre, pero primero quiero hablar contigo, tía Farrah.

—¿Qué ocurre?

—Elegiste mal a la niñera que contrataste. La he despedido.

—¿Es eso cierto?

—Lo es. Y cuando encuentres a otra, te sugiero que investigues su pasado. Y, al menos, deberá tener cincuenta años.

—Crystal fue investigada.

—La próxima vez, que investiguen mejor —ordenó.

—Por la indignación que veo en tu rostro, me da la sensación de que has descubierto que es más bella de lo que finge ser.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. ¿Cómo te has enterado?

—Vi un álbum de fotos. Dice que se disfrazó de esta manera para conseguir el trabajo y poder pagar las facturas médicas de su madre.

—Es cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—He leído el informe —lo miró y sacudió la cabeza mientras dejaba escapar un suspiro.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque la última vez que lo comprobé, eras perfectamente capaz de leer por ti mismo.

—¿Y por qué la contrataste? Reúne todas las condiciones que mi padre trataba de evitar con sus requisitos.

—Es perfecta para ti, algo que tu padre no comprendería.

—No te entiendo.

—Por supuesto que no. Cuando la agencia me entregó las fichas de las candidatas, me comentaron todo acerca de Crystal. Cuando la

conocí, me impresionaron su ánimo, su inteligencia y sus recursos. Además, me impactó el amor y la fidelidad que sentía por su familia. Sabía que era una mujer bella, pero también tenía coraje y belleza interna, y eso no es habitual.

—¿No te molesta que te haya engañado?

—Al contrario. No lo ha hecho. Tenía todos los datos sobre ella y realicé una elección ejemplar. Si ha engañado a alguien, ha sido a ti.

—Ha mentido —dijo él.

—No. Viste lo que querías ver. Y te enamoraste de la belleza de su alma.

—Soy Fariq Hassan, príncipe de la casa de los Hassan. Soy demasiado inteligente como para enamorarme.

Pero las palabras de su tía llegaron a lo más profundo de su ser. Crystal le había dicho lo mismo. Pero la traición de su esposa había hecho que protegiera su corazón. No le quedaba más remedio que enfrentarse a la verdad.

Se había sentido atraído por ella. La había besado. La había deseado. Y, a pesar de conocer su secreto, aún la deseaba. Incluso había pensado en el matrimonio para no dejarla escapar. Pero, ¿enamorado? No. Era demasiado inteligente para enamorarse.

—Fariq, estás haciendo eso que tanto aborreces: mentir. O peor aún, engañarte a ti mismo.

—Crystal es la que me ha engañado. Y pensar que había considerado la posibilidad de casarme con ella…

—Ajá. Lo sabía. Si no te das cuenta de que estás enamorado, eres idiota.

—Los motivos eran puramente prácticos.

—Ya… —dijo ella.

¿Por qué sentía él la necesidad de defenderse?

—Mis hijos se han encariñado con ella. No quería que se pusieran tristes cuando se le terminara el contrato.

—Fariq, ayer vi que la besabas. Los niños me llamaron cuando iba a ver a tu hermana. Ese beso no era el de un hombre que está siendo práctico.

—Fue antes de que descubriera que no era como se muestra.

—Te han hecho daño. La traición de una esposa es como una puñalada en el corazón. Tienes miedo de cometer otro error y

volver a sufrir.

—No tengo miedo de nada.

—Díselo a alguien que te crea. Harías cualquier cosa para que nadie volviera a dañar tu orgullo. Pero está claro que estás enamorado de Crystal. Sé que quieres mucho a tus hijos, pero si no sintieras algo por ella, la idea del matrimonio no te habría rondado la cabeza. Ahora buscas una excusa para no amarla. Pero créeme: si insistes, arriesgarás tu felicidad.

Su tía tenía razón. El lo sabía. Se sentó a su lado y se preguntó cómo podía calmar el dolor que sentía en el corazón.

—Se ha ido, tía.

—¿Se ha ido?

—El coche la llevó al aeropuerto esta mañana —miró el reloj—. El avión ya ha despegado.

Justo en ese momento, sonó el teléfono y su tía contestó.

—¿Qué quieres decir con que nadie los ha visto? —preguntó con preocupación—. Llama ahora mismo a seguridad y alerta a todo los empleados. Hay que localizar a los niños ahora mismo.

—¿Nuri y Hana? —preguntó él atemorizado.

—No los encuentran en ninguna parte.

Fariq se enfrentó al pánico que se apoderaba de él. No podía perderlo todo. Encontraría a sus hijos. Y cuando estuvieran a salvo, buscaría la manera de solucionar las cosas con la mujer que amaba.

Capítulo 12

NURI miró a Crystal mientras sujetaba la mano de su hermana.

—No te enfades, Crystal…

Crystal ya no era su niñera y, al pensarlo, las lágrimas afloraron a sus ojos.

—No lo estoy… No estoy enfadada.

Abrió la puerta de las habitaciones de Fariq y metió a los niños. Cuando ella descubrió a los pequeños, la limusina que la había llevado al aeropuerto ya se había marchado. Si no se hubiera sentado junto al conductor, se habría dado cuenta de que los dos diablillos estaban escondidos en la parte trasera del coche.

Tenía que admirar su valor y se sentía orgullosa de su inteligencia. No había sido fácil para ellos seguirla hasta el avión sin que nadie se percatara. Se estremeció al pensar en el peligro que habían corrido estando solos. Había tenido que tomar un taxi para llevarlos de vuelta al palacio. Todo el mundo recibió a los niños de forma cariñosa.

—No debéis hacerlo nunca más.

—Pero, Crystal, no queremos que te marches —dijo Hana con los ojos llorosos.

—Hana tiene razón, Crystal. Te queremos. Y deseamos que te quedes aquí para siempre —Nuri se esforzó por contener las lágrimas.

Se abrió la puerta y Fariq entró en la habitación.

Miró a Crystal, y después a los niños.

—Hana, Nuri…

Se agachó y abrió los brazos. Los niños corrieron hasta él y Fariq los abrazó y los besó. Después, dio un suspiro y miró a Crystal. Ella deseó poder leer su pensamiento.

—No volváis a hacerme esto —dijo él a los niños.

—Lo sentimos, papá —dijo Hana—. Pero oímos que le habías dicho a Crystal que se fuera.

—¿Estabais espiando?

—Quiere decir que si estabais escuchando cuando nadie sabía dónde os encontrabais —intervino Crystal.

—Sí —confirmó Nuri—. Eso era lo que estábamos haciendo. Y Hana se puso a llorar porque no quería que Crystal se fuera.

—Tú también lloraste.

—Los hombres no lloran —dijo Nuri.

—Algunos sí —dijo Crystal—. Y no por ello son más débiles.

Era el último mensaje que podía transmitirles, pero esperaba que lo aprendieran bien. Nuri era quien más la preocupaba. Si alguien no le enseñaba a abrir su corazón, sería igual que su padre.

—¿Por qué os escapasteis? —preguntó Fariq.

—Íbamos a irnos con Crystal —dijo la niña.

—¿Pero qué pensabais hacer?

Ellos lo miraron sin decir palabra y Crystal suspiró.

—Fariq, tienen cinco años. No lo han pensado bien. Es un comportamiento normal para su edad. —No como el de los adultos que hay a su alrededor.

—¿Qué?

—Nada —contestó Fariq y besó a los niños de nuevo—. Id a lavaros. Los dos.

—¿Estás tratando de deshacerte de nosotros, papá? —preguntó Nuri.

—¿Por qué piensas tal cosa? —dijo Fariq.

—Porque no estamos sucios —dijo Hana.

—Recordadme que no sea condescendiente con vosotros en el futuro —les dijo—. Me gustaría hablar con Crystal. A solas. Ahora, marcháos —dijo, y los empujó suavemente hacia sus dormitorios. Hana se acercó a Crystal.

—Te quiero, Crystal.

—Yo también —dijo Nuri.

Ella los abrazó.

—Obedeced a vuestro padre —dijo con voz temblorosa, y los niños salieron de la habitación. Una vez a solas con Fariq, Crystal añadió—: Estaba a punto de irme.

—Mi tía me ha dicho que Johara está embarazada.

Crystal cerró los ojos y dijo:

—Me lo temía.

—Tenías razón.

Ella lo miró asombrada. No podía creer sus palabras.

—No me hace ninguna ilusión. Fue ese tipo de situación lo que hizo que mis padres tuvieran que casarse y que fueran infelices. Por eso mi madre me insistió tanto en que viviera aventuras primero, y que después me casara.

—¿Qué pasa si el amor aparece antes? —preguntó él—. ¿O los niños?

Ella no comprendía lo que quería decir.

—Es hora de que me vaya.

—La construcción del hospital está muy avanzada. Kamal dice que dentro de unos meses estará terminado. Está contratando gente para trabajar en él

«¿Qué tiene que ver todo esto? Quizá sólo sea una forma de retenerme», pensó.

—Lo recuerdo. Me enseñaste a una enfermera estadounidense el día de la fiesta.

—Ali Matlock, sí.

—Mira, Fariq, siento todo lo que ha pasado. Sobre todo haberos hecho daño a ti y a los niños. Así que ahora es mejor que me vaya.

—¿Por qué?

—Me has despedido. He perdido el avión porque he tenido que traer a los niños. Pero tomaré el siguiente.

—¿Cuándo sale?

—Mañana. Esperaré en el aeropuerto.

—¿Por qué no esperas en el palacio?

—No creo que sea buena idea. Ya sabes: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—No estoy de acuerdo. Creo que es una idea estupenda.

—¿Para qué quieres que me quede? No podías esperar para deshacerte de mí.

—Es evidente que los niños están tristes. Y el futuro de tu madre…

—No te atrevas a tener lástima de mí. Encontraré otro trabajo. Ayudaré a mi madre a mantener su casa. No quiero que me

contrates otra vez porque te doy pena.

—Tu madre no perderá su casa.

—Por supuesto que no lo hará.

—Yo me ocuparé de ello.

—No, yo me ocuparé. No es tu problema.

—¿Cómo lo harás?

—Encontraré otro trabajo. Dos, si es necesario.

—Se me ha ocurrido una idea…

—¿Qué? No. No quiero saberlo. No creo que pudiera soportar otra entrevista en el palacio. Además, con mi educación y mi pasado, sólo estoy cualificada para ser niñera o maestra. Y me has despedido.

—Sí. Y no dejas de recordármelo. Pero hay otro puesto disponible.

—¿Para hacer qué?

—Para ser mí esposa.

Crystal creía que se iba a desmayar.

—Perdona. Tengo que sentarme.

Al instante, él la tenía sujeta por la cintura.

—¿Te encuentras bien?

—Sí… No… Creo que tengo un problema de oído. Juraría que me has pedido que me case contigo.

—Lo he hecho.

—¿Por qué? —lo miró y, al ver el brillo de su mirada, se le aceleró el corazón.

—Hana, Nuri y yo… Nos iba a faltar algo en la vida. Yo…

—Si es por los niños… Los quiero mucho. Pero aprendí una lección con el matrimonio de mis padres. No se gana nada sacrificando tus sueños y tus principios.

—No se trata de los niños. Es lo que yo deseo.

—¿Cómo puede ser? Crees que soy una mentirosa y una falsa. No podrías casarte con alguien como yo.

El la soltó y se colocó frente a ella.

—Te equivocaste sobre la lección que yo aprendí. No se trata de juzgar un libro por su portada. Estaba convencido de que no suponías una amenaza para mis sentimientos. Pero con tu inocencia y tu pasión me hiciste bajar la guardia. Entonces, me robaste el alma y el corazón.

—¿De veras?

—De veras.

Un sentimiento de felicidad la inundó por dentro. Sabía que él estaba dando un gran paso. Pero no iba a ponérselo fácil.

—¿Por qué pensabas que aceptaría otro trabajo en el palacio?

—Porque me quieres —dijo él con una sonrisa.

A Crystal le dio un vuelco el corazón.

—Aunque tuvieras razón, y no estoy diciendo que la tengas, aceptar sería una estupidez por mi parte.

—¿Por qué? Y no me digas que no soy tu tipo. Respondiste de manera apasionada ante mi beso. —No es eso. Nunca confiarás en mí. Sin confianza, no puede haber respeto mutuo y, por tanto, no puede haber amor.

—Confío en ti. Tenía miedo de…

—¿Miedo? ¿Tú?

Fariq la tomó de las manos.

—Podría enfrentarme a la muerte sin miedo, pero enfrentarme a un futuro sin ti… La maldita excusa para tu disfraz funcionó sólo porque yo veía lo que quería ver. Desde luego, no ocultaba tu belleza… ni la interna, ni la externa.

—Entonces, ¿me quieres?

—Creo que ya te lo he dicho —dijo él.

—Creo que no estoy de acuerdo —dijo ella—. Me has dicho muchas cosas, pero no has mencionado la palabra «querer» ni una sola vez. Me habría dado cuenta.

Fariq la tomó entre sus brazos y la miró a los ojos fijamente.

—Te quiero. Confío en ti con toda mi alma y mi corazón.

—Yo también te quiero.

—Te casarás conmigo —no era una pregunta, pero tampoco una orden.

—Sí —dijo ella—. Deseo ser tu esposa enteramente.

—Bien.

—Entonces, ¿puedo considerar que has admitido que exageraste en cuanto a lo de mi disfraz? ¿Y que te estás disculpando?

—Al contrario. Nunca me equivoco. Pero es posible que no tuviera en cuenta las circunstancias —la abrazó con más fuerza—. Te diré una cosa: si me abandonas, la luz de mi vida se irá contigo. Me enseñaste a no juzgar un libro por su portada, ni a una mujer

por su belleza. Lo que importa es la pureza de corazón.

—Y tú no me has visto sólo como un rostro bonito. Me has enseñado que el amor no surge según uno lo tiene planeado. Y que cuando surge, hay que agarrarlo con las dos manos. La vida no se detiene porque uno se enamore. Pero amar hace que el viaje se haga más dulce y que merezca más la pena.

Oyeron un ruido en el pasillo y ambos se volvieron a mirar. Vieron dos cabezas que se escondían.

Fariq sonrió.

—Creo que nos están espiando.

Ella le devolvió una sonrisa llena de alegría.

—Ha llegado el momento de compartir la felicidad que sentimos.

—En eso estamos de acuerdo. Me llena de placer saber que mis niños crecerán en una casa llena de amor. Y que no arrastrarán las cicatrices de mi pasado en su vida. Por todo ello, te estaré siempre agradecido —la rodeó por la cintura—. ¿Niños?

—Sí, papá —aparecieron al instante.

—Tengo que deciros una cosa.

—Vas a casarte con Crystal —dijo Hana.

—Sí.

—¿Eso significa que podremos llamarla mamá? —preguntó Nuri.

—Si queréis… —dijo Fariq.

—Un gran abrazo —dijo Crystal, y extendió los brazos.

Fariq la miró a los ojos.

—Y se escribió en la historia de El Zafir que la niñera se disfrazó para besar al jeque.

Crystal sonrió.

—Hay que escribir también que, después de todo, la belleza domó al jeque. Y que vivieron felices para siempre.



TERESA SOUTHWICK (California, Estados Unidos). Descubrió su amor por la escritura gracias a la pereza. Cuando estaba en el colegio, en una clase de historia, le dieron una lista de trabajos, y escogió hacer un diario imaginario de Marie Antonieta porque era el que requería menor esfuerzo.

Pero pronto se dio cuenta que para hacer cualquier trabajo convincente de la pobre Maria Antonieta tenía que saber un poco más de ella. Necesitaba hacer una investigación a fondo. Después de todo, Teresa quería aprobar la asignatura. Hoy día, piensa que saber todo sobre sus personajes es más divertido que trabajar.

Ha escrito más de 30 libros, cuatro de ellos de novela histórica. Está encantada de contar que la pereza no fue la causa principal del proceso creativo del trabajo y que ninguna célula de su cerebro ha sido dañada por escribir estos libros.

Vive con su marido en Las Vegas donde trabaja en su próxima novela.